

BIBLIOTECA DEL NUEVO MERCURIO

LA

EXPIACION

NOVELA ORIJINAL

ESCRITA POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



VALPARAISO

IMPRENTA DEL NUEVO MERCURIO

de Recaredo S. Tornero.—Calle Las Heras, 29-C.

2489

1887

25-99



LA EXPIACION

Honra a tu padre y a tu madre,
para que tengas larga vida sobre
la tierra.

(JESUCRISTO).

I.

HARÁ unos veinte años residia en Madrid un matrimonio, ejemplo de honradez y modestas y cristianas virtudes.

Su condicion era humilde: el esposo, buen oficial de zapatero durante mucho tiempo, habia puesto, cuando ya se acercaba a los cuarenta años, una tien-decita, que proporcionaba trabajo a dos oficiales, ademas de reservarse la obra mas delicada, pues era notable su primor.

Su mujer era el modelo de las esposas: y no tenia placer mayor, durante el rato que le dejaban libre sus deberes de ama de casa y dos lindas niñas que tenia, que el que experimentaba leyendo un libro y admirando el talento del autor, aunque este fuese algo menguado; pues para el criterio de la pobre Catalina,

todos los que escribían novelas eran séres sobrenaturales.

El maestro Blas la adoraba y le compraba cuantos libros hallaba ostentando en la cubierta la palabra: NOVELA.

El señor Blas era un hombre pequeño, grueso y colorado; vestía con aseo: en su frente ancha se veía el talento, aunque parecía que negaba esta ventaja la constante e inalterable sonrisa que abría sus gruesos labios; porque, según el vulgo cree, la bondad no puede hermanarse con el talento, debiendo ser éste por necesidad irascible y bilioso...

Puede, sin embargo, asegurarse que el señor Blas unía una perspicacia poco común, una gran bondad y una sensibilidad profunda, además de un carácter cuya apacibilidad jamás se desmentía.

Catalina se enfadaba algunas veces; pero era una pólvora, que se iba en salvas, y al instante se hacía de ella cera y pábilo.

Tenia seis años menos que su marido, y era casi tan alta como él, aunque delgada y esbelta.

Hija de un oficial de carpintero, quedó sin padre muy joven, y se dedicó a coser a jornal en las casas, con cuyo producto mantenía a su madre.

Conoció a Blas, que era oficial de zapatero: se agradaron mutuamente, y se casaron, viviendo en la más santa paz desde el primer día.

Catalina, como que era casi una modista, tenía cierta elegancia en su modo de vestir y hasta en sus maneras; así es que se enfadaba un poco al ver que no podía *pulir* a su marido, como ella decía; pero Blas había nacido muy a la buena de Dios, y era necesario renunciar a educarle en ciertas cosas. 

Dos flores crecían en la humilde tiendecita de Blas y de Catalina: eran sus hijas Paulina y Rosa que, al

empezar esta historia, contaban doce años la primera y diez la segunda.

Un pintor no hubiera podido soñar belleza mas peregrina que la de aquellas niñas, aunque esta tuviese diferente carácter.

Paulina era alta y trigueña, sin llegar a ser morena: sus grandes ojos negros, de altivo mirar, eran de una hermosura incomparable; una lustrosa y negra cabellera se rizaba en su frente: su boca, algo grande, formaba un arco de coral húmedo y caprichoso, y dejaba ver, al reirse, una blanca e igual dentadura: anunciaba el talento la elevacion de su frente; pero tambien una extraordinaria altivez.

Rosa era blanca, rubia, de ménos talla, y algo mas gruesa que su hermana: tenia los ojos azules, los cabellos rubios y lindas facciones, que espresaban la alegría y la ternura; cuando oía referir alguna miseria o alguna desgracia, sus ojos se llenaban de lágrimas, y no pocas veces, estando comiendo en la modesta tienda de su padre, dió su plato a un pobre anciano que se acercaba a pedir limosna, o a alguna desgraciada madre rodeada de dos o tres niños.

Semejante accion, que no dejaba de ser digna de alabanza, era ponderada de tal modo por Blas y Catalina—sobre todo, por esta última—que Rosa pensaba haber hecho una accion heróica cada vez que daba su comida a un pobre: limosna que su madre recompensaba llenándole los bolsillos de las mas esquisitas pastas y dulces que se vendian en la confitería de enfrente.

—A la verdad, señora Catalina, decia el confitero, que era un hombre ya entrado en años, mima usted a sus hijas demasiado.

—¡Demasiado! esclamaba Catalina: ¡si las pobres pasan todo el dia en el colejio!

—¡Sí, en un colejio de francés, donde no hacen nada!

—¡Aprenden a coser, a bordar, la música, el dibujo, el francés y a bailar!

—¡Bah, señora! nada de eso aprenden, estoi seguro de lo que digo: pasan el dia en hablar de modas y en averiguar si tal cómico es mejor que tal actriz.

—¿Pero usted qué sabe?

—Porque lo sé, lo digo: figúrese usted que yo tengo un hermano, que ahora está en Canarias y es procurador, como lo fué mi padre; que no porque yo venda caramelos soi cualquiera cosa; sino que mi casa iba a ménos, y me contenté con oficio para no gravar a mi padre dándome carrera; pues bien, las hijas de mi hermano iban al colejio de la calle de la Montera, a donde van las de usted, y las tuvo que sacar mi cuñada.

—¡Seguramente por consejo de usted! repuso Catalina con acritud.

—Nó, señora: que yo ni en casa de mi hermano me he entrometido en lo que no me importa; sino porque vieron que en el dichoso colejio solo aprendian bachillerías! Y las hijas de usted aprenderán ademas otra cosa.

—¿Cuál?

—A gastarles a ustedes las onzas de oro que mi compadre Blas debe a la suerte y ha ahorrado con su trabajo y su vida arreglada.

—¿Y para quién las ha ganado? ¿Me lo quiere usted decir? ¿Para el vecino? Tenemos solo dos hijas: justo es darles una buena educacion, y que sean algo mas que lo que han sido sus padres.

—Nó, pues mis hijos no serán mas que yo: Domingo, el mayor, será confitero para que conserve abierta mi tienda; Vicente ya está aprendiendo con un platero y

diamantista; en cuanto a Petra y Nicolasa, no pisarán ningun colejio y estarán al lado de su madre; se dedicarán a limpiar la casa, a guisar, a lavar y a perfeccionarse en la costura y planchado; para todo esto, mi mujer es buena maestra.

—¡Pues mire usted, a saber todo eso no me gana a mí Patricia, señor Juan!

—¿Y quién dice tal cosa, mujer de Dios? usted sabe lo que debe enseñar a sus hijas, a las que hará desgraciadas con su educacion de señoritas! Ni yo, ni Patricia queremos dar humo a los muchachos ni a las chicas: queremos que sepan lo que se necesita saber para ganarse honradamente la vida.

—¡Claro, claro! *Cada maestrillo, tiene su librito*, repuso la zapatera; pero mire usted, señor Juan; estos caramelos que vengo a comprar a usted, son para recompensar a mi Rosa: cuando estábamos comiendo en la trastienda, llegó un viejecito a la puerta, y la pobre chica le dió su parte de sopa y de cocido.

—No hizo mas que lo que debia: mil veces han hecho eso mis hijos.

—¿Y no les ha dado usted algun premio?

—¿Qué premio ni qué ocho cuartos? Su madre ha frito un par de huevos al que ha hecho la caridad y santas pascuas!

—¡Pues así se les quitará la aficion a dar!

—¡Qué ha de quitar señora! Si eso sale o no sale de adentro.

—En fin, señor Juan; ahí van dos reales por los caramelos de Rosa que me llevo: solo le deseo a usted que sus hijos sean tan buenos como mis dos pimpanillos.

Y Catalina dejó la tiendecita del confitero, algo amoscada de las verdades que le habia dicho y de los consejos que le habia dado.

Llegó a su casa y llenó los bolsillos de sus hijas de caramelos.

No bien volvió la espalda, entablaron las niñas el siguiente diálogo:

—¿Sabes, Paulina, dijo la caritativa Rosa, que me alegraría de que viniese otro pobre mañana?

—Y yo: mas me gustan los dulces que la sopa.

—¿Qué tonta es mamá! ¿Pues no cree que hacemos un sacrificio con dar la comida? ¡La comida de casa es tan mala!

—¡Y tan ordinaria! Ayer oí decir a Enriqueta, la hija de la marquesa de B..., que en su casa tenían para comer truchas y faisán.

—Mamá debía traer esas cosas, ya que somos ricos, y así podríamos decir que tambien nosotras las comemos.

—Pues le pediremos faisán para mañana.

Paulina, que era la mas atrevida, formuló la petición, y al dia siguiente la madre ponía en la modesta mesa de la trastienda un magnífico faisán.

Por dicha, poco despues de haber abierto su tienda el señor Blas, le cayeron cincuenta mil duros a la lotería, y como no era tonto en los negocios, tomó parte en algunas empresas seguras, que le dejaron no pocas ganancias.

Entonces se empeñó su mujer en que se pusiera levita; pero fué en vano.

—Tú ponte lo que quieras y busca una criada que te descanse, le dijo; pero lo que es a mí, me dejas con mi chaqueta y mi pantalon de paño grueso en invierno, y de hilo en verano: no salgo de mis trece.

—Estará bien que yo vista con lujo, que las chicas lo gasten tambien y que tú vayas hecho un patán! repuso algo incomodada Catalina.

—¿No ha de estar bien? ¿Y qué le importa a nadie

que tú hagas tu gusto y que yo haga el mio? Ademas Catalina, tú no debes ponerte papalinas ni manteletas, sino ir bien, segun nuestra clase: ponte un buen vestido negro; un rico pañolon de China, aunque te cueste diez o doce mil reales, y una mantilla de raso y blondas, aunque te cueste otro tanto; pero mira, si te vistes a lo señora, teniendo abierta nuestra tienda de calzado... darás que reir.

—¿Y por qué no quitamos la tienda?

—¿Quitar la tienda! repitió el señor Blas, cuya frente se cubrió con el rubor de la cólera: ¡eso nunca!

—Pero vamos a ver ¿para qué la quieres ya? ¡Ahora no te hace falta para comer lo que ganas!

—Ni cuando la puse tampoco, Catalina; ¿pero dónde hallaria yo el bienestar que ella nos proporciona? ¿dónde la tertulia que por la noche se reúne en nuestra trastienda? ¿dónde la grata compañía de Juan el confitero, de Pepe el sastre, de Perico el del molino de chocolate?

—En ninguna parte; pero ya tendrías otros amigos.

—¿Quiénes?

—Otras personas de mas crianza y de otra posicion.

—Amigos caballeros, querrás decir: ¡bonito papel haria yo entre ellos! ¡Yo, Blas Linares, que sé leer poco y mal firmar! vamos Catalina, bien se está San Pedro en Roma: ¡zapatero era mi padre y zapatero he de ser yo hasta que me muera!

—Lo que es eso lo veremos, dijo la señora Catalina para sus adentros: yo he de poder poco, o tú dejarás la tienda que nos hace iguales a tanto pobreton.

No obstante, como Catalina era buena cristiana, era tambien excelente esposa, y respetaba tanto la voluntad de su marido, que ni se atrevia a insistir para no mortificarle, ni queria tomar, por su parte, ninguna medida que le pudiera disgustar.

Así se pasaron algunos años.

Catalina se fué comprando el rico traje negro que su esposo le aconsejaba, el pañolon de la China, que no costó ménos de catorce mil reales, y que era de fondo blanco con grandes ramos de colores y chinos que tenian las caritas y las manos de marfil, y las sombrillas bordadas de oro.

La mantilla no era menos rica, y el centro de raso admiraba con su brillo, a la par que se conocia que el velo y las guarniciones de blonda catalana, valian un dineral.

Estrenó todo este tren para ir un domingo al teatro con su esposo, ocupando ambos dos butacas de segunda fila: hai que añadir a aquellas ricas galas unos pendientes de diamantes tablas y perlas que le habian costado cuatro mil reales.

Las niñas se habian quedado en casa acostadas, aunque de mala gana.

Al dia siguiente, así que entraron en el colejio, se les acercó Enriqueta, la hija de la marquesa de B... y les dijo:

—Anoche ví a vuestra madre en el teatro: la conocí, porque aquel dia, que llovió tanto, vino o buscaros con un coche: ¡iba con una facha, que ya, ya!

Una carcajada terminó estas palabras.

La orgullosa Paulina se puso como una grana.

Rosa, mas cándida, preguntó:

—¿Pues qué llevaba de raro nuestra madre, para ir hecha una facha?

—Mi mamá se rió mucho de verla.

Las dos hermanas se separaron de Enriqueta con enojo, y desde aquel dia huyeron de hablar con ella.

dedicándole en el fondo de su corazón, Paulina, sobre todo, un profundo aborrecimiento.

De este modo, la perniciosa educación, que la señora Catalina daba a sus hijas, empezaba a dar el resultado que era consiguiente, brotando de las raíces los amargos frutos del odio y de la venganza.





II.

ERA en invierno y como las ocho de la noche cuando en la trastienda del confitero Juan se hallaba reunida toda su familia.

La habitacion era reducida y se conocia que de dia debia tener escasa luz.

A la sazón estaba alumbrada por un modesto quinqué colocado en el centro de una mesa redonda, cubierta con un tapete de bayeta azul, y además con un hule de fondo oscuro y ramitos amarillos, en los cuales se posaban algunos pajaritos informes y de grosero dibujo.

El mueblaje era antiguo y humilde, aunque conservado con escrupuloso esmero y limpieza.

Un sofá de enea, bastante grande, ocupaba el tesero principal que daba frente a la puerta; para hacerlo más cómodo, la activa mano de Patricia había-le adicionado un almohadon de lana forrado en tela de Persia amarilla, con ramos de color de rosa, ribeteado con cinta y basteado como un colchon.

En cada uno de los brazos del sofá, había, sujeto con cintas, otro almohadon compañero del que cubría el asiento.

¿Quién, que haya nacido a mediados de este siglo, no recuerda haber visto en casa de sus abuelos o de

sus propios padres un sofá semejante al que dejamos descrito?

¿Quién no ha hallado en su edad infantil blando sueño en sus mullidos cojines durante las noches de invierno?

¿Quién no le ha amado como un amigo?

Petra y Nicolas, las hijas del confitero, conocian bien la bondad de aquel viejo mueble, y asimismo sus hermanos Domingo y Vicente, a pesar de ser mas crecidos; mas de una vez habian dormido allí las dos niñas juntas y arropadas con la capa de su padre, en tanto que las personas mayores jugaban a la lotería.

Despues de aquel histórico sofá, habia en la trastienda seis sillas, un costurero grande y ya mui usado, y la mesa redonda, antiguo testigo y compañera de las penas y alegrías de la familia, y en la que se comia y se cenaba.

Un pajarito, de los llamados colorines o cardalinas, era tambien huésped nocturno de la trastienda: durante el dia, la jaula, en que se hallaba encerrado, se colgaba a la puerta de la calle.

Runidos en el aposento de que nos ocupamos, y que estaba situado a la derecha de la puerta de la calle, se hallaban el padre, la madre y los cuatro hijos, al dar las ocho en un antiguo reloj colocado en la pared.

Era el señor Juan Navarro, el confitero, un hombre alto y enjuto de carnes, moreno, con ojos pequeños y penetrantes, pero llenos de bondad si se les miraba con atencion.

Vestia de negro los dias de fiesta, y de paño gris lo de trabajo, pues pasaba cada mañana algunas horas en el obrador fabricando sus confituras, que eran siempre recientes y esquisitas, a pesar de la humildísima apariencia de su tienda.

El señor Juan era bastante serio, y decia su sentir al lucero del alba, si el lucero del alba se lo preguntaba; mas, por otra parte, no era entrometido y mas bien pecaba de prudente que de hablador.

Un gorro negro cubria sus cabellos, que ya eran bastante escasos: su cara era grave, pero no uraña; su nariz larga, y su boca grande, con gruesos labios y hermosa dentadura, daba a su semblante cierto aire de bondad y hasta de nobleza.

La esposa, la señora Patricia, era el tipo acabado de la excelente madre y tierna esposa: era lajita y delgada, porque su actividad y sensibilidad exquisita no le habian permitido llegar nunca a engrisar: su rica cabellera negra tenia ya en sus trenzas muchas hebras de plata: sus ojos azules eran dulces y a la par graves y pensativos: no habia ninguna regularidad en sus facciones, y jamás habia ostentado si cuerpo las formas de la belleza; pero qué elocuente y pura era su mirada! ¡qué tierna su sonrisa! ¡qué gata y dulce su voz! ¡qué aseo respiraba toda su persona! ¡qué orden se notaba en su casa, y qué paz y qué bienestar se disfrutaba en ella!

Contaban ya los muchachos dieziseis años Domingo y quince Vicente; las niñas eran gemelas y habian cumplido catorce.

Era Domingo alto, robusto, rubio como una candela, sonrosado y jugueton; lefase la alegría a su cara y una gran sensibilidad, que habia heredado de su madre, en sus ojos.

Vicente era mas callado y ménos expansivo: sus ojos, negros y altivos, eran meditabundos y tristes: su boca sonreia pocas veces: al contrario que su hermano, preferia la lectura a todas las diversiones.

En cuanto a las niñas, eran bonitas, dulces y gaciosas, consistiendo el atractivo de sus semblantes

ménos en la perfeccion de sus facciones, que en su apacible y risueña espresion.

Los hijos vestian de paño oscuro, como el padre: las hijas de percal, como su madre; pero sus trajes eran nuevos y estaban bien cortados.

La tienda era mui pequeña; el mostrador de encima, ennegrecido por los años; la anaquelera, llena de cajoncitos rotulados como los de una botica; el peso reluciente, pero abollado todo, indicaba una respetable antigüedad; cuatro sillas de enea la amueblaban, y la alumbraba un quinqué que pendia del techo; la puerta de cristales se hallaba cerrada a causa del frio.

Acababa de reunirse la familia en la trastienda: Vicente volvía a las ocho de casa del joyero donde trabajaba todo el dia: el señor Juan y Domingo venían del mostrador, la señora Patricia y las niñas bajaban de la cocina, que estaba en el entresuelo, despues de arreglar la cena.

—Ya está todo listo, dijo la señora Patricia animando la llama del quinqué; pero no viene padre: yo estoi con mucha pena desde hace un rato: ¿le habrá sucedido algo?

—¿Qué le ha de suceder, madre! repuso Domingo, el primojénito: parece usted pájaro de mal agüero!

—¿Qué es eso? preguntó severamente el confite-ro, ¿ese es modo de hablar a su madre? ¿Qué significa esa gorra puesta aquí? ¿Crees que aun estás detrás del mostrador?

—No me acordaba de que la llevaba, padre, balbuceó Domingo, colorado y descubriendo su cabeza.

—¿Tampoco te acuerdas del respeto que tu madre se merece? Sepan ustedes que le han de hablar siempre con la cabeza descubierta y los ojos en tierra... y, sino, ¡aquí estoy yo!

—Pero, Juan, repuso Patricia, si nunca he tenido que quejarme del respeto y cariño de mis hijos: es una broma de Domingo.

—No me gustan las bromas, ni las permito contigo ni conmigo; luego mirando al muchacho severamente, añadió:

—¡Bese usted la mano a su madre y pídale perdón! ¡y cuidado con otra vez!

—¡Perdon, madre! dijo Domingo acercando a sus rosados lábios la mano de Patricia, curtida por las faenas, de la casa.

—Perdonado quedas, hijo mio, contestó la buena mujer abrazando a su hijo, y dejando un tierno beso en su frente.

—Ahora tomáis las gorras y vais los dos a buscar al abuelo, dijo el señor Juan a sus hijos: ya sabéis que ha ido a San Luis, donde está el alumbrado; aprisita que esperamos para cenar.

Los dos hermanos obedecieron.

—Ya sé adónde van los chicos, dijo la gruesa voz de una persona que entraba: a buscar al padre Elías.

—Sí, vecino dijo Patricia: tarda, y estamos con cuidado... pero, ¿dónde está la señora Bárbara?

—Aquí viene: se le olvidó la calceta y tuvo que volver a casa.

El que así hablaba era el carpintero de la esquina, y testigo de su oficio era el agradable olor a madera nueva que despedía: según lo indicaban sus palabras, su esposa entró tras él con una enorme bolsa en la mano, de la que salían las agujas de una calceta.

Los dos consortes, que ya rayaban en los cincuenta años, estaban sanos y gruesos y tenían el aire más feliz del mundo.

Apenas se habían sentado se abrió la puerta y apa-

reció un anciano venerable, apoyado en el hombro de Domingo.

Vicente venia detrás.

—Encontramos ahí cerca al abuelo, dijo el menor de los dos hermanos, y no hemos tenido necesidad de llegar a San Luis.

Las niñas corrieron a tomar al abuelo el sombrero y el baston, y Patricia arregló los almohadones del sofá para que se sentase con mas comodidad.

—El padre Elías, segun toda la vecindad le llamaba, era un hombre de setenta años, padre del señor Juan, y que habia sido procurador: vestia de negro, y su aire era decente y respetable: hubiera podido decirse que era la alegría de la casa y el rayo de dicha que alumbraba todos los corazones, si no hubiera estado cada uno alegre de por sí: a haber habido contiendas, él hubiera bastado para apaciguarlas; pero, como jamás las habia, su única mision era la mui grata de amar a todos y bendecir a Dios.

—Ya me figuré que estaríais algo alarmados, dijo al sentarse en el sofá; pero estaba tan hermosa la iglesia, que me distraje: ¡qué bien cantaban! ¡qué música tan bella en el coro! ¡Vamos, allí me parecia que estaba como en la gloria!

—Vamos a cenar, observó Patricia: niñas, traed los avíos de la mesa.

Las dos hermanitas subieron a la cocina por una escalera que habia en la misma trastienda, y bajaron lo necesario para cubrir la mesa: luego subió la madre, y bajó con cuidado una gran fuente de carne guisada con patatas, que colocó en el centro.

—Amiga Patricia, dijo Bárbara, la esposa del carpintero, ¿cuándo toma usted una criada?

—Nunca, respondió la interpelada.

—Pero, mujer, ¿por qué? Que no la tenga yo, que

no soi mas que la mujer de un carpintero, pase; pero usted está en otra clase y debia mirar mas al qué dirán.

—Amiga, lo mismo gana la vida mi marido que el de usted: trabajando.

—¿Pero no ve usted lo que hace Catalina? Pues su marido no es otra cosa que un zapatero.

—Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena: mis hijas y yo bastamos para las haciendas de la nuestra.

—Si tú, Bárbara, no sabes lo que son estas criaturas! exclamó el abuelo tomando la barba de Petra, que se hallaba sentada a su lado: se levantan con el dia y barren, limpian y ayudan en todo a su madre.

—Así me crió la mia, padre, repuso Patricia; y mas de dos veces y de veinte he dado gracias a Dios de la educacion que he recibido: ellas se han de casar con artesanos, y así... bueno es que sepan arreglar su casa y servirse. Padre, aquí está ya picadito un buen pedazo de carne para usted: está buena, para ser la primera vez que la ha aderezado Nicolasa.

—¿Qué! ¿la ha guisado la niña? preguntó le abuelo.

—Sí, señor. Juan, aquí te he separado una tajada de lo mejor: y vosotros, hijos mios, tomad mas.

—Y usted sin comer! observó Vicente: yo no sé de qué se alimenta madre.

—Sobre todo de veros a vosotros con buen apetito.

Petra acercó su boquita al oido de su madre, y le dijo algunas palabras.

—¿Qué! ¿Lo has hecho tú sola?

—Sí, señora, ella sola, contestó Nicolasa, que parecia mui bien enterada; y le han salido a las mil maravillas.

—¿Y quién le ha enseñado?

—¡Toma! madre, ¡el libro de guisar! repuso Domingo: ¡yo subí y la hallé mas afanada!... ¡Que traiga el plato y verá usted!...

—Anda, hija, ve a buscar tu obsequio, dijo Patricia, y lo comeremos entre todos: ¿saben ustedes lo que es? pues mi hija ha hecho y me ha dedicado un plato de arroz con leche!

—Abuelo le dió para la leche y el arroz, dijo Vicente, y padre le dió azúcar y canela.

—Pero, ¿quién fué a comprar el arroz y la leche? preguntó la madre.

—¿Quién habia de ir? Yo, dijo Domingo: soy el *corre-vé-dile* de las señoritas.

—No te pese, observó el padre con gravedad; porque es de hombres el complacer a las mujeres: por eso ellas te traen en palmillas, y te aplanchan unas camisolas que dan envidia a los muchachos de tu edad.

Petra llegó con su plato, conduciéndole en triunfo y cubierto con una capa de azúcar y canela: le colocó en medio de la mesa, y la madre lo repartió, sirviendo con preferencia al abuelo, y haciendo acercar a los vecinos para que tambien participasen de él.

Ocupados estaban todos en saborearle y en elojiar la habilidad de Petra, cuando se abrió la puerta de la tienda, y una voz mui conocida dijo:

—Buenas noches y buen provecho.

—Adelante, Catalina, contestó la señora Patricia: adelante.

—Es que venimos todos y tenemos prisa, observó la esposa del zapatero.

—Entrad, aunque solo sea un momento, mujer.

—Solo un momento será, repitió Catalina, porque vamos al teatro.

—¿A qué hora empieza? preguntó el señor Juan.

—A las ocho y media, respondió el señor Blas, que parecía sofocado por su corbata negra y mui grande, y por su cuello derecho y almidonado como un carton.

—¡Pues si son cerca de las nueve! dijo la señora Patricia: cuando ustedes lleguen, ya se acabó el acto primero.

—¡Pues esa es la moda! dijo con altivez la zapatera: ¿piensa que estaría bien visto que ántes de levantar el telon entrásemos en nuestro *parco*?

—¡Palco, mamá! observó en voz baja Paulina, que estaba mui colorada.

—¿Van ustedes a palco? preguntó el confitero con una sonrisa burlona.

—Sí, señor, respondió Catalina: ¿qué tiene eso de particular? ¡pagándolo, lo mismo podemos ir nosotros que los demas!

—Eso es verdad, dijo Blas; pero yo voi a estar como en ascuas, y sospecho que no me voi a divertir.

—¡Porque tú eres una persona mui ordinaria! observó con acritud su mujer.

Miéntas esta conversacion tenia lugar, Vicente, el hijo menor del confitero, tenia fija en Rosa, la hija del zapatero, una mirada llena de tristeza y singular ternura: luego, y como atraído por la dulce sonrisa de la niña, se levantó de la mesa y se acercó a ella.

—¿Vas contenta al teatro, Rosa? le preguntó con cariño.

—Sí, respondió ésta: voi contenta; pero, a la mitad de la funcion me duermo.

—¿Quieres que te traiga yemas para que te distraigas comiendo una cuando llegue el sueño?

—¡Sí, por cierto! ¡Me gustan mucho las yemas! dijo la niña batiendo gozosa sus manecitas.

—Padre, dijo Vicente, voi a buscar yemas para Rosa.

—Las del cajon de la derecha son las hechas de hoi, observó el grave señor Juan: trae tambien para Paulina.

—¡Gracias! repuso ésta con sequedad: no me gustan las yemas.

—¡Chica! ¡Que remilgada te vas haciendo! dijo Domingo: como si las yemas pudiesen dejar de gustar a alguno!

—¡Yo me muero por ellas! exclamó Rosa: vengan, Vicente, añadió al ver al muchacho que volvía con un hermoso cucurucho de papel de color de rosa en la mano; dámelas: las comeremos mamá y yo.

—Niña, ¿por qué no dices *madre*, como Jesús a la Virgen? preguntó el abuelo.

—Porque eso es una ordinariez, padre Elías, respondió, por su hija, Catalina: papá y mamá dicen las jentes finas.

—¡Pero, mujer, si eso os pega como al burro la cofia!

—¡Pues qué quiere usted! la educacion es para todo el mundo!

Y, avanzando hácia la mesa con un jesto de Juno irritada, preguntó al señor Juan:

—¿Cuánto valen las yemas?

—Mujer, ¿te quieres ir a paseo? exclamó Patricia: es un regalo que hace a Rosita mi Vicente.

—Mamá, ¿a qué hora vamos a llegar? preguntó Paulina: ¿al fin de la funcion?

—Andando, Blas, dijo Catalina. ¡Jesús! ¡Ya te dormias! ¡Qué hombre!

—Blas Linares, hija; Blas Linares, que se ha acostado a estas horas durante cincuenta años, y que ahora se iria mejor y mas a gusto a la cama que al teatro.

—Buenas noches, dijo Catalina.

—Adios, Vicente, añadió Rosa.

—¡Gracias al cielo que dejamos a esta jente! murmuró Paulina.

—¡Ai, cama de mi alma! suspiró el pobre Blas.

Toda la familia desapareció.

Petra y Nicolasa siguieron a las niñas de su vecina con una mirada triste, y luego se miraron como diciendo:

—Van al teatro: ¡que dichosas son!

La ternura perspicaz de su madre leyó lo que pasaba en sus corazones.

—Hijas, levantad la mesa, dijo, y traed los vestidos para concluirlos: es sábado, y mañana los habeis de estrenar, porque iremos a paseo, despues al café, y luego al teatro: toda la familia reunida y a asientos de galería principal, que son buenos y los que nos corresponden.

—¡Claro, claro! observó el abuelo: no estirar la manga mas de lo que es el brazo: esa pobre jente solo consigue arruinarse y dar que reir por el empeño de hacer lo que hacen los señores; hijos, la verdadera felicidad consiste en contentarse cada uno con la suerte que Dios le ha dado.





III.

EL señor Blas enflaquecía visiblemente desde que era rico, es decir, desde que su mujer se había empeñado en hacer de aquel menestral grueso y ordinario un caballero fino y elegante.

No se crea, sin embargo, que la guerra imperaba en casa del maestro Linares: nada de eso.

Catalina, aunque de carácter fuerte, adoraba y casi veneraba a su marido: mui jóven se había casado con él, despreciando otros partidos, pues su hermosura había sido en extremo notable, y sus virtudes modestas y sencillas la hacían digna de la suerte mas brillante; había hallado en su Blas un esposo ejemplar, un amigo, un apoyo en los veintiseis años que llevaban de matrimonio: nunca habían disputado, y cuando había diferido su parecer, no habían salido del terreno de la discusión, ni conocían el de la disputa.

En su clase, en su estado, eran personas de buenas formas, de buena educación, de nobles sentimientos y estaban dotadas de mil cualidades relevantes; aseados, prudentes, de modales corteses, eran la aristocracia de los menestrales: caritativos, relijiosos, arreglados, eran ejemplo de bondad, de moderación y de cultura: pero, ¡ai! llegó el dinero, el trabajo y la humildad parecieron fatigosos a Catalina, y la vanidad se apoderó de ella.

Ambicionó subir y ser mas que lo que habia nacido olvidando la modestia y cansándose de lo que llamaba las rudas faenas de su casa.

De mucha ternura para su marido debia estar dotada la pobre esposa, cuando no se irritaba con él y cuando se sujetaba a su voluntad, que era la de ser lo que toda su vida habia sido, y rehusaba entrar en *finuras y dibujos*, como él decia.

No obstante, como la mujer consigue al fin lo que desea, Catalina, si no por el camino de frente, buscaba mil de travesía para *educar a su Blas*; esto es, para hacerle el mas esclavo y el mas desgraciado de los hombres sin que se apercibiese de ello, y sin apercibirse ella tampoco.

Poco a poco se fueron desterrando de casa de Blas Linares los muebles antiguos y modestos: el lecho matrimonial de madera y hechura de barco, cedió el sitio a otro de acero: la vetusta cómoda, tan capaz y tan buena, a una consola con tablero de piedra: la sillería, de maciza caoba, a otra mui endeble, pero forrada de seda.

En la mesa hubo la misma mudanza: en vez del comfortable plato de carne con patatas del almuerzo, se ponian pescados, pichones y hasta jelatinas; porque la maestra Linares, que habia arreglado perfectamente su casa, mientras no dió entrada a sus humos de señora, ahora nada sabia de maneras elegantes y cometia bastantes ridiculeces.

En lo que halló mas difícil la victoria Catalina, fué en hacer cambiar de traje a su marido: éste se resignó a la gran corbata de raso, al cuello alto, a la rica capa; pero ni para que llevase guantes, ni para que dejase su chaqueta, hubo medio de poderle convencer.

La familia Linares pasaba, pues, una vida fria y descolorida, por decirlo así, y no exenta de violencia,

como sucede con todo lo que tiene una base falsa: el esposo se sentía mal y violentado en sus hábitos, y no se atrevía a quejarse por no disgustar a su mujer.

La esposa estaba asimismo disgustada, pues la *educacion* de su marido ni adelantaba lo que ella quería, ni llevaba trazas de adelantar mas.

En cuanto a las niñas, eran dos prodijios de vanidad y petulancia: sin embargo, habia una diferencia entre ambas: Paulina era violenta, despegada y nada afectuosa: su hermana, dulce y sensible, hubiera sido un ángel con otra madre menos ilusa, o si su familia hubiera seguido en una modesta medianía.

¡El dinero! ¡Por qué se anhela en el mundo con una especie de ansia feroz el dinero? ¡Por qué se ambiciona la riqueza como la suprema, quizá como la única felicidad?

¡Cuántas zozobras, cuántas angustias ahorra una prudente decencia! ¡Cuántos goces se hallan en ella!

¡Por qué no hemos de poner a nuestra ambicion esa valla que el Todopoderoso puso a la mar, y que le dice:—de aquí no pasarás?

Un límite semejante habia puesto el honrado Juan a sus deseos, y en su casa moraban la alegría y la tranquilidad, en tanto que en la de su vecino entraban el descontento y el malestar.

Trascurrieron dos años, Catalina trabajando en la obra muda de *afinar* a su marido, y Blas resistiéndose a dejar los hábitos en que habia nacido y se habia criado.

Las niñas ya de edad de doce y catorce años, habian dejado de ir al colejio, y viendo Catalina que la señora marquesa de B..., una de sus parroquianas, al sacar a su hija Enriqueta de la pension, le habia llevado profesores a casa, se decidió a hacer otro tanto.

Con el objeto de saber lo que costaban, fué un dia

a ver a la marquesa, vestida con el rico traje negro, con el pañolón de China y la mantilla de raso, que, según aquélla había dicho al verla en el teatro, le hacían asemejarse a una carnicera.

¿Pero quién hace caso de las injurias de una marquesa? Y tanto menos, cuando podían ser cosas y habladurías de las niñas.

Esta fué la cuenta que se hizo Catalina, que toda su vida había sido una persona digna y altiva, y a la que la vanidad iba desposeyendo de su dignidad sin que ella misma se apercibiese de ello.

La marquesa, al oír sus preguntas, fué atacada de un violento acceso de risa; pero como era deudora del señor Blas por cerca de mil reales de calzado, se dijo que convenía disimular y complacer a su estravagante esposa.

—Señora Catalina, los profesores en casa me cuestan muy caros: la buena educación de una niña es, en extremo onerosa, y esta es la causa de que, agobiada con los gastos de la mía, no haya ido a pagar aquella cuentecita....

—¿Quién piensa en eso? exclamó Catalina: señora marquesa, usted es muy buena en ir a calzarse a aquellos barrios donde nosotros vivimos.

—¡Es que su marido de usted es primoroso!

—Eso sí: lo fué siempre y ha ganado mucho dinero con su trabajo: lo que, unido a habernos caído la lotería, nos permite dar a las niñas una esmerada educación.

—¿Y de qué quiere usted buscarles profesores?

—¡Yo? de todo, señora marquesa: de música, de dibujo, de baile, de francés...

—Y bien, querida Catalina, preguntó la marquesa: ¿de qué servirá todo eso a sus hijas de usted?

—¡Señora! ¿de ser personas finas! repuso Catalina

—Lo supongo; pero, ¿de qué les servirá el ser personas finas o bien educadas, que viene a ser lo mismo? De salirse de su esfera y no poder entrar en otra mas elevada.

—Yo creo, señora, que teniendo habilidades y dinero...

—Jamás harán papel solo por eso en la sociedad, mi pobre amiga: únicamente hai una cosa que enaltezca a las personas de oscuro nacimiento, y es el tener un talento grande, luminoso: ¿sabe usted si sus hijas tienen ese talento? ¿han aprovechado el tiempo que han estado en pension? ¿Han conseguido los primeros adelantos en las materias que allí les enseñaban y que, segun creo, son las mismas que usted quiere que continúen?

—¡A la verdad, señora, repuso Catalina algo confusa, que en el tiempo que han ido al colejio no han adelantado mucho!... pero...

—Pero eso nada quiere decir, lo comprendo, dijo la marquesa: la educacion de la pension es un tanto descuidada para las niñas, y éstas adelantan mucho mas con profesores particulares; pero esto se ve pronto, y, créame usted: si alguna de sus hijas descubre un talento o disposicion especial para una cosa dada, dele usted en ese ramo cuantos conocimientos pueda y nada escasee para conseguirlo: los mismos profesores son para eso los jueces mejores; pero si en nada despuntan, no les enseñe usted cosas que, ni las elevarán a los ojos de la sociedad, ni harán mas que envanecerlas.

Despues de este prudente consejo, la marquesa nombró a la señora de Linares los profesores de su hija, y le dijo los honorarios que les daba, despidiéndola en seguida, aunque con bastante política y con la excusa de que tenia que ir a paseo.

Catalina se retiró algun tanto resentida y mal humorada: se dijo que todo lo que le habia manifestado la marquesa, cuyas reflexiones habian sido en griego para ella, no era mas que efecto del disgusto que le ocasionaba la idea de que sus hijas iban a tener la misma educacion que Enriqueta.

Al dia siguiente, fué ella misma a buscar a los maestros, y como el mes estaba terminándose se convino que empezarian las lecciones desde el primero del próximo.

Las niñas, segun habia sospechado la marquesa, eran para todo una medianía y ademas bastante desaplicadas: los honorarios de los profesores, que eran crecidísimos, corrian, y ellas no adelantaban un paso.

Pero ni el padre, ni la madre podian conocer cuán inútilmente gastaban su dinero, y, por otra parte, los profesores no eran mui desinteresados que digamos, por cuya razon guardaban acerca de este punto un completo silencio.

Un dia, Catalina, que se habia levantado mui temprano, segun su costumbre, para vijilar a la criada, se sintió quebrantada y dolorida.

Pensó que su malestar seria pasajero, y se dedicó, como de ordinario, a asear su casa, encargando a la sirvienta que hiciera el menor ruido posible para no despertar a las niñas que no se levantaban hasta las diez.

Sin embargo, y a pesar de su fuerza de voluntad, su malestar crecía y se hacia por instantes mas fatigoso: con gran trabajo bajó a la tienda, donde se hallaba su marido; pero, rendida de aquel esfuerzo, se dejó caer sobre una silla.

—Blas, me encuentro mui mala, dijo con voz débil.

—¡Dios mio! ¿Qué tienes? ¿Qué sientes? exclamó

el buen hombre: ¡estás encendida y descolorida al mismo tiempo!

—¡No sé lo que tengo; es un dolor en el costado izquierdo, que parece un puñal y no me deja respirar!

—Francisca, corre al instante a llamar al médico: vuela, que aun no habrá salido de casa.

La criada obedeció a toda prisa.

Catalina tenia los ojos cerrados y los brazos colgando: en su semblante se sucedian la lívida palidez de la muerte y el fuego de una fiebre abrasadora.

Su marido la condujo a la alcoba, alentándola con mil palabras cariñosas, y la dejó sentada en un sillón y envuelta en mantas, porque temblaba de frío.





IV.

FRANCISCA, de vuelta de llamar al médico, a quien halló en su casa, entró en la del señor Juan, y dijo a éste, que estaba tras de su mostrador leyendo el diario, que su ama se había puesto mala.

—Anda y dí que ya va mi mujer a ver si se ofrece algo, repuso el confitero: dí a Blas que no se apure pues aquí estamos todos para ayudarle.

Francisca salió mas consolada: la pobre muchacha temía hallarse sola con la responsabilidad de una enfermedad grave, pues aunque las niñas tenían ya trece años la una y quince la otra, no servían absolutamente para nada.

Casi detras de la criada entró en casa del zapatero su vecina Patricia.

Esta examinó a Catalina, que continuaba como aletargada, y dijo a media voz y con acento de terror:

—¡Es dolor de costado y pulmonía!

—Ya me lo temí yo, dijo Blas: anoche, al salir del teatro, hacia un frio atroz y debió pasarla el aire.

—Francisca, dijo la señora Patricia, mulle bien la cama y caliéntala para acostar a tu señora.

Cumplió la criada estas disposiciones, y entre todos acostaron a Catalina, cuyo cuerpo abrasaba y se ha-

llaba a la par sacudido por un terrible temblor nervioso.

Poco despues llegó el médico: examinó el pulso de la enferma y exclamó:

—¡Es una pulmonía fulminante! ¡El confesor lo ántes posible!

El médico no habia visto a Blas, que estaba a su espalda; pero éste dejó escapar, al oír sus palabras, un grito de dolor y de espanto.

—Vamos, es preciso ser hombre, dijo Patricia; ¡ademas, que, no porque reciba los sacramentos, se va a morir, Blas!

Paulina y Rosa, avisadas por la criada de la terrible y repentina indisposicion de su madre, se habian vestido y habian corrido a la alcoba, donde se hallaban pálidas y desoladas.

—¡Madre! ¡mamita mia! ¿qué tiene usted? exclamó Rosa asiendo entre sus manecitas las de Catalina.

Como si el eco dulce de aquella arjentina voz hubiera subyugado la misma enfermedad, la paciente abrió los ojos y respondió:

—¡Estoi mui mala, hija mia!

Paulina se inclinó sobre el lecho, ocultó en él su cara y prorrumpió en sollozos.

—No lloreis... no os aflijais, dijo Catalina, esto no será nada!

—Blas, que las lleven a mi casa, observó Patricia, las pobres criaturas van a sufrir mucho aquí.

—¡Separarnos de nuestra madre! ¡jamás! exclamó Rosa con calor.

—Ya pasareis a verla cuando se sienta mejor.

—¡Nó, señora, nó! no quiero dejar de verla ni un instante, ni un segundo, dijo Rosa.

A poco fueron viniendo los maestros, y sucesivamente se les despidió diciéndoles lo que ocurría.

Blas, con un valor de que no se le hubiera creído capaz, fué a la parroquia a llamar a un confesor y en busca de las modicinas que habia dispuesto el médico.

Lleváronse a las niñas a otra habitacion; la afliccion de ambas era extrema; pero la de Rosa era mucho mayor que la de su hermana.

En seguida de haber hecho su confesion, recibió Catalina el santo Viático.

Todos los vecinos acompañaron a la augusta majestad que iba a visitar a la enferma.

No puede imaginarse un espectáculo mas conmovedor que el que ofrecia la salita donde se hallaba Catalina.

El lecho de ésta estaba primorosamente arreglado por la diligente mano de Patricia.

Le cubrian una colcha de damasco carmesí y ricas ropas de Holanda guarnecidas con encanjes finos de hilo.

Catalina, recostada en una pila de almohadones, tenia puesta una chambra, blanca como la nieve, cerrada hasta el cuello y abrochada igualmente en las muñecas.

Dibujábase ya en su rostro pálido y todavía hermoso, la terrible huella de la muerte: sus ojos se abrian con pesadez para adorar, con una mirada sumisa y llena de reconocimiento, al Rei de reyes, que iba a darse a ella en el augusto Sacramento.

Inundaba su frente un sudor frio, que humedecia sus cabellos y drillaba en sus sienes en menudas gotas.

Enfrente del lecho se habia levantado un altar, en el que, entre muchas velas de cera encendidas, se elevaba como una bandera de paz y de perdon, un alto Crucifijo; colgado en la pared, y dominando el

altar, habia un hermoso cuadro traído por Patricia, y que representaba a Nuestra Señora de la Esperanza.

Cuando se oyó en la calle el sonido de la campanilla, un estremecimiento terrible recorrió el cuerpo de Blas: hubiérase dicho que el dolor alteraba toda su máquina.

Los vecinos precedían e iban siguiendo con hachas encendidas la suprema Majestad: Juan, el confitero, su padre y sus hijos formaban parte de la comitiva; su mujer y sus dos hijas con la cabeza cubierta con sus mantillas, se hallaban arrodilladas en la alcoba alumbrando también.

Paulina y Rosa no tenían mantilla: la ceguedad de la pobre Catalina no les habia dejado usar nunca esa humilde, graciosa y modesta prenda, gala de la juventud, toca severa de la ancianidad y que todas las naciones civilizadas envidian a las españolas; las niñas tenían sombreros de subido precio y cargados de flores y plumas por la mano de la maligna modista, con pésimo gusto; ella ponía la cuentas más crecidas, según era más ostentoso el adorno que empleaba, y luego se reía de las figuras de las hijas del zapatero.

En aquella solemne ocasión, la misma altiva Paulina vió que era por lo ménos inconveniente recibir de aquel modo a su divina Majestad y acercándose a Patricia, le dijo con triste acento:

—Señora, ni Rosa ni yo tenemos mantilla que ponernos: ¿servirán las de mi madre?

—Sí, hija mia, contestó la buena mujer: busca dos, sean como sean, y ponéolas: si no hallas la llave, Petra os dará dos, aunque usadas. Dios no repara en esas cosas.

Paulina abrió el cajón de la cómoda, y sacó una mantilla para ella y otra para Rosa: tomando después cada una su vela encendida, se arrodillaron a la entra-

da de la alcoba sin poder apenas contener su llanto y el exceso de su afliccion.

La enferma recibió con la mayor devocion el Sacramento; y no bien hubo sosegado algunos instantes, un sangrador abrió sus venas para atenuar los estragos de la enfermedad, que avanzaba a pasos de gigante. ¡Ai! ¡Fué en vano! La sangre no corrió, sino lenta y perezosamente, estancándose enseguida.

—Todo es inútil, observó Catalina sonriéndose: Dios me quiere para sí: dejadme un momento sola con mi marido.

—Rosa, no te aflijas de ese modo, dijo Vicente acercándose a la hija menor de Blas: ¡me partes el alma!

—¡Mi madre! ¡Ah, mi pobre madre! exclamó Rosa sollozando.

—Si pudiera, muriéndome yo, salvarle la vida, lo haria de la mejor voluntad, porque tú no llorases! repuso el muchacho, cuyos grandes ojos negros estaban bañados en llanto.

—¡Miren el majadero! ¡Quién te pide sacrificios ni consuelos? dijo Paulina con enojo: ¡véte y déjanos cuanto ántes!

—¡No hablo contigo! repuso Vicente: tú no llorarás a tu madre mucho tiempo; y aunque llores, poco me importa.

—¿Por qué das oido a ese safo? preguntó Paulina a Rosa: vente conmigo.

Esta siguió a su hermana, que la habia asido del brazo; pero ántes envió a su amigo de la infancia una tierna mirada de gratitud.





V.

CATALINA seguía incorporada en sus almohadas y respiraba con suma dificultad: sobre la blanca sábana se veían lánguidamente estendidas sus manos, con las cisuras de la lanceta cerradas y rodeadas de un círculo cárdeno e hinchado.

Enfrente del lecho, estaban aun el altar y la imagen del divino Señor, ante la cual ardían algunas luces: el olor del incienso perfumaba la estancia y la alcoba, como un recuerdo de la santa visita que la doliente había recibido.

Blas entró en la alcoba y se sentó a la cabecera de la cama de su mujer: con su plácido y rubicundo rostro, trastornado entonces por un agudo dolor, corrían gruesas lágrimas, que en vano procuraba contener.

—Blas, dijo la enferma con voz débil... esto se acaba: voy a dejarte porque Dios me llama: no me duele irme del mundo, sino dejarte y dejar a mis hijas en tierna edad!

Los sollozos no dejaron contestar al esposo: la enferma prosiguió:

—No te aflijas y conformémonos ambos con la voluntad de Dios; pero mira, mi querido y excelente Blas... ántes de separarme de tí, quiero pedirte una cosa, aunque sé de antemano que la harás.

—Habla, dijo el pobre hombre: todo lo que me encargues se hará.

—¿Todo?

—¡Todo! ¿Qué deseas? ¡Pide! ¡Quiero que estés tranquila!

—¡Pues bien, Blas, mi compañero en esta vida, mi buen esposo, quiere mucho a las niñas!... considera que pierden conmigo lo que no se puede comparar con nada... ¡una madre! es decir, quien las entendía en el pestañear, quien adivinaba sus deseos, quien vivía en ellas... quiérelas tú ahora por los dos, Blas.

—Si Dios te llama a otra vida, vete descansada, sollozó Blas: ¡no tendrán por mí un solo instante de pena!

—¡Gracias, Blas de mi alma! En cuanto a que no les des madrastra, no te lo encargo, porque sé que no lo harás: te conozco, y estoy segura de que a ninguna otra mujer darás el sitio que yo tenía; pero aun me queda que decirte otra cosa...

Aquí la voz de Catalina pareció estinguida por una emoción penosa: su marido asió su mano, fría ya, y le dijo con cariño:

—Habla sin temor, Catalina: cumpliré religiosamente tu voluntad.

—Escucha, pues, Blas. Dios nos ha dado la fortuna... ya no es preciso que tengas la tienda abierta, y faltando yo... ya ves... las niñas... se bajarán a ella... pueden entrar jóvenes... y yo me iré con el mayor desconsuelo, si no las dejas salvo de todos los peligros...

—¿Quieres que cierre la tienda?

—¡Sí, Blas!... ¡me iría tan tranquila si me dieras palabra de hacerlo!

—Ya no se abrirá más, respondió el señor Blas.

—¿Me lo ofreces?

—Te lo juro.

—¡Ah, qué bueno eres! ¡Y qué peso tan grande se me ha quitado de encima del corazón! ¡Ya ves, el tener abierta la tienda perjudicaria tambien a la buena colocacion de nuestras hijas: cerrándola, se casarán mejor! Blas, ¡Dios te bendiga! ¡En tanto que he vivido, y al morir, me has hecho la mas dichosa de las mujeres!

—¡Nó, pobrecita, nó! repuso Blas: ¡no he hecho todo lo que debia! me he negado a que se realizaran algunos deseos tuyos; porque soi un terco, un bestia! ¡No he querido cerrar la tienda ántes de ahora, ni ponerme levita, ni guantes, ni usar tenacillas para el azúcar del café, ni otras pequeñeces que nada costaban y que te hubiera satisfecho mucho verme hacer! ¡Perdóname! ¡Perdóname todos los disgustos que te he dado! ¡Ahora daria la mitad de mi vida por haber sido otro!

El señor Blas prorrumpió en sollozos: su mujer le miró con ternura y dijo haciendo un esfuerzo:

—¡Blas, entre todos los hombres que he conocido, no hai ninguno que se pueda igualar a tí! ¡Con ninguno podia haber sido tan dichosa! ¡consuélate y cúidate para nuestras hijas!

—¡No he sido para tí lo que debia ser, Catalina! ¡Ai! Yo creia morir ántes que tú. ¡Cuánto mas hubiera valido para esas pobres criaturas!

—¡Prefiero morir a tener que sufrir el dolor de verte enterrado, Blas! ¡Porque yo, a pesar de mis rarezas, que algo te han mortificado, te queria mucho!

—Ya lo sé, Catalina... tranquilízate, que haré cuanto me has encargado.

—Que entren las niñas... dijo Catalina con voz débil... quiero abrazarlas y despues quedarme sola con Dios... Blas, haz preparar la uncion... esto vá

mui de prisa, y quiero llegar a la presencia del Supremo Juez, como una buena cristiana, lavada de todos mis pecados.

Paulina y Rosa entraron en la alcoba de su madre, bañadas en lágrimas, y se arrojaron sobre el lecho, abrazándola estrechamente Paulina.

—Hijas mias, dijo la enferma, no lloreis y oid atentamente lo que voi a deciros, porque dentro de poco estaré en el tribunal de Dios: aprovechemos el escaso tiempo que me queda: quiero encargaros que cuideis y ameis a vuestro padre como a la persona que mas debeis en el mundo; que le obedezcais en todo; que no le deis ninguna desazon: ¿lo hareis, hijas mias?

—¡Sí, señora! respondieron las dos hermanas.

—Mirad, prosiguió Catalina, que hacia ya penosos esfuerzos para hablar; mirad que va a sentir mucho mi falta, porque durante largo tiempo le he hecho una buena y fiel compañía... procurad ahora que no me eche de ménos... cuidadle, acompañadle... si sois para él unas buenas hijas, el Señor os recompensará y os dará larga vida...

Las fuerzas de la enferma se agotaban por instantes; y tal descomposicion notó Paulina en sus facciones, que, usustada, quiso llamar a su padre.

—¡Espera... espera! murmuró Catalina, y tú... Rosa... acércate, hija... porque mi voz se apaga... escucha: mi deseo... ha sido el casaros con personas de buena posicion y que hicieran algun papel en el mundo... por eso os daba una brillante educacion... ¡ojalá que se cumpla mi propósito!... pero si no te acomodan los que te pretendan, acuérdate, hija mia, de una cosa que te voi a decir... Vicente... el hijo de nuestro vecino Juan, te quiere... te podrá ofrecer un mediano pasar... y te hará feliz... nada te dejo mandado... nada te aconsejo... hija de mi alma...

solo te digo lo que mi corazon de madre ha adivinado...

Una mortal congoja cortó la palabra y el aliento a Catalina, que ya no abrió los ojos: con el tierno instinto de su amor conyugal y materno, buscó a tientas y encontró la mano de su marido y las de sus hijas, que guardó bajo las suyas heladas ya con el frio de la muerte.

Por un poderoso esfuerzo de su voluntad, entreabrió los párpados y dirigió, implorando perdon, una elocuente mirada a la imájen de Jesus crucificado que asistia su agonía; sus labios se movieron como si orase, y estrechó las manos de su marido y de sus hijas con un movimiento lleno de suprema ternura.

Poco a poco, el movimiento de sus labios se fué haciendo menor y se estinguió del todo.

—¡La uncion! dijo el médico, que se hallaba a los piés del lecho en actitud llena de triste impotencia.

Acercó el sacerdote los sagrados óleos a las sienes de la moribunda; y ésta, como reanimada por aquel contacto bendito, volvió a abrir los ojos, y dijo con voz bastante firme:

—¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!

—¡Dios te reciba en su santo seno, alma cristiana! dijo el sacerdote, dejándose caer de rodillas.

Y como si el alma de Catalina esperase únicamente esta recomendacion del ministro de Dios, voló al cielo envuelta en un dulce suspiro.





VI.

BLAS y sus hijas pasaron seis dias en casa de su vecino Juan, en tanto que éste y su mujer llenaban todos los deberes del entierro y funeral de Catalina, a la que habian amado verdadera y sinceramente.

El dolor de Paulina y de Rosa fué grande; pero mui distinto en sus manifestaciones.

Paulina hizo estremos de desesperacion, y se calmó al fin, casi súbitamente.

Rosa lloraba en silencio dia y noche, y no hallaba distraccion en cosa alguna.

Perdió el color y sus ojos azules, tan hermosos y tan dulces, se hundieron de un modo que daba compasion.

Blas habló al fin de mudanza y de arreglo de casa.

—¡Qué! exclamó Juan: ¿te vas a mudar? ¿Y la tienda, tan acreditada hace años, dónde la llevas?

—La quito, respondió el zapatero con un suspiro que no pudo contener.

—¿La quitas? preguntó Juan abriendo unos ojos como puños.

—Sí: la voi a traspasar.

—¿Pero por qué?

—Porque se lo ofrecí así a mi mujer, que esté en gloria.

—¿Ella te encomendó que dejaras la tienda?

—Sí: me dijo que las niñas estarían en ella, y que no lo creía conveniente... en fin, se lo ofrecí, y ántes moriré que faltar a esa promesa, hecha en la agonía, a mi pobre y querida mujer.

—No hablemos mas de eso, repuso el grave señor Juan: considero esa promesa tan sagrada como tú, y te ofrezco ayudarte para que realices un traspaso ventajoso.

—¿Conoces a alguna persona que le acomode la tienda?

—El tío Lúcas.

—¿El zapatero del portal de allá abajo?

—Sí: creo que se la quedará.

—¿Pero si tiene seis hijos y es solo un remendon!...¿ Si yo creo que no tiene blanca!

—Y es la verdad, Blas: tiene seis hijos y no es mas que un remendon; pero no está tan pobre como tú piensas.

—¿Y va a tomar tienda a los sesenta años?

—Méenos la tomará por él que por su hijo Luis, que es una alhaja.

—Ya se ve que lo es: prudente, bien criado, obedece a su padre como un cordero, y tiene una habilidad como pocos.

—El zapatero de la real casa le da ya veinte reales diarios de jornal, y no tiene mas que diecisiete años: su padre me decia hace pocos dias:—Vecino, voi a reunir los ahorros de toda mi vida y a pedir lo que me falte para poner a mi Luis una tiendecita: él la hará prosperar, y dentro de cinco o seis años, será un buen marido para la Nicolasa de usted. —Este proyecto, prosiguió el señor Juan, me satisface tanto, que daré al tío Lúcas el dinero que falte para tomar tu tienda.

—No hai para qué, dijo Blas: que se quede con ella

ya la pagarán cuando, el tío Lúcas o su hijo puedan, ¡que marido hará para tu chica! Pero me parece una cosa.

—¿Cual?

—Que siendo tú confitero, la chica podía lograr cosa mejor.

—¿A qué llamas tú cosa mejor?

—A un oficio mas señor: podía alcanzar tambien un marido sin oficio y con empleo.

—Mira, Blas dijo el señor Juan: los oficios todos son iguales, y en todos se gana el pan con el sudor de la frente: ademas, hai personas, como el chico de Lúcas, que ponen altos todos los oficios: ¿dónde se hallará un hombre de empleo fino, que tenga esa cortesía, esa humildad, ese respeto a sus padres y mayores, esa conducta arreglada, ese carácter afable y complaciente que tiene Luis? Nada, nada, no me hables de personas altas, porque no las quiero: en cuanto a dar tú la tienda al tío Lúcas para cuando te la pueda pagar, no es cosa de eso; yo le prestaré lo que necesite, que al fin, al que ha de ser marido de mi hija...

—Como quieras, repuso Blas: en todo caso, diré al tío Lúcas que cuente conmigo para aquello que necesite: si quieres acompañarme, buscaré casa y saldremos con las niñas.

—Vamos allá, dijo Juan: ¿pero has pensado ya en qué calle ha de ser?

—Paulina quiere en una alegre y por la que pase mucha jente.

—¿Pero, hombre, vas a hacer caso del gusto de la chica? ¡A mí podían venirme las mias con esas sonajas!

—Juan, respondió el zapatero con gravedad: estoi decidido a dar gusto a mis hijas en todo lo que pueda: así se lo ofrecí a su madre!

El confitero miró asombrado a su amigo, y luego meció tristemente la cabeza.

—¡Las pobrecitas, prosiguió Blas, ya no tienen en el mundo otra persona que las quiera, mas que yo!

—No es querer mas a los hijos dejarles hacer su gusto en todo, observó el confitero.

—¿Y qué me cuesta complacerlas en esto?

—Has lo que que quieras, dijo Juan: ya estoy dispuesto.

—Vamos, hijas mias, arreglaos un poco, dijo Blas a sus hijas: saldremos a buscar casa.

Las dos hermanas se pusieron sus vestidos de lana negra y unas mantillas de luto, que les habia comprado y cosido la buena Patricia.

—¡Santo Dios! ¡en qué fachas estamos! exclamó Paulina: ¡hermana, mas valdria quedarnos en casa hasta que estemos vestidas de otra manera!

—¡Eso es! ¡y dejaremos a padre solo en su primera salida! ¡Lo que es yo voi con él, sea como quiera! Ya sabes lo que nos dijo la pobre de nuestra madre.

—¡Madre! ¡padre! ¡Qué bonito es hablar así! murmuró Paulina: ¿por qué no decimos papá y mamá como antes?

—¡Porque el guason de Domingo se nos rie! respondió Rosa.

—¡Valiente bestia está! ¡tengo una gana de salir de este barrio!...

—Ya en poco vá: haremos que hoi mismo tome papá la casa: vamos allá.

Las dos hermanas se reunieron a su padre y al señor Juan, y llamaron a la señora Patricia y a sus hijas para decirles adios.

Estas bajaron del piso segundo llenas de polvo y con la cabeza cubierta con un pañuelo: la madre lle-

vaba en la mano unos zorros y una de las hijas una escoba.

—Hoi es sábado y hai que dejar la casa como un oro, dijo Patricia.

—¿Señora, no está aquí nuestra criada? preguntó Paulina: ¿por qué no barre ella?

—*Háztelo tú*, es el mejor criado, respondió la confitera: tenlo entendido, hija; y además, tu criada se irá con vosotras y quedaríamos mal acostumbradas, porque yo no la tengo ni pienso tenerla.

—Abur, dijo Paulina contrariada y arreglando coquetamente su mantilla ante el espejo de la trastienda.

—Hasta luego, padre Elías, dijo Rosa al abuelo, que se calentaba al brasero: hasta luego, señora.

—¿Qué mal augurio para esas niñas! observó el anciano: ¡solo les faltaba haberse quedado sin madre!

—A mí me dan mucha pena, dijo Patricia, y es desgracia que no se puede remediar, porque están muy mal criadas desde pequeñitas: Paulina es ya una mocita y para nada vale. Vamos, niñas, a concluir de limpiar.

—Mujer, siéntate un poco y deja a las muchachas, opinó el abuelo, ¿no tiene cada una diecisiete años?

—Verdad es, padre; repuso la buena mujer, me quedaré aquí con usted y para ayudar a Domingo si vienen a comprar.

—¡Sí, que Domingo necesita Cirineo! dijo una voz en la tienda, siempre piensa usted que hace falta su ayuda!

—¡Hijo, qué bestia eres! exclamó la madre, querer hacerte un favor, es echar margaritas a puercos.

—¡Pues está claro! Ya no debía usted hacer mas que descansar y cuidarse como abuelo, y siempre está usted hecha un azacan. ¡Si padre lo supiera!...

—Hijos, todos trabajamos y todos vamos a una en casa, por lo que Dios nos ayudará, dijo la buena Patricia: mira, tu abuelo estableció bien a tu padre y le buscó esta tienda acreditada; tu padre trabaja por vosotros; yo ahorro lo que cuesta una criada, para que vosotros y vuestras hermanas tengais algo mas: al fin sois cuatro, y para vosotros todo me parece poco.

—Pues yo lo que quisiera es, aunque trabajara toda mi vida, verla a usted descansar.

—Ya lo sé, hijo mio.

Apostaria, dijo el abuelo, a que Blas alquila casa en una de las calles mas concurridas de Madrid.

—Yo tambien lo creo, dijo Patricia; como que seguirá el gusto de las muchachas, que solo desean eso.

—Madre, observó Domingo, ¿sabe usted que Paulina está guapa de veras? ¡Qué alta se ha hecho y qué hermosos ojos tiene! Aunque Vicente dice que Rosa es mas bonita, yo encuentro mejor a Paulina.

—Yo habia pensado, dijo suspirando Patricia y bajando la voz para que no la oyese su hijo desde la tienda, yo habia pensado que esas niñas llegarían a casarse algun dia con mis hijos; pero ya hai que desistir, ¿no es verdad, padre?

—Así es, hija mia, respondió el abuelo, la semilla de una educacion viciosa y torcida está ya fructificando en ellas, la ambicion se ha apoderado de esas criaturas, y no podia haber mayor desgracia para mis nietos que casarse con ellas. ¡Dios quiera darles esposas que se asemejen a tí!

Cerca de las cuatro volvieron el señor Blas, sus hijas y el señor Juan.

—Ya hemos alquilado, dijo el zapatero, un cuarto

segundo en la calle del Cármen, para que estén alegres mis palomitas.

Y esto diciendo, el buen hombre tomó la barbilla de su hija mayor, le hizo alzar la cara y la besó en la frente.

—¡Pero en ese sitio debe ser mui caro! observó Patricia.

—Mui caro: me cuesta el cuarto diez mil reales al año; pere ellas estarán contentas, porque les gusta... ¿no es verdad, niñas?

—¡Oh, sí, papá! exclamó Rosa, y ademas, lo estaremos, porque en el cuarto principal vive la marquesa de B... ¡y su hija Enriqueta es amiga nuestra!

—¿Qué amiga es esa que nunca viene a veros? preguntó admirada Nicolasa, la hija del confitero, ¡vaya una amistad!

—¡Pues, sin embargo, es amiga! ¡ahí verás! dijo mui picada Paulina: no venia, porque al cabo papá tenia tienda y ella es hija de una marquesa; pero ahora seremos inseparables, y con ella iremos Rosa y yo a todas partes... ¡sí, señora, a todas partes!





VII.

ERA la marquesa de B... una señora de poco corazón, aunque de fino y perspicaz entendimiento: su fortuna, disipada entre ella y su marido, había sido bastante considerable.

La marquesa quiso viajar, dar bailes y convites, asistir de continuo a los que daban sus amigas, y hacer, en una palabra, lo que, por lo regular, hacen las personas que deben al cielo pingües riquezas.

El marqués, por su parte, ayudó con la mejor voluntad a la ruina de su casa, comprando carruajes, pagando a subido precio relaciones vergonzosas y entregándose a todos los caprichos de la moda.

Enriqueta, su hija única, era el ídolo de los dos, que la mimaban de la manera mas loca y absurda.

Enriqueta tenía la edad de Paulina y sabía dibujar bastante mal una flor, tocar una sonata de manera que no la reconociera su autor, y bordar medianamente en tapicería.

No era bonita, y solo estaba dotada de esa gracia fresca de la juventud, agregando a ella unas maneras distinguidas.

Pero la madre veía con terror la próxima ruina de

su casa: ya habia llegado el caso de deber a la modista una suma mayor que la que debia al maestro Linares, el zapatero, entonces se dijo que las amistades que mas le convenian eran las de jente rica, aunque no tuviera muchos pergaminos, y se dedicó a ser la *directora*, por decirlo así, de algunos plebeyos, enriquecidos en el comercio y en especulaciones mas o ménos honrosas.

La marquesa, pues, vió el cielo abierto cuando el honrado señor Blas Linares fué a ocupar el cuarto segundo de la hermosa casa que ella habitaba, con mucho dinero y con dos niñas llenas de vanidad y de pretensiones, a las cuales podria acabar de educar.

Y por otro lado, ¡qué ventajosa amistad para su hija! Ya no podia comprar a Enriqueta dos trajes al mes, y era seguro que entonces iba a suplir a su bolsillo el del espléndido y bonachon ex-zapatero.

Este empezó por rogarle que no se acordara de la cuenta que tenia con su casa, y que la diera por satisfecha, pues entre buenos amigos no debia pensarse en semejantes futilidades.

Al dia siguiente de haberse trasladado a la calle del Carmen, don Blas, que así llamaba la marquesa a su antiguo zapatero, manifestó a aquélla lo apurado que se hallaba para comprar el mueblaje de la casa, en atencion a que él entendia poco de esas cosas.

—Amigo don Blas, dijo la marquesa, no hai que apurarse por tan poco: yo iré con la niña mayor de usted, y compraremos lo que, a mi parecer, haga falta: las cuentas se le remitirán a usted despues.

—¡Oh, señora marquesa! ¡será usted tan buena! exclamó enajenado el viudo: ¡ah! No sabe usted el peso que se me quita al pensar que no tengo que andar en ese negocio. ¡Ya se ve! ¡Qué sé yo de poner una casa?

Catalina era la que se cuidaba de comprar lo que hacia falta y de reponer lo viejo.

—Lo que sí aconsejo a usted, señor don Blas, dijo la marquesa, es que ponga su casa bastante elegante: eso proporcionará a las niñas excelentes partidos; porque, por mas que se diga, el mundo se paga mucho de las formas, y hace de ellas mucho caso.

—Señora, todo a su gusto de usted, concluyó don Blas, disponga usted de mi bolsa y tambien para usted, si le hace falta algun mueble de lujo...

La marquesa se sonrió irónicamente ante la jenerosidad de don Blas, espresada, a la verdad, de una manera algo grotesca, pero llena, por otra parte, de candor y de sinceridad, y respondió con tono de dignidad ofendida:

—Gracias, don Blas, tengo mi casa puesta desde hace años segun debe estar, y nada necesito.

—¡Ah, señora! ¿habré tenido la desgracia de disgustar a usted? exclamó el cándido artesano: ¡perdóname usted! Nada sé, nada entiendo de finura y de buena educacion; pero hablo a usted, como se suele decir, con el corazon en la mano.

—Que se vista Paulina y que baje, dijo la marquesa, dando la mano a don Blas para levantarle, pues casi estaba éste a sus piés; saldremos en mi coche.

Poco despues, la elegante berlina blasonada de la marquesa llevaba a ésta, a su hija y a Paulina a uno de los mas lujosos almacenes de muebles que habia entonces en Madrid.

Paulina sintió que su corazon se hinchaba de orgullo y de placer, al verse en hermoso carruaje al lado de la marquesa y de su hija.

Rosa se asomó al balcon con el objeto de ver partir

el coche, e hizo a su hermana, con la mano, una señal de despedida.

Ya iba a retirarse y a cerrar el balcon, cuando se quedó inmóvil con los ojos fijos hácia el lado de enfrente de la calle y un poco mas arriba de su casa.

A la puerta de una elegante joyería habia visto a Vicente, el hijo del confitero.

—¡Si somos vecinos! pensó Rosa, y yo que no me acordaba!

Y empezó a saludar con la cabeza al aprendiz de platero.

Este, como atraído por una fuerza magnética, dejó el umbral de la tienda, y avanzó apresuradamente hasta debajo del balcon de Rosa.

—Sube, le dijo ésta.

El muchacho entró en el portal, subió la escalera, y a la puerta de la habitacion se encontró con Rosa.

Vicente, al verla, se olvidó de la joyería y de la reprimenda que tendria que sufrir de parte del maestro, y una alegría vivísima y profunda, como todas sus sensaciones, se pintó en su cara triste e inteligente.

—Entra, dijo Rosa: nos hemos mudado aquí: Paulina ha salido con la marquesa: van a comprar muebles para arreglar la casa: yo he sentido mucho dejar nuestra antigua calle, donde murió mi pobre madre... mi padre está en su cuarto... entra, que se alegrará mucho de verte.

Rosa dijo todo esto de un tiron, pintando así, con amable desórden, todos los diversos sentimientos que la ajitaban: sus ojos brillaban con la dulce luz del contento y tenia entre las suyas las manos de Vicente.

—A Dios gracias, dijo el muchacho, que os habeis venido a vivir a esta calle, donde yo vengo a trabajar:

¡qué alegre estaré ahora! ¿Te asomará alguna vez al balcon?

—¡Muchas veces al dia!

—¡Qué dicha! ¡Si vieras qué triste estaba en la tienda porque no te veia! ¡Rosa, más pensaba en tí, que en mi hermano y en mis hermanas!...

—¡Ya lo creo! Y yo en tí. ¡Cómo me acuerdo de las tardes de los domingos, cuando íbamos con nuestros padres y hermanos a la montaña del Príncipe Pio, a cojer mariposas! ¡Y qué ramitos de flores me hacias! ¡Y qué bien sabias elejir para mí las naranjas mas dulces de aquella vieja vendedora que tenia un nietecito al que tú llevabas tu postre!

—¡Pobre chico! ¡Era tan feo! repuso Vicente: tenia las piernas torcidas y no levantaba media vara del suelo!

—¿Te acuerdas, Vicente, del dia que me caí y me vendaste con tu pañuelo una herida que me hice en la frente?

—Sí que me acuerdo.

—Y cómo me estropeé un pié, me llevaste en brazos, hasta que mi madre fué a buscar un coche.

—¡Qué tiempos aquellos! ¡ah! ¡Si no le hubiera caido a tu padre la lotería, todos seríamos iguales! ¡Maldita sea la lotería!

—¿Por qué dices eso? ¿No somos ahora iguales tambien?

—¿Qué lo hemos de ser? Tu padre ha cerrado ya la tienda, y ahora vosotras hareis las señoritas, ireis al teatro, a las tertulias... ¡ya, ya sé lo que va a suceder! Pronto tendrás novio!

—¡Novio! ¡si solo tengo catorce años!

—¿Qué importa eso? ¡Cansado estoi de ver pasar al colejio chicas de tu edad, y de ménos con el novio al

lado! ¡Las que se crían para señoritas, aprenden muy pronto esas cosas!

—¿Con qué tono dices eso, Vicente?

—Yo me entiendo, y Dios me entiende también!

—Podrá ser; pero yo no te entiendo.

—¿Cómo está la puerta abierta? dijo la gruesa voz de don Blas saliendo hacia la antesala.

—Papá, respondió Rosa, estaba yo al balcón, ví a Vicente a la puerta de su tienda y le llamé: ahora íbamos a entrar a ver a usted.

—Buenos días, señor Blas, dijo el muchacho algo ruboroso y dando vueltas a su gorro que tenía en la mano.

—Bien llegado, hijo mío, entra y almorzarás conmigo y con mi Rosita.

—¡Dios mío! ¡Qué dirá el principal! exclamó Vicente, que en tanto que había estado hablando con Rosa, no se acordó de que había principal en el mundo: ví a Rosa y me vine sin pedir permiso; pero ahora me voi.

—¿No quieres tomar nada?

—Muchas gracias, señor Blas: ya almorcé esta mañana.

—Pues, hijo, vuelve a tu obligación, que la obligación es lo primero; y ya sabes dónde estamos: hoy, cuando salga, entraré a ver a tu maestro y a decirle que te deje subir algún rato.

—Muchas gracias, señor Blas: adiós, Rosa.

—Adiós, Vicente, dijo la niña.

El aprendiz de joyero salió, y Rosa, después de cerrar la puerta de la escalera, se fué al balcón para verle atravesar la calle.

Ya bastante tarde, volvieron la marquesa, su hija y Paulina.

Al día siguiente, la casa se hallaba adornada con

gran lujo y elegancia, y habia para el servicio interior una cocinera, una doncella y un criado.

Por el mueblaje pagó el bueno de don Blas sesenta mil reales: en cuya suma entró tambien el importe de dos primorosos mueblecitos que la marquesa *compró* para su gabinete.

Aunque pareció ofenderse mucho de la injénua y noble oferta que le hizo de su bolsa el ex-zapatero para que tomase lo que le agradase, no halló inconveniente en hacer un arreglito con el mueblista, mediante el cual figuró pagarle los dos muebles para guardar encajes y joyas, y el almacenista los cargó en la cuenta de don Blas.

No tomó la suma que valian contra la voluntad de su dueño, puesto que el sencillo señor Blas Linares deseaba obsequiarla; por tanto, no puede darse el nombre de *robo* a la adquisicion de los mueblecitos, pero nos parece que merecia mui bien el de *estafa*.

Vicente vió entrar los soberbios muebles dorados, los espejos y las ricas colgaduras con las lágrimas en los ojos e inmóvil en la puerta de su tienda: todo aquello le separaba de Rosa.





VIII.

PASEMÓS tres años, haciendo no obstante, una relacion sucinta de lo ocurrido, durante ellos, en casa de don Blas, aunque suponemos que ya lo sospechará el lector.

La marquesa no solo se encargó de dirigir su casa, sino de dirigir tambien a Paulina y a Rosa.

Esta última era blanda como la cera, por cuya razon se hacia de ella lo que se queria: su carácter débil, apocado y excesivamente dulce, no conocia ni nunca habia conocido la resistencia: era completamente igual a su padre.

Paulina era todo lo contrario: dominante, voluntariosa, vana, dura en sus modales, seguia las modificaciones de la marquesa, porque convenian con su carácter, y dominaba a su padre y a su hermana de una manera absoluta.

El buen don Blas era víctima de incesantes mortificaciones: su hija mayor le regañaba y le reconvenia duramente, porque no se queria vestir a la moda; pero el pobre señor se ahogaba con la levita y estaba en un potro con el frac: su aire era tan encojido, tan torpe, tan ordinario, en una palabra, que su hija, despues de un año de pruebas y de sujetarle a mil mar-

tirios, se dijo que lo mejor era prescindir de él, dejarle que hiciera lo que le pareciese, y salir siempre ella y su hermana con la marquesa y con su hija, ya que éstas lo deseaban.

Paulina, dotada de gran perspicacia y de un claro talento, habia llegado a comprender perfectamente la posicion de la marquesa; y, comprendida, le sobraban medios para dominar a aquella mujer, que le era mui inferior en sagacidad.

No era, pues, la marquesa la que dirijia a Paulina, sino Paulina la que imperaba en el ánimo de la mar-
sa: ésta no podia ya pensar siquiera en explotar a don Blas, porque siempre se le adelantaba Paulina, diciéndole con altivez que podia remediar sus necesidades y sacarla de apuros.

Comprendiendo la señorita de Linares—este título se daba en la tertulia de la marquesa a las hijas de don Blas—que ella no podia dar en su casa conciertos ni bailes, hizo que la marquesa los diese en la suya, sufragando ella los gastos que se le orijinaban; en una palabra, un lazo misterioso unia aquella dama, a quien los años despedian del mundo, arruinada y llena de desengaños, con aquella niña altiva, que llegaba a sus umbrales con el corazon henchido de vanidad y de ambicion.

Rosa, como ya queda dicho, era una débil criatura, que temia mucho a su hermana, y que únicamente hacia lo que Paulina le ordenaba.

Solo eran iguales las dos hermanas en belleza: ninguna de las esperanzas maternas de la pobre Catalina se habia defraudado en este punto.

Paulina y Rosa eran mas bellas aun de lo que ella habia adivinado, y de su hermosura se hablaba mucho en Madrid, porque iba envuelta con el prestigio de una gran riqueza.

Paulina era alta, trigueña y un poco pálida: sus cabellos y sus ojos negros y sus grandes cejas daban a su fisonomía un carácter apasionado: su boca de coral tenía un dibujo caprichoso y perfecto: era delgada y a la vez torneada con extrema perfeccion.

Rosa era de ménos estatura, blanca como el nácar y tambien delgada: sus ojos azules, de mirada pensativa y dulce, solo hablaban de ternura y de amor: una espléndida masa de cabellos rubios coronaba su frente y se agrupaba en trenzas y en menudos ricitos, como sortijas y cadenas de oro.

Su delicada boca, su pequeña y rosada nariz, sus brazos y cuello algo delgados, no decian mucho en favor de la robustez de aquella niña: su extrema blancura no dejaba a sus mejillas sino el leve color que ostenta en su seno una rosa blanca, pero a la mas ligera emocion, se cubrian aquellas de un vivo sonrosado y su seno latia aceleradamente.

Un altercado la hubiera destrozado, y jamás habia pensado en sostener ninguno: cariñosa y tierna con su padre, y sumisa a su hermana, admiraba a ésta y rendía un absoluto vasallaje a su talento y a su deslumbradora hermosura.

Tenia una amiga en Enriqueta, que la amaba mucho mas que a Paulina; porque la mimada niña tenia algunas veces celos de la influencia sin límites que la hija mayor de don Blas ejercia en el ánimo de su madre.

Y a propósito de don Blas. ¿Qué habia hecho en los tres años que habian trascurrido desde la muerte de su esposa?

El primero trascurió para él en medio de regaños de su hija y de mortificaciones de todo jénero: durante este tiempo se ensayó en él la levita, el frac, la corbata blanca y el chaleco de etiqueta, así como la

bata y el casquete griego; pero todo fracasó, y ya hemos dicho que la firmeza de carácter y la fuerza de voluntad de Paulina se estrellaron contra la imposibilidad de que el obeso cuerpo y el aire torpe de Blas Linares oponian a los esfuerzos de la jóven.

Pero Paulina creyó haber hecho mucho con intentar dar educacion a su padre, y, convencida de que esto no era posible, no volvió a pensar en él mas que para pedirle dinero cuando le faltaba, lo que sucedia con bastante frecuencia, a pesar de tener asignada cada mes una gran suma para atender al gasto de la casa.

El pobre Blas se vió reducido a almorzar y comer solo, pues sus hijas lo hacian a distintas horas que él,

El ex-zapatero salia a la seis de la mañana de su cuarto, y se iba a dar un paseo por las calles; a las ocho volvía a casa y le daban chocolate; a las dos comía, y a las diez de la noche cenaba y se iba a acostar.

Aquella soledad forzosa agobiaba al pobre hombre; desde que regresaba de su paseo por la mañana, ya no volvía a salir ni veía a sus hijas en todo el dia.

Cuando se cansaba de estarse solo en su cuarto, se iba a la antesala y aun a la cocina para charlar un poco con los criados; pero pronto se aburría y volvía a su soledad, cabizbajo y triste.

Poco a poco perdió sus encendidos colores, y su gran abdomen disminuyó una mitad; no tenia apetito, y se pasaba las noches dando vueltas en su lecho y suspirando profundamente.

Sin embargo, Rosa sentia el aislamiento de su padre y hubiera querido acompañarle; pero, ¿cómo separarse de su hermana, cómo explicarle este deseo? ¡Imposible! El valor de Rosa no llegaba a tanto.

Tomó el partido de finjirse indispueta alguna vez

y de quedarse al lado de su padre haciéndole compañía.

Aquellas eran las horas mas dichosas del buen Blas: adoraba a sus hijas con ceguedad, con locura, y el oirlas y verlas, era para él el supremo placer de la tierra.

Una mañana, despues de tomar chocolate, se le ocurrió volver a salir, y pasó por delante de la joyería donde trabajaba Vicente.

—¿Y por qué no he de entrar a ver al chico? se preguntó: así se pasará el rato. ¡Una tienda! ¡Ah! ¡qué dichosas son las jentes que tienen una tienda! El tenerla ha sido mi sueño dorado por espacio de cuarenta años, y cuando lo logré... ¡pero vamos! ¿me voi a quejar ahora de haberla quitado?... Esto seria lo mismo que quejarme de mi pobre mujer, a quien Dios se llevó!... No pensemos en tal cosa, sino en ver a Vicente, que está ahí trabajando.

El señor Blas entró en la joyería.

Solo se hallaban en ella, a la sazón, el hijo del confitero y uno de los dependientes.

Las facciones de Vicente se animaron con una viva alegría al ver al padre de Rosa: el jóven dejó su trabajo y salió al encuentro de don Blas, ofreciéndole una silla junto a la que él ocupaba y volviendo a su obra.

Poco despues, bajó el dueño de la tienda y saludó afectuosamente al vecino don Blas, al que conocia por haber oido hablar de él a Vicente.

Era un hombre ya de edad y de mui agradable trato, que se hizo mui amigo del antiguo zapatero, pues, aunque mas instruido que éste, sabia estimar su sencillez y buen carácter.

Desde aquel dia, el señor Blas lo pasó mucho me-

jor, pues algunos ratos de soledad los mataba en compañía del joyero y de Vicente.

Otro día se preguntó que por qué no había de ver a su amigo Juan Navarro, el padre de Vicente, y la respuesta fué encaminarse hácia su antiguo barrio.

Para esta visita, se puso su traje de paño grueso, su capa, sus zapatos y su gorra con visera: es decir, se puso a sus anchas y se dijo:

—Allí, de cualquier modo que vaya, me recibirán con alegría.

La vista de aquella calle estrecha y sombría, de la tienda de Juan, tan mezquina y oscura, como siempre la había conocido, y sobre todo, la vista de la que él había tenido, ocupada por el tío Lucas, que remendaba los zapatos de las pobres mujeres de la vecindad, y por su hijo Luis, que trabajaba en obra prima con extraordinaria perfección, arrancaron a Blas algunos suspiros muy dolorosos.

¡Qué recuerdos tan gratos tenían para él aquella estrecha calle, aquellas humildes casas!

¡Allí había él vivido, siendo muchacho, al lado de sus padres!

¡Allí se había casado y había visto pasar, al lado de Catalina, tantos años felices y tranquilos!

¡Qué dichoso había sido allí, y a la sazón, qué poco lo era, a pesar de sus esfuerzos para persuadirse de lo contrario!

Con el corazón lleno de suspiros y los ojos llenos de lágrimas, fué como entró en la tiendecita del confitero, su amigo y antiguo vecino.

Sentado éste detrás del mostrador, fumaba un grueso cigarro de papel.

Su hijo Domingo, que ya era un guapo muchacho, envolvía caramelos y hacia paquetitos de confites y piñones bañados en azúcar.

A la puerta de la trastienda, cosía Patricia una sábana nueva, cambiando frecuentemente con su marido algunas gratas palabras y una amigable y dulce sonrisa: en el piso de encima se oían los pasos breves y lijeros de las dos muchachas, que iban y venían cantando y disponiendo la comida.

Por último, en el fondo de la trastienda, reclinado en su vetusto sillón de vaqueta, estaba el abuelo Elías dormitando y teniendo entre los dedos un enorme rosario, en el cual de vez en cuando, y al despabilarse con algun ruido, rezaba un Ave-María.

Aquel apacible cuadro doméstico hizo suspirar de nuevo al pobre Blas, que fué recibido con la misma cordialidad que cuando pasaba todas las noches a jugar al tute, a pesar de hacer ya mucho tiempo que se había separado de aquellos buenos vecinos.

—Mal he quedado con vosotros, Juan, dijo a su amigo: no he venido a veros desde que me trajisteis aquí con mis chicas el día de la muerte de mi pobre Catalina, que esté en gloria: ¿qué habeis dicho de mí?

—Nada, sino que, cuando no venias, no podiais hacerlo, o no queriais nuestra amistad, repuso el grave y sesudo señor Juan.

—¡No querer yo vuestra amistad! repitió el señor Blas con vehemencia; ¿has podido pensar eso? Pero motivo he dado para ello, y, a pesar de todo, no había día en que no me acordase muchas veces de vosotros! ¡He sido un tonto!... Al principio, con el arreglo de la casa y el afán de complacer a Paulina, que me quería llevar a las tertulias y paseos, se me fué un año... y luego, me dió vergüenza!

—Pues aquí siempre somos los mismos, dijo el bueno de Juan: amigos con alma y vida: cuando quieras venir, serás muy bien recibido; y si no voi a verte, es

porque no quiero esponerme a que tus chicas me hagan un desaire.

—¡Qué te han de hacer! exclamó el señor Blas: ¿acaso crees que ellas son malas?

—Dios nos libre de eso, dijo la señora Patricia: solo que sabemos por nuestro Vicente que salen siempre con la marquesa del cuarto principal, y que han echado un lujo grande... y ya ve usted, amigo Blas, como nosotros no hemos salido de nuestro paso y vamos todos vestidos a lo artesano, las chicas podrian tenerse a ménos de tratarnos.

—Nosotros ni somos ni seremos nunca otra cosa que artesanos, añadió Juan: el que se dé vergüenza de tratarnos, peor para él: tú, Blas, serás siempre mi amigo, porque siempre nos hemos querido y desde niños nos conocemos: tus hijas, ya es otra cosa: sin que yo trate de culpar a tu pobre mujer, que ya está con Dios, no se te puede ocultar que, desde que eran muy pequeñas, les metió mucho aire en la cabeza, aire que llevan y llevarán adelante.

—No puedo remediar ese mal, repuso tristemente el antiguo zapatero. Juan, te lo confieso, quiero a mis hijas con idolatría.

—No les pruebas bien tu cariño, observó el confitero meciendo la cabeza.

—¡No sé probárselos de otro modo! Y por otra parte, ¿qué harías tú en mi caso?

—¿Yó? exclamó el confitero: en primer lugar, hubiera impedido a mi mujer que las criara como lo hizo la tuya; y luego, si esta hubiera faltado, ¿les hubiera tenido las riendas tirantes! Pero vamos, Blas, prosiguió el señor Juan: no quiero que el venir por mi casa te sirva de ocasion de un disgusto, sino de recreo y consuelo; comerás con nosotros, y despues iremos los dos a dar un paseo.

Así se hizo: se comió en familia; se recordaron los tiempos de la juventud, se paseó largamente, y se bebieron buenos tragos en la cena, acabada la cual el señor Blas se volvió a su casa y se metió en la cama rejuvenecido de diez años, al tiempo que sus hijas empezaron a vestirse para bajar a un baile que daba la marquesa en celebridad del día de su santo.

Otro año pasó mas dichoso para Blas que los dos anteriores: casi todos los días iba a casa de su amigo Juan, veía a los conocidos del barrio, charlaba con ellos y bebía sus copitas; pero esto lo ocultaba el buen Blas a sus hijas, como si hubiera sido el mayor pecado de la tierra.

Vamos a encontrar a las dos encantadoras hermanas una noche, a la hora de acostarse, en el tocador de la mayor.

Era un gabinete octógono y dispuesto, no solo con un lujo extraordinario, sino con un gusto distinguido, pues Paulina estaba dotada de un talento poco común para gastar bien mucho dinero.

El tocador—que, aunque se había dispuesto para ambas hermanas, apenas usaba Rosa—se hallaba vestido de damasco de seda azul; una mesa con colgaduras de muselina blanca de la India y transparente de raso azul ocupaba el sitio principal; a cada lado de esta mesa había un divancito de seda azul; en el testero de enfrente había dos armarios de caoba tallada, cuyas puertas eran dos grandes espejos, que contenían esas prendas de vestir, esos accesorios, y esos adornos tan sencillos y tan necesarios para una mujer elegante.

Algunos sillones diseminados estaban ocupados por trajes de sociedad y de calle: sobre los divanes había también guantes, flores, cintas y lazos en pintoresca confusión.

Dos mesitas colocadas debajo de las ventanas, sostenian cajas, frascos de esencias, peines, pomadas, juguetes de plata y porcelana y mil bagatelas que representaban grandes dispendios.

En el techo ardia una lámpara de porcelana con globo azul, pendiente de tres cadenas doradas.

Paulina, sentada delante de la mesa del tocador, y envuelta en un peinador de merino blanco, guarnecido de cintas y lazos color de rosa, deshacia lentamente su peinado, a la vez que hablaba con su hermana, que estaba sentada en el divan de la izquierda de la mesa.

Rosa llevaba aun el traje con que habia asistido al teatro, de donde hacia dos horas que habian vuelto, pues eran las dos de la mañana.

Acababa de cumplir diecisiete años, y nunca una niña rubia y delicada ha estado dotada de mayores atractivos que la hija menor de Blas Linares.

Su traje de tafetan blanco, listado de azul, dejaba ver un talle flexible y elegante como un junco.

Una copiosa cabellera rubia bajaba en gruesos rizos por su frente y sus mejillas; sus grandes ojos azules se hallaban pensativos y tristes, pero conservaban la suprema dulzura de la infancia; todo era en ella bello, puro, sonriente, agradable, armonioso, por decirlo así: con sus pequeñas manos cruzadas sobre las rodillas, parecia escuchar sumisa y tranquilamente las palabras de su hermana.

Paulina, por el contrario, manifestaba estar poseida de una cólera sorda y violenta: sus labios temblaban, sus mejillas se hallaban cubiertas de un vivo sonrosado, sus ojos lanzaban rayos; sin duda que seguian una conversacion desde hacia algun tiempo, a juzgar por la actitud algo fatigada de Rosa y de la irritacion de Paulina.

—Responde, dijo ésta con mas vehemencia de la que hasta entonces habia usado: ¿has decidido no casarte con el marqués?

—No he decidido nada, repuso Rosa suavemente; ni él ni yo hemos hablado de eso.

—¿Pero te agrada?

—No me parece feo; por el contrario, conozco que tiene una bella figura.

—¿El te halla adorable!

—Y yo lo siento mucho.

—¿Por qué razon?

—Porque preferiria que no se hubiera fijado en mí. Paulina hizo un jesto de impaciencia y dijo:

—Si quieres, ántes de un mes serás marquesa.

—Hermana mia, repuso Rosa, ya te he dicho que el marqués no me ha dirijido ni una sola palabra de amor.

—Porque no se atreve.

—¿Mas bien creo que será porque no me ama!

—¿Y tú le amas?

—¿Yo... tampoco! respondió Rosa con un suspiro.

—¿Luego rehusas esa boda?

—¿Esa y todas!

Paulina miró a su hermana llena de sorpresa.

—¿Tendrás el corazon ocupado! exclamó tomándole una mano.

Rosa bajó la cabeza, se puso mui encarnada y nada respondió.

—¿Amas a algun otro? preguntó Paulina: ¿amas al vizconde?

—¿Nó! respondió Rosa.

—¿Al jeneral? A pesar de no ser ya jóven, no me extrañaria.

—Tampoco.

—¿Pues a quién? ¿Prefieres a alguno a quien no conozco? ¿Dónde le has visto?

Rosa ocultó su rostro cubierto de encendida púrpura en el seno de su hermana que, conmovida y llena de sorpresa, había dejado el asiento que ocupaba delante de la mesa de tocador para ir a sentarse a su lado.

—¡Habla! repitió: ¡quiero y debo saberlo todo! ¿No sabes lo que te quiero? ¿No sabes que ahora debo ocupar para contigo el lugar de una madre? Háblame con franqueza.

—Si nuestra madre viviera, no culparia, por cierto, el afecto que llena mi corazón, dijo Rosa: hermana, yo no sé si lo que siento se llamará amor; pero la verdad es que yo veo a todas horas una imájen delante de mis ojos: ¡que sueño con ella y pensando en ella me despierto!

—¿Y quién es?

—¡Vicente! murmuró Rosa con acento trémulo y lleno de emoción.

—¡Vicente! repitió Paulina enderezándose como si la hubiera mordido una serpiente, pero sin soltar todavía la mano de su hermana: ¿de qué Vicente hablas?

—De Vicente, el hijo del señor Juan.

—¿De ese miserable aprendiz de platero?

—Sí, respondió Rosa con voz que era apenas perceptible por el temblor que la agitaba.

—¡Que vergonzosas ideas tienes! exclamó Paulina soltando la mano de su hermana y separándose de ella con violencia: ¡ah! ¡no bastaba para mi tormento el tener que sufrir los hábitos deplorables de nuestro padre, y la imposibilidad de hacerle adquirir el mas leve instinto de decencia! ¡Era preciso que apurase el dolor de oírte rehusar un casamiento ventajoso!

so, y la ignominia de verte apasionada de ese jóven vulgar! ¡Y yo sola para luchar con vosotros dos! ¡Ah, que desgraciada soi!

Algunas lágrimas corrieron por las mejillas de Paulina, y sus facciones todas pintaron un agudo dolor.

Rosa se levantó del sitio en que se hallaba sentada, y llorando a su vez, fué a arrojarle a los brazos de Paulina.

—Hermana mia, exclamó, no me culpes, no me acuses de que te doi penas! ¡Yo hare lo que tú quieras, lo que me exijas!... ¿Lo oyes? No llores de ese modo, o el dolor me haria perder la razon.

—Rosa, dijo la hermana mayor volviendo a sentarse en el divan que ocupaba la menor, y haciéndola sentar a su lado: te lo confieso, lo que impera en mi alma es la ambicion, el deseo de sobresalir! He comprendido que en el mundo hace papel el que lo quiere hacer, y que cada uno es dueño del sitio que elije, siempre que lo sepa guardar! ¿Qué esperas amando a ese jóven? Si te casas con él, lo que, en tanto que yo viva, jamás consentiré, una existencia oscura, pobre, ignorada! Tú, tan linda y a quien el cielo ha favorecido con una educacion esmerada y con un caudal que tantas te envidian! ¡Qué distinta suerte hallarias uniéndote al marqués! Carruajes, palco en los teatros, joyas deslumbradoras, espléndidos trajes, un soberbio palacio... todo esto te hará ser una de las mujeres mas a la moda y mas envidiadas de Madrid! ¡Pero habla! ¡Respóndeme! ¡Dime si mis razones te convencen o si todavía permaneces en tu funesto error!

—¡Yo no amo al marqués! murmuró Rosa temblando.

—¿Y eso qué importa? repuso Paulina: yo tampoco

amo al baron, y, sin embargo, voi a casarme con él. El amor llegará despues; y aunque no llegue, ya sabes que la marquesa dice que para el matrimonio no es necesario el amor, y que, aunque este exista, se acaba al año de casados y queda solo una fria amistad.

—Razon tendrá la marquesa, repuso la inocente Rosa: ella sabe mucho y conoce el mundo mejor que nosotras; pero, no obstante, debe ser mas grato casarse con quien se ama: además, ya sabes cómo se querian nuestros padres y cómo se quieren los de Vicente!

—¿Y qué tiene que ver lo que nuestros padres han hecho con lo que debemos hacer nosotras? Nuestros padres y esa buena jente, a cuya familia pertenece el oficial de platero, eran unos menestrales ordinarios y llenos de preocupaciones y de ideas rancias: ¡nosotras ya estamos educadas de otro modo! Imita mi ejemplo: ¿puedes tú suponer que yo ame al baron?

—¡Oh, no! exclamó Rosa casi con terror: ¡amar a ese hombre! ¡Es imposible! Al ménos, el marqués es jóven, y está dotado de una bella figura: con el tiempo talvez podré amarle; pero tú, mi pobre hermana!... ¡Ah! ¡qué prisa te corre casarte! Y siendo tan jóven, ¿por qué no esperas? Quizás encuentres otra persona que te agrade mas.

—¡Nó! ¡No me hables de esperar! exclamó Paulina: quiero salir lo ántes posible de la situacion en que estamos: quiero mandar en mi casa y vivir a mi gusto: ¡si supieras cuánto me incomoda la vida que hace nuestro padre!...

—¡Pobre padre! ¡Mui triste debe ser! ¡Le dejamos tan solo!...

—¡Ya sabe él buscarse compañías, que ojalá hubiera olvidado!

—¿Qué dices?

—Esta tarde he averiguado que pasa la vida o en la platería de la acera de enfrente, donde trabaja el hijo del confitero, o en casa del mismo confitero, donde cena casi todas las noches y bebe en grande!

—¿Pero si nosotras no le acompañamos: el pobre tiene que buscar algún medio para no morir de tristeza!

—En fin, quiero estar en mi casa lo ántes que pueda, para vivir como me acomode, sin cuidarme de lo que él haga.

—¿Dios mío! ¿Porque nos casemos con personas de rango, hemos de renegar de nuestro padre? exclamó Rosa asustada.

—¿Quién dice eso? ¿Vendremos a verle! pero al ménos sus despropósitos y sus groseras inclinaciones no caerán tan directamente sobre nosotras, estando ya casadas: con que es cosa resuelta... la marquesa puede arreglar tu boda con el marqués y nos casaremos el mismo día.

Rosa iba a hablar sin duda; pero una mirada de su hermana detuvo la palabra en sus lábios.

—Ocupémonos de nuestras galas, prosiguió Paulina: estas son mui costosas y voi a adoptar, para tener mas dinero, un medio que me ha indicado la marquesa; aunque no podemos quejarnos de que nuestro padre sea mezquino, hai, sin embargo, que explotarle en esta ocasion; nuestros futuros nos harán magníficos regalos, y la marquesa nos hará uno a cada una, aunque para ello tenga que empeñarse; pero esto no basta, y las ricas galas que necesitamos exigen crecidas cantidades.

—¿Necesitamos ricas galas? ¿Para qué? preguntó Rosa cándidamente: ¿si tenemos los trajes a docenas!

—Eso no importa: ya nos los han visto todos, y

ahora tenemos precision de hacernos, por lo ménos, una docena nuevos: así, pues, tú pedirás a papá y yo tambien, a las dos nos dará, y la mas elegante modista de Madrid se encargará de nuestros equipos de boda. Yo haré una lista y saldremos a compras con la marquesa... Ahora, vamos a dormir... adios, hermana mia, y alégrate con la brillante suerte que te aguarda y que tantas han de envidiarte.

Paulina abrazó y besó a su hermana con verdadera ternura, y cada una se fué a su alcoba para buscar el descanso que ninguna de las dos pudo encontrar.

La hermana mayor permaneció desvelada hasta cerca del amanecer con sus locas ideas de ambicion, con su sed de goces y de fiestas.

Rosa, profundamente triste, vertió algunas lágrimas pensando en Vicente: oia la voz de su madre, quien, a la hora de su muerte, le habia dicho:

Piensa en que te ama y en que sabrá hacerte feliz.

Peero luego se le representaban la cólera y las lágrimas de su hermana; quizá la vanidad se mezclaba tambien algun tanto a sus pensamientos, y se resignó a casarse con el marqués y a olvidar los sueños que otras veces habian ocupado su cabeza, y que a la sazón miraba solo como irrealizables locuras.





IX.

DOS meses despues y a principios de Febrero, el salon de la casa de don Blas Linares resplandecia de luz y de pedrerías: elegantes damas— aunque en corto número—le ocupaban: algunos caballeros se paseaban tambien hablando en voz baja y riéndose de las pretensiones del ex-zapatero y de sus hijas, y diciendo que los novios de éstas tenian mui poco decoro, comprando por algunos miles de duros unas esposas bonitas, jóvenes y elegantes, pero de un nacimiento tan bajo.

Aquella noche se firmaban los contratos de boda.

La marquesa presidia y hacia los honores del salon con su gracia acostumbrada y con su inalterable buen humor.

Las dos niñas hablaban con sus amigas, que eran las jóvenes que asistian por la noche a la tertulia de la marquesa, y con la hija de ésta que, a pesar de pertenecer a la mas alta sociedad, como se sabia que su madre estaba completamente arruinada, no encontraba un marido, por mas esfuerzos que hacia para dar con él.

Sin duda, a causa de pensar en esto y de convencerse ademas de que las hijas del zapatero Blas Linares le habian encontrado solo por ser ricas, era la sonrisa de Enriqueta algo amarga y sus facciones se hallaban contraidas con una penosa espresion.

Los novios estaban tambien en el salon: el marqués, futuro esposo de Rosa, se paseaba del brazo de un jeneral: era un jóven de hermosa presencia, de aspecto osado y casi cínico, alto, delgado, nervioso y de unas maneras llenas de elegancia y distincion.

Toda su vida la habia pasado de orjía en orjía, y para él la mujer mas seductora era la mas desvergonzada; el mejor amigo, el mas desenfrenado calavera; y su único ídolo el dinero.

Las decepciones que sin cesar le habian abrumado, viviendo entre jente perdida, le habian hecho calificar el mundo de abominable y a las personas creyentes y morijeradas de tontos de capirote: era el marqués de Alcaraz de los que dicen que en esta vida solo se saca *lo que se saca a diente*, y que el que no se divierte y explota al prójimo, es un simplon que merece ser explotado.

Si la marquesa, en vez de proponerle para esposa a la hija de un honrado artesano, le hubiera propuesto a la hija del verdugo, lo mismo se hubiera casado con ella, con tal de que hubiese sido rica y de que él pudiera vivir a gusto algunos años mas a costa del dote de su mujer.

Tal era el marqués de Alcaraz, indigno, por cierto, de poseer a la inocente niña, que se preparaba a ser para él una buena y fiel esposa y a amarle con todo su corazon, a pesar de las ideas de su hermana acerca de la inutilidad del amor en el matrimonio.

El futuro esposo de Paulina tenia algunos puntos de contacto con el marqués; pero en la diferencia que

se advertía entre los dos, llevaba el marqués la ventaja.

El baron de Evora, portugués, y que habia tomado carta de naturaleza en España, por haber cometido toda clase de excesos en su patria, era una especie de ogro feroz: ya no era jóven, su estatura, que no llegaba a la de Paulina, parecia casi cuadrada: tal era su fuerte musculatura y tan groseras sus formas; la altura de sus anchas espaldas le daban el aspecto de un jorobado, su cuello era corto, grueso y como enterrado entre sus hombros fornidos: su cara, ancha y encendida, estaba semi-cubierta por una barba rubia o casi roja.

Tenia los ojos grises y pequeños, de perversa mirada y aviesa espresion, las manos y los piés mui grandes, la risa maligna y mui escasos cabellos, que, como la barba, tiraban a rojos.

El baron era de carácter duro e imperioso; pero su afan de agradar a Paulina, de cuya belleza se habia verdaderamente enamorado, era tal que habia adoptado la mas amable esterioridad que le habia sido posible, guardando para mas adelante el dominio y la dureza.

Casi arruinado tambien, no lo estaba hasta el punto que el marqués, aun poseia algun dinero, y enteramente despreocupado en cuanto a las condiciones de nacimiento, se reconoció prendado hasta la ceguedad de Paulina, y suplicó a la marquesa que negociase su matrimonio, como habia negociado el del marqués.

Hemos dicho que el baron no era jóven; pero a pesar de haber cumplido ya los cuarenta años, su atlética naturaleza se hallaba mucho mas robusta que la del marqués, que solo contaba veintiseis años de edad, y cuya salud estaba mui arruinada.

El baron, sentado al lado de la marquesa, hablaba

con ella y contemplaba a su bella novia, que reia a carcajadas con sus amigas.

—¿Verdad que es linda? preguntó melosamente la marquesa, al ver la mirada que el baron dirijia a Paulina.

—¡Demasiado para estar educada tan a sus anchas! respondió bruscamente el portugués.

—¿Cómo?

—Digo que, si usted la ha dirijido, no le hace mucho honor su obra; pero yo la ataré corta, y esto ha de ser mui pronto.

—Cuidado, baron, que Paulina tiene el carácter mui fuerte.

—Sea enhorabuena.

—Y no se dejará dominar.

—Lo veremos.

—Habrá escándalos.

—Ya sabe usted que nada se me da del qué dirán: yo educaré a mi mujer, porque la verdad es que no lo está: ¡y cómo ha de estarlo con aquel padre? ¡Mire usted qué figura presenta!

Al decir estas palabras, el baron señaló con descaro al señor Blas, que, sentado en un extremo del salon, dormitaba con una tranquilidad envidiable.

El buen hombre se habia puesto aquella noche una levita negra que le tenia mui embarazado, por ser de rico paño Sedau y bastante ceñida a su obeso cuerpo.

Un pantalon, negro tambien, y unas botas que le hacian ver las estrellas, pero que eran de rico charol y obra perfecta del primojénito del tio Lucas, completaban su atavío, además de una camisola mui almidonada y de una corbata de raso, cuyos pliegues se hallaban prendidos con un grueso brillante.

El pobre don Blas, martirizado con su cuello almi-

donado y con sus botas de charol, sin hablar con nadie, porque a nadie conocia, se habia dejado vencer por un sueño profundo y lleno de paz.

La marquesa, al ver aquella simple y cándida figura, se echó a reir, si bien ocultando su risa detrás del abanico.

Al dar las nueve en el reloj colocado sobre la chimenea del salon, se abrió la puerta y el criado de la antesala anunció:

—El señor notario.

Acto continuo entró un grave personaje vestido de negro, con enormes anteojos de oro y un rollo de papel en la mano.

Saludó con la cabeza a derecha e izquierda, y fué a sentarse enfrente de la puerta, delante de una mesa cubierta con un tapete de terciopelo azul, guarnecido de una franja de oro; sobre la mesa se veía una preciosa escribanía de plata sobredorada.

Colocado ya en su sitio, el notario desplegó los papeles y leyó el contrato de matrimonio de la señorita Paulina Linares con el señor baron de Evora, y el de la señorita Rosa Linares con el señor marqués de Alcaraz.

Las novias aportaban cada una la suma de treinta mil duros.

El notario leyó la relación de los bienes de los novios tan entredientes que nadie pudo apercibirse de ellos.

Y además, aunque la hubiera leído con clara y sonora voz, cosa que la marquesa le habia severamente prohibido, hubiéramos impedido que los concurrentes le oyesen, cierto murmullo que se alzó en el salon, y en particular producido por la parte femenina de la asamblea.

—¡Ai, Dios mio! ¡Yo pensé que estas niñas eran

mucho mas ricas! exclamó una vieja baronesa al oido de su vecina.

—¡Lo mismo creia yo! ¡Casarse esos hombres con las hijas de un zapatero por treinta mil duros!

—¿Pues acaso valen ellos ni ese dinero? observó un caballero, tomando parte en la conversacion: ¡hombres mas perdidos!... sobre todo, el marqués... solo vive del juego de trampa en el casino, o esplotando a las viejas presumidas que le convidan a comer para que les diga galanterías.

—En fin, repuso la vieja baronesa: matrimonio arreglado por la marquesa de B... ¡así habia de ser! las pobres muchachas me inspiran compasion: ¡en poder de esos dos truhanes!... ¡Y qué bien instruido estaba el notario! ¡Nadie ha podido oir lo que ha dicho!

—Pues yo no compadezco a esas muchachas: ¿por qué se empeñan en llegar a nuestra clase, dejando la suya?

—¡Si ellas no tienen la culpa! ¡Es la marquesa la que se empeña en esplotarlas!

—Callemos, que ya está acabada la lectura: el notario se va, mire usted el ex-zapatero, ¡durmiendo como un bendito!

—Para ese es la vida.

El notario se habia levantado, en efecto, de la mesa: volvió a saludar a derecha y a izquierda, y salió de la estancia con la precision de un autómeta.

A una señal de la marquesa, dos criados retiraron la mesa; un caballero se puso al piano y tocó un rigodon que algunas jóvenes parejas se apresuraron a aprovechar, en tanto que la marquesa se dirigió al comedor con el objeto de inspeccionar si se hallaba todo dispuesto para el té.

El baile duró hasta las dos, y despues los convida-

dos pasaron al comedor, donde hallaron una colacion espléndida y servida con el gusto mas esquisito.

La murmuracion, no obstante, fué la que sacó un brillante partido, y todas las amigas de la marquesa rivalizaron en agudezas y graciosas ocurrencias.





X.

QUICHÓ dias despues, un hombre entraba en una de las mas estrechas calles de los barrios bajos de Madrid.

Era ya anciano y caminaba como abrumado por una profunda tristeza, embozado en una capa de paño azul oscuro con las vueltas de terciopelo negro, como las que usan los artesanos bien acomodados.

Serian como las tres de la tarde: soplabá el viento frío aun de Febrero, y aquel hombre parecia tan preocupado por melancólicos pensamientos, que no pensaba ni aun en subir el embozo hácia su cara para resguardarla del aire y de la ventisca.

Llevaba una gorra de paño azul como la capa, que dejaba ver sus cabellos blancos y cortados.

Otro hombre pasó por su lado con un delantal azul de lana, de los que usan los vendedores de pan y comestibles: dirigió sus ojos al de la capa, y dijo con alegre sorpresa:

—¡Calla! ¡Es el señor Blas! ¿Cómo viene usted hoi por aquí? ¿Sabe usted lo que pasa?

—Nada sé, porque hace dias que no he estado por el barrio, amigo Pedro, ¿qué sucede?

—¡Ahí es nada! En casa del señor Juan, el confitero, están de boda.

—¿De boda? ¿Quién se casa? ¡Pero ya caigo! ¡si me lo dijo el mismo Juan! ¡Qué mala está mi cabeza!

—Se han casado esta mañana Nicolasa y Luis, el hijo del tío Lucas, que ahora tiene la tienda de usted.

—Ya lo sabia, pero no entendí que fuera hoy: a saberlo, no hubiera venido.

—¿Por qué?

—No me hallo muy bueno.

—Ya veo, observó Perico el panadero, que desde que se ha hecho usted señor, está flaco y triste: si la cosa mas mala es salirse uno de su sitio. ¿Y las chicas, cómo están?

—Tan guapas: ayer se casaron.

—¡Vaya una cosa rara! ¡ayer se casaron ellas y hoy Nicolasa! ¿Y se han casado bien?

—¡Cómo bien! Con dos grandes señores, que tienen título y coche y criados, amen de un palacio!

—¡Oiga! ¿Y cómo no está usted mas alegre, queriéndolas tanto y habiendo tenido tan buena suerte?

—¡Ya ves, el disgusto de verme solo!...

—¡Ya lo creo! Pero debía usted vivir con una de las dos... con Rosa, que es la que mejor jenio tenia... En fin, yo voy de prisa y ya me he detenido demasiado: con Dios, señor Blas, vaya usted a casa del señor Juan y echará una cana al aire.

—¿Y tú, cómo no estás allí?

—¡Qué! ¡Si mi padre me tiene mas sujeto!... Gracias y muchas que me deje desde las siete a las diez de la noche; pero, ¡cómo ha de ser! El lo dispone, démosle gusto, que es lo mejor que puedo hacer, porque mi padre es lo que mas vale en el mundo.

Pedro hizo con la mano una señal de despedida al

zapatero, y se alejó en tanto que Blas entraba en casa del confitero.

Por primera vez, desde hacia muchos años, la puerta se hallaba entornada y únicamente abierto el postigo; es verdad que los parroquianos, sabiendo la fiesta de familia que se celebraba, no iban a comprar mas que alguna cosa mui precisa aquel dia, y para despacharla bajaba Domingo o su mismo padre.

La fiesta se celebraba en el entresuelo, y desde la tienda se oia el ruido de alegres conversaciones y risas francas y el estruendo de platos y vasos.

La comida estaba en su mayor animacion.

El señor Blas dejó escapar en la tienda un profundo suspiro, y tomó la escalera que conducia al entresuelo con paso lento y triste.

Alrededor de la gran mesa se hallaban sentados los padres de Nicolasa y los de Luis, que presidian, vestidos con sus trajes de los dias de fiesta.

El padre del novio era aquel tio Lucas, a quien ya conocemos de oidas y que nunca habia querido dejar su oficio de remendon, aun despues de haberse establecido su hijo en una buena tienda.

La madre era una anciana vestida de negro, de rostro apacible y alegre.

Los cinco hermanos de Luis, de los que habia dos aun bastante pequeños, se hallaban sentados con Petra, Domingo y Vicente, hermanos de la novia.

Los recién casados, sentados el uno al lado del otro, no comian por mirarse.

Vicente tampoco comia: estaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y visiblemente afectado.

Algunos amigos íntimos de las dos familias, cuyo número no pasaba de seis, se hallaban tambien sentados a la mesa.

Cuando Blas entró, todos le saludaron con cordia-

lidad y alegría, y le hicieron sitio en la mesa al lado de Juan: este le tomó la mano, se la estrechó con afecto y dijo:

—Mucho estimo, Blas, la prueba de amistad que me das en venir hoy aquí, acabándose de casar tus hijas, y tanto más, cuanto que yo no te he avisado que se hacía hoy la boda de mi Nicolasa; pero, si no lo hice, fué porque pensé que no podías asistir a ella, teniendo tú la misma ocupación.

—Por desgracia estoy muy desocupado, repuso el zapatero: mis hijas se han ido anoche, y no volverán hasta dentro de un mes.

—¿Se han ido? repitió estupefacto el confitero.

—Sí... a pasar la luna de miel lejos de Madrid... esto es moda.

—¿Y a dónde han ido?

—Yo no lo sé.

—¿No lo sabes!

—No me lo han dicho.

—Pero, Blas, ¿me querrás decir entonces lo que eres tú para tus hijas? exclamó el señor Juan: ¿tan indiferentes te son, que hasta ignoras dónde están?

—Paulina no me lo quiso decir: Rosa me indicó que creía que iban a París, pero que no me lo aseguraba.

Al responder estas palabras, algunas lágrimas corrieron por las mejillas del pobre padre.

—Vaya... soy un imprudente... perdóname... y bebe un vaso de vino... ya hablaremos después... y te desahogará, que ya sé que ellas son las malas!

—¡Nó, nó! ¡No hai tal! ¡Ellas son buenas y muy buenas! ¿Quién dice lo contrario? ¡Pobrecitas de mi alma! ¡No habrán querido sus maridos que me dijese a dónde iban, y ellas, ¿qué podían hacer en eso!

—¡Bien, bien, sosiégate! repitió el señor Juan al

ver que la agitacion de su amigo llamaba la atencion jeneral.

—Hijo, ¿pero que es lo que te pasa? dijo Patricia a Vicente: ¿qué tienes? te estoi observando, y aun no has probado bocado! ¿Estas malo?

—¡Nó, señora madre! respondió Vicente: estaba distraido.

—¿Sabes que no te creia tan tonto? dijo por lo bajo Domingo a su hermano: ¿aun piensas en eso?

—¿Y qué quieres que haga? murmuró Vicente.

—Es decir que, en tanto que ella se está mui divertida, tú te consumes! ¡En la vida alcanzará tanto de mí una mujer!

—Yo no puedo olvidarla, repitió el muchacho.

—¡Poquitos humos tendrá ahora! prosiguió Domingo: ¡nada ménos que marquesa!

—¡Ella, vanidad! ¡Ah! ¡Qué mal la conoces, hermano! Es un ángel que no ha sabido resistir a lo que le han mandado! ¡Pobre Rosa! ¿Crees tú que será feliz? ¡Yo estoi seguro de lo contrario!

—Pero, hombre, ¿por qué no te has acercado a ella? ¿Por qué no le decias que la querias?

—¡Nunca me he atrevido a eso!

—¿Pues no eres uno de los mejores oficiales de platero de Madrid? ¿No ganas cincuenta reales cada dia, desde hace dos años? ¿Nuestra familia no es tan honrada y mas decente que la suya? ¡Yo creo que un confitero es algo mas que un zapatero! ¿Y por qué te callaste? ¿Por qué dejaste que se casara con otro?

—¡Porque ese otro era un marqués!

—No dices que ella no le queria?

—¡Estoi persuadido de ello!... ¿pero qué hacia yo? ¡ya conoces el orgullo de su hermana!

—Y cuándo pone Vicente su tienda? preguntó a

este tiempo uno de los presentes, cortando la conversacion de los dos hermanos.

—Ya podia haberla abierto, respondió el señor Juan: dinero ha ganado de sobra para establecerse, y ademas, yo le ayudaré con todo lo que pueda; pero dice que aun no tiene prisa, y que así se encuentra bien...

—¿Y qué dice a eso la novia? preguntó una de las mujeres.

La señora Patricia miró con profunda tristeza a su hijo menor, y respondió por él:

—Mi Vicente no tiene novia.

—¿Que nó! ¡con veintiun años y mas guapo que las pesetas! Diga usted que él se lo calla; ¡pero dejar de tenerla!...

—El dia que mi nieto quiera a una mujer, creo que sus padres y yo seremos los primeros en saberlo y en conocerla, dijo el abuelo Elias, que presidia la mesa.

—Digo lo mismo que mi padre, añadió el señor Juan; porque mis hijos saben que, siendo honrada la mujer que elijan, no les he de quitar el gusto, y que les ayudaré hasta donde alcancen mis fuerzas; yo creo que el primero que se casará de los dos será Domingo.

—¿Yo? exclamó éste: ¿yo traer a casa otra mujer, miétras mi madre viva, para mandarnos? No haré tal; en tanto que no falten mis padres, así estoi mui bien: la que se casará ahora será Petra.

La jóven se puso tan colorada, que su madre la miró con tierna compasion y dijo a Domingo:

—¿Qué hablador eres!

—¿Es algun pecado tener novio? ¿Y es él cosa de que se pueda avergonzar?

—¿Y quién es? ¿quién es? preguntaron las mujeres.

—Es Gregorio, el hijo del comerciante en hierro de ahí abajo.

—¡Guapo muchacho! observó Luis el recién casado: callado, trabajador y el mejor hijo que conozco; y además, rico, como hijo único que es.

—Eso es lo de ménos, opinó Patricia: mi marido ha trabajado lo bastante para dar un pedazo de pan a cada uno de nuestros hijos, y yo he hecho lo que he podido también: primero, ahorrando en la casa, y luego dándoles una crianza cristiana y buena: si Gregorio quiere a mi Petra por mujer, se le dará.

La comida se acabó a eso de las cuatro, en medio de una alegría franca y expansiva, aunque compuesta y decorosa: el señor Blas comió y bebió; pero la tristeza no huyó de su frente, y su cara, tan animada otras veces, parecía cubierta con un manto de plomo.

En tanto que la reunión se divertía charlando, el señor Juan dijo a su antiguo amigo.

—Baja conmigo a la trastienda y hablaremos.

El señor Blas siguió al confitero.

—Vamos, habla y desahógate, dijo éste a aquél: ya me figuro lo que te pasa: tus hijas te miran como inferior a ellas, talvez se avergüenzan de tí, ¿no es verdad? Habla, habla; porque todo lo que te sucede me lo habia yo figurado.

El pobre Blas tardó algun tiempo en responder: libre ya de testigos importunos, dió rienda suelta a su llanto, y ocultó el rostro entre las manos sollozando amargamente.

—¡Ah, Juan! exclamó: ¡tú no sabes con cuánta crueldad me han tratado mis yernos y mi hija mayor! De la menor no puedo quejarme, porque la pobrecilla no tiene voluntad propia; ¡pero Paulina! ¡Oh! ¡Esa Paulina a la que he querido y quiero con tanta locura! ¡Lo que me pasa es horrible! además, ¡mi hija me

dijo que no habia sido mui espléndido ni con ella ni con su hermana! ¡Que no he sido mui espléndido, cuando me he quedado sin mas que unos dos mil duros para toda mi vida! ¡Cuando les he dado todo lo que tenia!...

—¿Acaso creerian tus hijas que eras mas rico? preguntó el señor Juan.

—Sin duda... ¡y lo era! Pero, ¡ai, amigo mio! ¡tú no sabes lo que esas criaturas han derrochado en los cinco años que hace que falta su pobre madre! ¡Si han salido a mas de seis mil duros por año!

—¡Lo que en el período de cinco, suma treinta mil!

—¡Y aun han ganado mas! ¡Paulina nunca acababa de pedir! Es una criatura insaciable, ¡pero qué culpa tiene ella de ser así?

—No tiene ella la culpa, es verdad, repuso severamente el señor Juan: la culpa, la tienés tú. ¡Por qué no la has corregido y castigado a tiempo? ¡Por qué seguiste la fatal marcha que tu mujer empezó, haciéndolas ser señoras elegantes, sin haber nacido para ello? ¡Blas, Dios ha de castigar tu debilidad!

El ex-zapatero, abrumado con las palabras de su amigo, volvió a ocultar su semblante entre las manos, y solo respondió con profundos suspiros.

—No es mi intento aflijirte mas, prosiguió el señor Juan: perdóname, Blas: como te quiero y soi tu amigo de corazon, me irrito de que tú mismo te hayas buscado tu desgracia: pero lo hecho, hecho está y no tiene remedio. Veamos, ¿qué piensas hacer en adelante? ¿quieres venirme a vivir conmigo? Olvida a esas ingratas hijas, y acepta mi proposicion: aquí serás mi hermano y estarás cuidado y querido.

—Gracias, Juan, repuso el zapatero estrechando afectuosamente la mano de su amigo: agradezco en el alma tus ofertas; pero no puedo aceptarlas.

—¿Por qué? ¿Piensas que no te las hago de todo corazon?

—Estoi convencido de que son leales; pero, si me viniera aquí, me privaba de ver a mis hijas, porque ellas no querrian venir a verme.

—Sí, ya sé que lo tendrian a ménos; pero déjalas, y ya que ellas se alejan de tí, olvídalas...

—¡Olvidarlas! exclamó el aflijido padre: ¡mas fácil seria que me olvidase de respirar! ¡Desde anoche, que se fueron, Juan, me parece que he vivido veinte años! ¡Alrededor de mí hai una sombra negra, mui negra, en la que no penetra ningun rayo de luz! ¡El cielo me parece triste, el sol no alumbra para mí... y creo que mi corazon se ha deshecho en lágrimas!

De nuevo acudió el llanto a los ojos del anciano, que hizo un esfuerzo para enjugarlo, y continuó así:

—¡Si me viniera contigo, Juan, yo estaria mui bien; pero ellas no vendrian aquí, temerosas de que se riesen en el barrio de su tren y de su lujo!... ¡como que las han conocido pequeñitas!...

—Ya irás tú a verlas, observó el confitero.

—¿Y si llega un dia en que no me quieran recibir?

—¡Cómo! ¿tienes ese horrible temor?

—¡Sí! ¡Lo tengo! Abrigo casi la certeza de que mis yernos van a cerrarme las puertas de su casa: entonces solo me quedará la esperanza de que ellas vengan a verme.

—¿Y vendrán?

—¡Oh! ¡Quién lo duda! Vendrán. Dios no querrá darme tan amargo dolor! ¡Vendrán, porque es demasiado misericordioso para abrumarme con tanta desgracia! ¡Y si no vinieran, le pediria que me diese una grave enfermedad, para que esto las moviese a compasion y las obligase!...

El señor Juan meció tristemente la cabeza; pero a pesar de su severidad, vió tan infeliz a su amigo, que no quiso decirle los pensamientos que se agolpaban a su mente.

—¿Y qué piensas hacer? le preguntó: porque supongo que dejarás tu casa de la calle del Cármen?

—Mañana mismo, respondió Blas: ¿cómo habia yo de pagar, con los modestos recursos que me quedan, esa gran casa? Ya conoces que no puede ser: mañana me despediré del casero y tomaré un cuarto decente y arregladito en una casa de huéspedes solo para dormir; comeré en una fonda barata.

—¿Cómo! ¿vas a comer en una fonda barata, tan acostumbrado al escrupuloso cuidado de tu mujer y a la buena comida que has tenido siempre?

—Es preciso: quiero reservar todos mis recursos para adornar mi cuartito... ¡oh! Yo sabré elejirle y será bonito y alegre: pondré en él flores en el verano, y en el invierno un animado fuego arderá en la chimenea, porque lo quiero con chimenea! Esto es indispensable para que no se enfrien los delicados piés de mis hijas cuando vengan a verme... porque como estarán acostumbradas a la comodidad, jamás me perdonaria si dejaran de hallarla en mi casa: venderé todos los muebles que tengo ahora, excepto algunas cosas que agradaban a mis hijas: esas las reservo para regalárselas cuando vengan; lo demas que saque lo guardaré para emplearlo en tener en mi cuarto flores, alguna golosina y vino dulce que les gusta! ¡Ah, Dios mio! ¡Cuándo volverán!

—Cálmate, Blas, dijo el tio Juan, y oye lo que voi a decirte: si algun dia te ves olvidado por tus hijas y abandonado de todos, piensa en mí y vente a mi lado: hemos sido amigos desde niños, te quiero con el alma y nunca te faltará mi amistad.

Blas se arrojó en los brazos del señor Juan, y largo rato permanecieron los dos buenos y antiguos camaradas unidos por un estrecho y afectuoso lazo.

Separáronse, por fin, y el señor Blas tomó el camino de su casa con el corazón mas consolado por las palabras cariñosas del honrado señor Juan.





XI.

COMO un año despues del casamiento de Paulina y de Rosa, se hallaba la primera en su casa y en una disposicion de ánimo mui triste.

Eran como las nueve de la noche y acababan de entrar del comedor los dos esposos, sentándose en un elegante salon donde recibian una vez a la semana a sus amigos.

La primavera empezaba: el viento de una noche tempestuosa de Abril silbaba en las ventanas, y aun se veia en la chimenea un alegre fuego.

Dos lámparas, colocadas encima de ella, daban luz al salon.

Paulina, vestida con un magnífico traje de casa, se habia dejado caer en un sillón que habia enfrente de la chimenea, y parecia hallarse poseida de una cólera violenta: sus mejillas; ordinariamente cubiertas de una fresca palidez, se hallaban encendidas: sus ojos lanzaban chispas: no obstante, guardaba silencio, expresando únicamente su irritacion en el movimiento nervioso de su pequeño pié, que heria el pavimento.

Su marido parecia aun mucho mas feo que el dia

que se casó: sus ojos mas hundidos, su palidez mas biliosa, su aspecto mas duro y mas feroz.

Se hallaba casi tendido en el divan de seda, que habia a la derecha de la chimenea, y tenia subidos los piés sobre los almohadones, que aporreaba sin miramiento alguno con sus botas llenas de polvo; además, silbaba una cancion con tan poco decoro, que mas parecia un lacayo solo en su cuarto, que un marido bien educado delante de su mujer.

Despues de algun tiempo, y cansado ya sin duda de la postura y de la música, se levantó, tomó el sombrero, que se hallaba sobre una silla, y se dirigió a la puerta sin decir nada a Paulina.

—¿Qué! ¿te vas? exclamó ésta levantando la cabeza y con voz alterada por la ira.

—Ya lo ves, respondió el baron.

—¿Sin darme eso?

—Claro.

—¿No te he dicho que van a traerme el aderezo?

—¿Y no te he dicho que no tengo para pagarlo? ¿Por qué lo compras? ¿Por qué no me preguntas el estado de mis fondos ántes de hacer tan crecidos gastos?

Paulina, humillada y contrariada mas de lo que su escasa paciencia podia sufrir, miró a su marido con un desprecio mezclado de rencor y de desesperacion.

—Yo creí, dijo, que mi dote bien administrado podia bastar, a lo ménos, para mis gastos de tocador.

—¡Soberbio dote! ¡treinta mil duros! repuso el baron: ¡seis capitales como ese he destruido yo en poco tiempo! ¿Piensas que tu mísero dote ha de dar para tus caprichos de duquesa?

—Dejemos eso, que ya sé lo que haces de mi dinero, y seria cosa de no acabar nunca, dijo Paulina: ahora lo que me interesa es saber si puedo ir o nó al baile.

—Nó, contestó el baron con dureza: no puedes ir.

—¿Acaso, porque no se paga el aderezo? Pues me lo pondré y se pagará otro dia: de todos modos, nadie compra joyas pagando al contado.

—No es cuestion del aderezo, repuso con acento sombrío el baron, sino de que no quiero que vayas.

—¿Y por qué causa?

—Porque estará allí un hombre al que no debes volver a ver, si no quieres ser causa de que le mate.

—¿Vuelves a tu ridícula manía? preguntó la baronesa con tono despreciativo.

—Vuelvo a ella para no olvidarla ya; no quiero que veas a mister Harwod.

—¿Qué grosera excusa! gritó Paulina, que, a pesar de sus pretensiones y de la buena educacion que habia recibido, conservaba aun ciertos resabios de cuando, siendo niña, jugaba en la calle y a la puerta de la tienda de su padre: ¡dí mas bien que no quieres darme el dinero para pagar el aderezo! Pero ya te digo que se pagará otro dia.

—Paulina, dijo el baron con voz áspera y oscura: tengo celos de mister Harwod... con motivo o sin él, le detesto... no lo olvides!

Una risa amarga contrajo los lábios de Paulina.

—Creo, respondió con acento incisivo, que lo mejor que puedo hacer es olvidar tan necias palabras: ¿acaso piensas que me casé contigo para enterrarme en vida? ¿para no oír una galantería de nadie? ¿para no tener amigos? ¡Si me lo hubieras advertido, jamás hubiera sido tu mujer!

—Te has casado conmigo para ser baronesa, para vivir a tu gusto, para prescindir por completo de tu padre, cuya presencia te avergonzaba, repuso el baron: sé todo eso; pero desde que lo adiviné, me dije que te saldria mal la cuenta: sé tambien que el gran

mundo consiente algunas lijerezas a las mujeres jóvenes y bonitas como tú, y hasta algunas infidelidades conyugales; pero yo en esta parte, Paulina, no soi del gran mundo: me he casado contigo, porque te amo, y no pienso aumentar el número de los maridos ridículos, siquiera porque mi figura lo es ya bastante: por lo tanto, Paulina, no olvides lo que te he dicho: aborrezco a mister Harwod, que te hace la corte, y no me acomoda que vayas a donde te puede ver, ni aun acompañándote yo: hoi te prohibo doblemente que asistas a ese baile, porque yo no puedo ir contigo.

—Iré con mi hermana y con su marido, dijo Paulina desentendiéndose de las observaciones del baron: ¿vas a dar ahora en la vulgar manía de tener celos?

—Toda mi vida he sido celoso, como buen portugués, respondió el baron: hoi tengo celos del inglés, y los tengo tambien de otra persona.

Paulina se puso pálida al oír estas palabras: las sospechas de su marido concernientes a la aficion que le tenia mister Harwod no la habian alterado; pero aquella alusion misteriosa la conmovió profundamente.

El baron observó la conmocion de su esposa: en sus pequeños y huraños ojos brilló un relámpago de rabia, y dijo acercándose a ella y asiéndola del brazo:

—¡Yo pensé que amabas a tu hermana; pero ahora me convenzo de que me habia equivocado!

—¡Basta ya, caballero! exclamó Paulina, que se habia recobrado: estoi cansada de escuchar sus ridículas palabras: ¿pretende usted adivinar, o mas bien, calumniar hasta mi pensamiento? ¿Cree que aunque, en comparacion de usted, soi una niña, callaré a todos los denuestos de que se sirve abrumarme? Pues

sepa que no ha de ser así, y tenga entendido que yo no carezco de voluntad.

La baronesa de Evora, dichas estas palabras, salió del salon y entró en su cuarto.

Era una linda habitacion, pero alhajada con mas ostentacion que buen gusto: los dorados brillaban por todas partes, y la seda y el terciopelo formaban las tapicerías.

Sobre la chimenea ardia un candelabro cargado de bujías.

La baronesa llamó, y su camarera se presentó al instante.

—Vé ahora mismo a casa del joyero, dijo Paulina a la doncella, dile que te dé el aderezo, si está concluido.

La camarera se inclinó y desapareció; pero al llegar a la antesala, se dijo:

—Si espera el aderezo, ya está fresca: ¡como que me lo van a dar sin dinero! Y con lo que debe ya! A bien que ahí está el papá, que pagará, a pesar de lo que hacen con él.

Paulina pasó en una extrema ajitacion el rato que su camarera estuvo fuera: ora se levantaba y media el aposento a pasos desiguales, ora se volvía a dejar caer en su sillón como abrumada de fatiga.

Oyó los pasos violentos de su marido y cerrar con estruendo la puerta de la escalera: sin duda el barón había salido de casa.

—¡Oh, qué hombre tan aborrecible! pensó Paulina: ¿por qué me habré casado con él? ¡Cuando sale de casa, parece que se me quita un enorme peso del alma! ¡Cuando vuelve, un frío mortal recorre mis venas! Se diría que tengo como un fatal presentimiento de que he de sufrir, por causa suya, una horrible desgracia! ¿Dónde está esa dicha tan decantada del matrimonio?

¡Ah! ¡Si me hubiera casado con Ernesto, quizá la hubiera encontrado! ¡Pero entonces no le amaba! ¡Era para mí tan indiferente como todos los demas hombres! ¡Por qué le he conocido y le he visto de cerca?

La baronesa, abrumada por estos dolorosos pensamientos, ocultó el rostro entre sus manos y echó a llorar con amargura.

—¡Dios mio! prosiguió: y yo que amaba tanto a mi hermana... ¿qué digo? ¡que la amo con toda mi alma! ¡puedo pensar dia y noche en su marido! ¡Si ella lo supiera! ¡Si llegara un dia a sospecharlo!... ¡Pero nó! ¡No se irritaria contra mí! ¿A caso le ama ella, ni él la merece? ¡Rosa es un ángel, que vale mas que todos nosotros!

La camarera, al entrar, cortó el hilo de los negros pensamientos de Paulina.

—¡Cómo! exclamó ésta al verla con las manos vacías: ¿no me traes el aderezo?

—Nó, señora, repuso la camarera con hipócrita tristeza.

—¿Y por qué?

—Porque no ha querido entregármelo el dependiente mayor: me ha dicho que sentia mucho no poder complacer a usted; pero que su principal le tenia espresamente prohibido que lo entregara, si no se pagaba su importe.

—Bien está... vete... no te necesito, dijo airada Paulina.

No bien ésta se vió sola, volvió a recorrer la estancia con ajitacion.

—¡Ah! exclamó: ¡y es Vicente, el amigo de nuestra infancia, quien se niega a entregar el aderezo! ¡Razon tenia yo para detestarle.

Paulina se quedó pensativa por algunos instantes, y despues prosiguió:

—¡Si Rosa quisiera ir y convencerle!... ¡A ella no le negaría este favor, porque la adora! ¡Todas las noches le veo bajo los balcones de casa de mi hermana!... ¡La sigue como una sombra! Y ella lo sabe... ¿qué le cuesta pedirle el aderezo para mí?

En este instante sonó con suavidad la campanilla de la escalera.

—¡Ella es! dijo Paulina: ¡así llama Rosa! Aquí está y me sacará del apuro en que estoy.

En efecto, era Rosa la que llegaba: esta abrazó y besó a su hermana, y se sentó a su lado.

—Hermana mía, le dijo: ¿sabes lo que ocurre? ¡Papá está mui malo!

—¡Eh! ¡No será tanto! repuso la baronesa: ya sabes que él siempre ha sido mui quejumbroso.

—Ha venido a decírmelo a casa el ama de la que él habita, prosiguió la jóven marquesa; dice que ayer salió, y que volvió mui trastornado, y que se metió al instante en la cama sin querer comer... que se le declaró una fuerte calentura, y el médico, a quien se llamó, dijo que estaba en peligro; ahora acabo de verle... ¡y vengo llena de pena a rogarte, querida Paulina, que no seas tan cruel con nuestro pobre padre!

Rosa pronunció estas palabras con visible temor, y sus ojos, llenos de lágrimas, se fijaron suplicantes en su hermana, que le dijo con enojo:

—No vengas con reticencias, porque estoy de mui mal humor: ¿qué quieres decir con eso?

—¿Ha estado ayer papá en tu casa? preguntó la marquesa

—Sí, repuso Paulina: estuvo y le rogué que me dejase, porque esperaba visitas, ¡y como él va tan mal vestido!...

—¡Y sin embargo es nuestro padre! murmuró tristemente Rosa: ¡y nos ama tanto, que, por darnos un

dote opulento, se ha privado de la decencia y comodidad precisas!

—Pero, hermana mia, si aunque llevase sobre sí tesoros de riqueza seria lo mismo! ¡Lo que le falta es la educacion! exclamó enojada Paulina; tú, que me haces reflexiones, ¿le tienes en tu salon el dia que recibes?

—¡Nó! respondió Rosa bajando la cabeza con abatimiento; pero no es por mí: es por Ernesto que se opone a ello... sin embargo, voi a verle cada dos días.

—Tampoco el baron querria que nuestro padre alterñase con las jentes que vienen a casa... pero dejemos esto, que el tiempo corre... Dí, Rosa... ¿no vas esta noche al baile de la embajada?

—Tengo en casa el traje... pero estando papá malo...

—¿Se ha de mejorar, porque tu no vayas? ¡Qué tonta eres! Iremos las dos con tu marido.

—¡Dios mio! ¡No tengo valor para eso! repuso Rosa: y además sé que no he de divertirme.

—Cuando estés allí, te divertirás: ¡y luego nuestros vestidos van a llamar tanto la atencion! Vamos, aunque solo sea por dar que rabiarse a la condesa y a su hermana.

—¿Y qué adelantamos con eso?

—Que rabien de envidia... vamos, está dicho... iremos, ¿no es verdad?

—¿Pero no vas a ver a nuestro padre?

—Mañana iré, respondió Paulina: ahora es ya tarde y seria molestarle.

—¡Molestarle! ¡Ah! tu sola visita le pondria bueno.

—Mira, hablemos de lo que corre mas prisa... mañana nos ocuparemos de nuestro padre... has de saber que espero un favor de tí.

—¿De mí? ¿cuál es? ¡Ya le tienes concedido!

—¡Puede que te parezca demasiado grande!

—¿Qué dices?

—¡Mira, no tengo aderezo para esta noche, hermana mia!

—¡Jesus! ¡Pues si tienes lo ménos siete! exclamó la marquesa.

—Ninguno me gustaba para esta noche, y he man-
hacer uno.

—¿Y bien?

—Está hecho; pero el joyero, porque debo algunas otras frioleras, no lo quiere entregar... ¡ya ves qué crueldad! ¿Y sabes quién es? ¡Vicente!

—No lo extraño, repuso Rosa: ¡como él no es mas que el dependiente de esa rica casa!...

—Rosa, dijo la baronesa: ¿no querrias tú ir a buscar mi aderezo? A tí te lo entregará Vicente sin dificultad.

—Acaso... respondió la jóven; pero no puedo ir a buscarlo.

—¡No puedes! repitió Paulina: ¿no quieres hacerme ese favor?

—Ya te he dicho que me es imposible.

—¿Mas por qué?

—¿No sabes?...

—¿Qué? ¡Habla!

—¡Que Vicente me amaba! balbuceó la jóven haciendo un esfuerzo.

—Sé mas: sé que te ama aun, repuso Paulina; y por eso es por lo que te pido, o que vayas tú en busca de mi aderezo, o que le escribas dos reglones a Vicente.

—¡No puedo!... ¡No me atrevo! exclamó Rosa: ¿qué diria de mí?

—¿Y qué te importa su opinion?

—¡Oh! ¡Mas de lo que tú crees! murmuró la mar-

quesa, ¡hermana mia, ponte otro aderezo, y perdóname si me niego a complacerte! ¡No es por falta de voluntad, es porque no puedo hacerlo!

—Está bien, dijo la baronesa friamente: no hablemos mas del asunto: yo misma iré en busca del aderezo... espérame en tu casa vestida dentro de dos horas.

—¿No va tu esposo? preguntó Rosa.

—Nó, no va, está ocupado... iré yo contigo y con Ernesto.

—Solo por complacerte y porque no digas que hoy me niego a todo, iré al baile, dijo la marquesa: ¡el estado de nuestro pobre padre me tiene llena de zozobra!

—Mañana iremos a verle y a cuidarle, repuso la baronesa: ahora estará durmiendo y para nada nos necesita: ¡pero anda... vuelve a tu casa para vestirte... que es tarde!

—¿Qué ajitada te hallo! exclamó Rosa mirando a su hermana; ¿estás enferma?

—¿Yo? A Dios gracias, estoy muy buena, contestó Paulina haciendo esfuerzos para dominar su desasosiego.

—Pues me voy, dijo Rosa, a prepararme: antes pasaré por casa de nuestro padre y me informaré del portero...

—¿Qué empeño en creerle de mucho peligro! exclamó Paulina: vete a casa, y está segura de que este momento estará descansando.

Rosa salió.

Su hermana llamó y la doncella acudió al llamamiento.

—Que enganchen dijo la baronesa, la berlina pequeña de un solo caballo; ¡pero al instante!

Acercóse al espejo, despues de dar esta orden, y

tomó de un cajon una mantilla, que echó sobre su cabeza: luego se envolvió en un chal negro y grande, y esperó.

—¡Tengo empeño en llevar esta noche el aderezo, y lo llevaré! dijo; ¡si cediera, creeria mi marido que le tenia miedo, y estaba perdida! ¡Nó, no quiero ser dominada, ni esclava de los brutales caprichos de ese hombre! Además, allí le podré ver y hablar... allí, Rosá, distraida, me creerá ocupada de ese imbécil inglés... y podremos cambiar algunas palabras.

De nuevo entró la camarera a decirle que el coche la esperaba, y Paulina salió con paso rápido y mal seguro.

—¿Qué tendrá? se dijo la doncella, alguna cosa, y no buena, la preocupa: ¡alguna cosa negra como su alma! ¡Cuidado con despedir ayer a su padre de la manera que lo hizo! Vamos, ¡si no puede esperar ningun bien de Dios! Pero ese pobre viejo, ¿por qué las ha criado así, siendo un zapatero? El mismo se ha puesto al cuello la sogá que le ha de ahorcar; pero vamos a preparar el traje; porque, como si lo viera, ¡ha ido a buscar el aderezo para ir al baile! ¡Qué maldita vanidad! ¡Todos los que han salido de la nada son lo mismo!





XII.

LA baronesa se hizo conducir a casa de su padre, situada en la calle de Leganitos; la habitacion estaba en el piso tercero, y la casa, aunque de modesta apariencia, era limpia y decente.

Paulina subió los tres pisos apresuradamente, y llamó a la puerta, que abrió una criada gallega, gruesa y con trazas de mui sucia, como lo son jeneralmente las de las casas de huéspedes.

—Quiero ver a don Blas Linares, dijo la baronesa con imperio; lléveme usted al instante a su cuarto.

—¡Sí! ¡Para visitas está el pobre señor! repuso la criada; se halla mui enfermo y a nadie puede recibir.

—Yo necesito verle.

—Pues yo no puedo dejar que usted entre: el médico ha mandado que nadie le hable ni le vea.

—Llame usted a su ama, dijo la imperiosa Paulina con impaciencia; ella sabe quién soi.

La criada se acercó a una puerta que comunicaba con un pasillo mui largo y gritó:

—¡Señora!... Salga usted, que aquí la buscan.

Oyóse un paso pesado, y una mujer de aspecto duro

y como de unos cuarenta años de edad apareció a los ojos de Paulina.

—Esta señora, dijo la criada, se empeña en que ha de ver a don Blas: yo le he dicho que el buen señor no está para eso, y ella ha replicado que quería hablar con usted.

—¡Ah! ¡Es la señora baronesa! exclamó la huéspedea con acento servil: ¡mui malito está su padre de usted; pero pase usted, pase por aquí!

—¡Su hija! ¡Ese pobre viejo tiene una hija baronesa y vive en casa de huéspedes!... se dijo la criada: ¡vaya una cosa chocante! ¡Esas señoronas tienen peores entrañas que los pobres!

La gallega se alejó haciendo estas reflexiones, y la patrona acompañó a Paulina entrando las dos en el largo pasillo por donde aquella habia salido.

Hacia el fin de éste habia una escalerita.

—Suba usted por ahí, señora, dijo la huéspedea, y al llegar al último escalon encontrará una puerta: aquel es el cuarto de don Blas.

—¡Qué! ¿Ha dejado el que ántes tenia? preguntó la baronesa admirada de aquel cambio en el alojamiento de su padre, apesar de la dureza y frialdad de su corazon.

—Preciso ha sido, repuso la huéspedea: pagaba poco, y como he subido el precio de las habitaciones y él no queria pagar mas, ha tenido que dejar su cuarto para otro señor: en la escalera arde un farolito, suba usted y entre sin llamar, pues la puerta está solo con el pestillo por fuera.

La obesa señora se alejó, y la baronesa subió la escalera y abrió una puerta que se hallaba al final.

Precisa era toda la egoista dureza que una educacion fatal unida a un carácter frio y calculista, ha-

bian dado a Paulina, para no lanzar un grito de doloroso terror al aspecto de la habitacion de su padre.

Era un cuarto reducido y abohardillado, cuyas paredes no tenian otro ornamento que una capa de cal.

Una mesa mui vieja, un arca grande, ennegrecida por el tiempo, y que era uno de los muebles de la casa de Blas cuando se casó, dos sillas cojas y un cofre antiguo componian aquel miserable ajuar.

En el fondo del cuarto, pues no tenia alcoba, y acostado en un catre de tijera, con sábanas gruesas y un deteriorado cobertor, se hallaba el antiguo zapatero con la cara vuelta hácia la pared y en una actitud que indicaba sumo sufrimiento: la cabecera del lecho provista únicamente de una exigua almohada, estaba tan hundida, que la cabeza del pobre debia sufrir mucho.

Uno de sus brazos se veia sobre la ropa, y su mano, arrugada por la edad y enflaquecida por los padecimientos pendia fuera de la cama.

Una ventanita, estrecha y situada cerca del techo, daba luz a aquella especie de camaranchon durante el dia: a la sazon le alumbraba un cabo de vela de sebo puesto sobre un candelero de barro, y éste colocado sobre la mesa.

Un hedor desagradable y nauseabundo reinaba en la estancia, producido por la falta de aseo y ventilacion.

Paulina fué cruelmente mortificada por esta mala impresion; y sacando un frasquito de agua de olor le aplicó a su fina y rosada nariz.

Luego se aproximó al mísero lecho, se inclinó sobre él y dijo:

—¡Padre!

—El enfermo abrió los ojos: miró en torno suyo de

una manera ansiosa, y, reconociendo a la baronesa, murmuró:

—¡Hija mia! ¿Vienes a verme? ¡Gracias! ¡Estoi mui malo!

—Eso no será nada, dijo Paulina con frialdad: un constipado... ¿Por qué ha dejado usted la habitacion cómoda y abrigada que ántes tenia? ¡Está esta tan mal!...

—Quería por aquella demasiado alquiler la huésped, repuso el señor Blas.

—¡Bah! ¿Y no podia usted pagarlo? Querido papá, ¿cuándo perderá usted la costumbre de llorar y de hacerse el pobre?

—Pobre estoi, hija mia, observó el anciano con un suspiro, mas de lo que tú piensas!

—¿Se figura usted que lo creo? ¡Cuando todos los que le conocen dicen que es una miseria lo que nos ha dado, y que se ha quedado usted con dos veces mas!...

—¿Quién dice eso? exclamó el zapatero incorporándose en su lecho con una violencia convulsiva y con las mejillas encarnadas de ira: ¿quién se atreve a decir que yo he guardado para mí mas de lo que os he dado, cuando os daría, si esto os hiciera felices a tu hermana y a tí, la sangre de mis venas? ¡Ah! ¡si ha sido la marquesa, dile que se engaña mucho! ¡apenas me quedó para vivir, y de eso he dado ya a Rosa casi todo!

—¿Cómo? ¿Rosa le pide a usted?

—¿Y qué hará la pobrecita, si su marido no le da nada? ¿Si todo se lo juega? ¿Si está malgastando su dote?

—¡Ah! ¡Ya! ¡Ella, con su aire de mojjigata, sabe mas que yo! exclamó Paulina: ¡yo venia mui confusa a pedir una cosa insignificante, y me alegro de saber-

lo, pues así se la pediré con mas confianza! ¡Creo que no seré yo ménos que mi hermana!

—¿Venias a pedirme? exclamó el anciano con terror. ¿Necesitas algo? ¡Mira, hija, que tengo mui poco!

Y el pobre señor Blas enjugó su frente, bañada con el sudor de la angustia, con un pañuelo de algodón de cuadros azules, que sacó de debajo de su almohada.

—¿Qué miserable vicio es la avaricia! murmuró Paulina; ¡y cómo descubre una vergonzosa educacion! ¡Vamos, padre, que lo que voi a pedir a usted es cosa de poca monta: se trata solo de treinta mil reales que necesito... pero al instante!

—¿Treinta mil reales!... repitió el señor Blas cruzando las manos: ¡imposible, hija mia! ¡Imposible! ¡No los tengo!

—Es decir que siendo la primera vez que le pido a usted, me niega esa cantidad! gritó Paulina; es decir, que todo su amor y sus cuidados son para Rosa! ¿Es decir, que no puedo contar con mi padre para que me saque de un apuro?

—¿Son para un apuro? ¿Estás en un apuro, mi pobre Paulina? exclamó el señor Blas: ¡mira, hija mia, te juro que no tengo esa suma... y Dios sabe que te la daría a costa de mi vida!

—¡Eso no pasa de ser bellas palabras! dijo Paulina: ¡ya sé lo que debo a usted y que no puedo contar con nadie sobre la tierra! ¡Mas vale saberlo de una vez! ¡quede usted con Dios!

Y la baronesa dió dos pasos hácia la puerta.

—Oyeme, hija, óyeme! exclamó el anciano: ¡te juro por la memoria de tu madre, que solo tengo en casa cuatro mil reales que he sacado de donde estaban, porque me parecia que se hallaban poco seguros, y

que pensaba colocar en otra parte así que pudiera volver a salir: si los necesitas, llévatelos!

—No hago nada con cuatro mil reales, dijo Paulina bruscamente.

—¿No te digo que no tengo mas en casa?

—¿Y fuera de casa tampoco?

—Paulina, dijo el señor Blas: entre todo lo que poseo, no llega a quinientos duros: te lo digo como si estuviera en la hora de la muerte; pero todo eso te lo daré, si puede ahorrarte un disgusto, una lágrima: dime si te es preciso ese dinero.

—¡Muy preciso, padre mio! exclamó la baronesa arrodillándose al lado del mísero lecho: si no los tengo esta noche, no sé lo que hará mi marido... figúrese usted que he mandado hacer un traje completo y que ahora no quiere darme para pagarlo... la modista me ha dicho que va a demandarme ante los tribunales... ¡Oh! ¡Eso seria espantoso!... ¡Antes de que suceda, soi capaz de matarme!...

—¡Nó, nó! dijo el señor Blas con voz ronca y agitada: en tanto que yo viva y pueda evitarlo, no tendreis ninguna pena, hijas mias... toma ahora esos cuatro mil reales... dáselos mañana a la modista, y por la tarde iré yo a llevarle el resto... aunque me quede sin un maravedí... así cumpliré lo que ofrecí a tu madre!

Paulina tomó una llave que su padre le presentaba con mano trémula y desfallecida: abrió el cajon de la mesa y sacó de él cuatro billetes de a mil reales cada uno.

—Ahora me voi... mi marido me espera, dijo la culpable e ingrata hija: ¡hasta mañana, padre... hasta mañana!

Y se lanzó a la puerta sin abrazar al anciano.

Este juntó sus manos y alzó al cielo sus ojos.

—¡Me matarán! exclamó con voz apagada: ¡me matarán! Pero, ¡qué importa, Dios mio! ¡Para qué quiero vivir, si no puedo verlas, si me he convencido de que no me aman! ¡Me creen rico, y mañana tendré que buscar una cama en el hospital! ¡Perdónalas Dios mio, y derrama sobre ellas todas las felicidades que me has negado a mí!





XIII.

LA baronesa, desde casa de su padre, fué a la joyería donde trabajaba aun Vicente, que persistía en no querer abrir tienda por cuenta propia.

El jóven se hallaba sentado juuto al mostrador leyendo un periódico.

Oyó un coche que se detenía a la puerta: esta se abrió y dió paso a una señora cubierta con un velo, a cuya vista se levantó el hijo del señor Juan.

Paulina alzó su velo y miró con enojo el hermoso y espresivo rostro de Vicente.

—Caballero, dijo aquella con voz seca y breve: hace como unas dos horas que envié a mi doncella en busca de un aderezo de brillantes y perlas que habia mandado hacer para mí; pero tengo entendido que usted no se lo ha querido entregar.

Una profunda espresion de desvío y casi de ódio se dibujó en el rostro del joyero: la vista de Paulina le hacia siempre daño; porque no podia olvidar que ella habia hecho casar a Rosa con el marqués.

—Es verdad, señora, respondió: tenia orden de no entregarlo, si no recibia de antemano su importe.

—¿Y de quién era esa orden, caballero?

—De mi principal, señora.

—Tengo entendido que es usted únicamente quien manda y ordena aquí, y que su principal de usted, a causa de sus muchos años y achaques, le ha abandonado la direccion de todos sus negocios.

Vicente se inclinó en silencio.

—Ya sé que debo alguna cosa a esta casa, prosiguió Paulina, y que el aderezo es de valor; y por lo tanto miraré como un favor el que usted me conceda lo que le voi a pedir.

—Hable usted.

—Esta noche tengo precision de ponerme ese aderezo... voi a un baile... y vengo a dar a usted una parte de su importe, y a rogarle que me lo preste hasta mañana que vendré a completar su valor: tome usted cuatro mil reales.

—¡Es mui poco! dijo Vicente mirando con desden las mejillas de Paulina cubiertas con el rubor de la vergüenza, a pesar de su serenidad: ya sabe usted que el aderezo vale treinta mil.

—Ya lo se, caballero; por eso he dicho que venia a pedir a usted un favor: mañana pagaré el resto, y mi cuenta atrasada se irá tambien satisfaciendo poco a poco.

—Tome usted el aderezo, dijo Vicente, poniendo sobre una mesa un gran estuche de terciopelo: no olvide usted que soi yo quien tiene que poner su importe en la caja hasta que usted venga a satisfacerlo... mañana.

—No lo olvidaré, caballero: hasta mañana.

Paulina dejó caer de nuevo sobre su rostro el velo de la mantilla, tomó el estuche, salió de la tienda, subió a su coche y se alejó.

El joyero se sentó de nuevo y murmuró:

—¡La vista de esa mujer me desgarró el corazón! ¡Ah! ¡Cuánto diera porque fuera hombre y por poderle dar la muerte! ¿Que ha hecho de Rosa, de mi dulce y buena Rosa? ¿Sin duda otra *gran señora*, como ella? ¡Pero nó! ¡Esta miserable criatura no puede haber cambiado aquel carácter anjelical, aquel corazón sin hiel! ¡Rosa no ha hecho mas que obedecer, y se ha casado con el marqués por no disgustar a su hermana; pero no la habrá seguido en sus desórdenes, ni lo hará jamás!

Vicente miró el reloj que se hallaba en el testero principal de la tienda: eran las once.

Llamó con un timbre, y salió otro jóven de la trastienda.

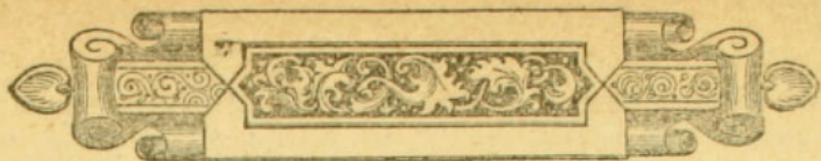
—Cierra, dijo Vicente: ya es hora.

Dada esta orden, desapareció por donde el muchacho habia salido.

Media hora despues, se le vió en el portal inmediato al de la tienda, que era el de la casa, embozado en una capa, y se dirigió a buen paso a la que habitaba el señor Blas, padre de Paulina y de Rosa.

Paulina llegó a su casa, llamó a su doncella, y, con el rostro radiante de alegría, empezó su tocado de baile, olvidada ya de su padre enfermo y del bochorno que su aderezo le costaba.





XIV.

SALIA Vicente de su joyería para ir a casa del señor Blas a esa misma hora, y Rosa, sentada en su cuarto, se hallaba sumerjida en una profunda tristeza.

Apoyaba el codo en el brazo de su sillón, y se cubría los ojos con su pañuelo, que estaba ya empadado de lágrimas.

Nada indicaba que pensase en ir al baile de que le habia hablado su hermana pocas horas ántes, y su afliccion era tan grande, que necesariamente debia provenir de alguna gravísima causa.

Sentada enfrente de ella, se veia a la marquesa, su antigua amiga y directora, o mas bien la de su hermana, pues Rosa habia siempre sentido cierta repulsion hácia aquella mujer que la habia hecho muy reservada en su trato.

La marquesa, como mujer astuta, habia comprendido esta antipatía, y se habia resentido de ella profundamente, aunque sin dárselo a entender a Rosa.

Mas, para vengarse de ella, no habia perdido ninguna ocasion, y le habia finjido el mas tierno interés a fin de herirla con mas certeza y mayor seguridad.

Aquella mujer, que nunca habia brillado por la nobleza de sus sentimientos, se habia agriado de una manera indecible a causa de los incesantes sufrimientos que le imponian la ruina de su casa y la miseria, consecuencias de sus desórdenes, a que se veia sujeta.

Su hija se habia casado con un capitán del ejército, hombre honrado y grave, que supo corregirle muchos defectos, y para quien fué la jóven una fiel y agradecida esposa.

Enriqueta, con mas talento que su madre, conocia perfectamente que, entre los jóvenes de su clase, no hallaria esposo, y aceptó aquel que la suerte le ofrecia, aunque mui contra el gusto de la marquesa.

—¡Dios mio! exclamó esta el dia que su hija le participó su firme decision de casarse con el capitán: ¡era preciso que yo apurase este último sonrojo! ¡tú casada con un militar! ¡Oh! ¡Es horrible!

—Madre mia, repuso Enriqueta: mi padre ha muerto: entre él y tú habeis concluido con nuestra fortuna... ¿Qué he de hacer? Ya no soi una niña, ni puedo esperar largo tiempo: la mujer no tiene otra carrera que la de monja o casada: yo quiero acojerme a la proteccion de un hombre honrado: para tí aun queda alguna cosa: no me des nada, porque el que va a ser mi marido nada quiere ni yo tampoco: tenemos una holgada medianía con su sueldo y esto nos basta.

Cualquiera otra madre hubiera abrazado y bendecido a su hija, pero la marquesa se encolerizó y le dijo que, en su modo de pensar, se parecia mas a la hija de un patán que a una señorita de alta clase; pero, al fin, la boda se hizo, y Enriqueta se halló mui bien, en su modesta y alegre casita, al lado de un buen marido, que a la vez la amaba y le profesaba estimacion.

La marquesa empezó, pues, a pasar su vida en dis-

tinta casa, adulando a unos, criticando a otros y contando en una parte lo que veía en la otra.

Iba a casa de la condesa de A... y le participaba que la duquesa de S... se había comprado un soberbio aderezo, diciéndole a la vez lo que le había costado: hablaba a la misma duquesa del convite que iba a dar la jenerala de X... y de las personas que iban a ser invitadas: averiguaba los desórdenes de los maridos y los refería a las esposas: sabía las aventuras de todas las jóvenes, y penetraba con una infernal habilidad los mas recónditos sentimientos de cada uno.

Por extraño que este tipo parezca, existe, y nosotros lo copiamos del natural: hai personas de clases distinguidas que, arruinadas por sus locuras, desempeñan cerca de los que fueron sus iguales el cargo de perpétuos aduladores y el de *corre-vé-dile* con una perfeccion y hasta con una afición maravillosas.

Este era en la sociedad el papel de la marquesa de B... pero, en honor de su clase, debemos decir que ella no pertenecía a la noble y digna aristocracia de la sangre, a la que se había elevado a causa de su belleza, que había sido estremada, por medio de un casamiento brillante.

La marquesa, cuando por su desgracia dejó de poseer medios de serlo, volvió a descubrir su origen plebeyo y no se avergonzó de hacer en sociedad papeles muy poco dignos, o mejor dicho, bastante indecorosos.

Entre las casas donde aun tenía entrada, y cuyo número se iba reduciendo cada día, se contaban las de las dos hermanas, cuyas bodas había ella arreglado.

Paulina la recibía siempre con frialdad.

Rosa, desde que la veía tan pobre y tan sola, la trataba con mas afecto.

Ella fué la que avisó a Paulina de la inclinacion

naciente de mister Harwod, jóven agregado a la embajada inglesa: habia insinuado tambien a Rosa que la amaba alguno de los jóvenes del gran mundo, que ella frecuentaba poco; pero Rosa le habia respondido siempre con indignacion:

—Señora, no me hable usted nunca de esas cosas: soi casada, y además tengo honor y para nada le quiero empañar.

—Pero tonta, exclamó un dia la marquesa: ¿no ves lo que hacen todas?

—Yo nada veo, repuso Rosa: ya sabe usted que vivo retirada, y que voi rara vez a los salones.

—¡Otra necedad tuya! ¿Y por qué haces eso? Vamos a ver, ¿de qué nos ha servido a tu hermana y a mí el trabajar tanto para hacerte marquesa?

—De nada, señora, respondió la jóven: nunca habia deseado este rango.

—Pero, ya que lo tienes, ¿por qué no lo aprovechas?

—Me gusta poco la sociedad: creo que la mujer casada, si es buena y juiciosa como debe serlo, saca muy poco partido de los bailes y conciertos: además yo estoy en esas fiestas violenta y confusa... sé que se murmura de nosotras, y que se nos echa en cara nuestro humilde orijen...

—¡Qué mujer, en tu caso, ha pensado nunca en esas cosas! Una marquesa de dieziocho años, ¿no ha de despertar la envidia de todas las mujeres, y mas, siendo tan bonita como tú? ¿Crees que las demas se alegran de que tengas tú todas las ventajas? Nó, Rosa, nó: acostúmbrate a los tiros de la envidia y desafialos.

—Me es imposible, señora, respondió la pobre niña, meciendo tristemente su rubia cabeza: no sé arrostrar la amarga crítica del mundo, que me hiere y me

acobarda: ¿para qué, pues, desafiarla? En mi casa no hago daño a nadie, ni a nadie ofenden estas ventajas que usted dice que poseo y que no aprecio en mucho.

—¿Haz lo que quieras, repuso la marquesa desechada; pero sabes que te arrepentirás de tu singular método de vida: tu marido está acostumbrado a los placeres de su clase...

—Yo no le impido que vaya a donde le agrade, y alguna vez le acompaño.

—Sin embargo, eso no basta, y temo que, con tu vida de monja, se fastidie de tí y se ocupe de otras mujeres.

—¿Pues que! ¿El hombre que se casa, debe ya pensar en otras mujeres? exclamó Rosa: y porque yo no guste de las fiestas y del bullicio, ¿merezo que me falte a la fé prometida?

La marquesa soltó una gran carcajada tan larga y tan franca, que Rosa la miró sorprendida y llena de afliccion.

—Niña, dijo aquella: si los hombres y las mujeres hicieran solo lo que deben, el mundo seria mui tonto; pero la palabra *deber* es de goma elástica; ¿estás? Y te advierto que, sacrificándote a ella, harás una solemne tontería: vijila a tu marido, que no te falta motivo para ello.

—¿Qué dice usted! exclamó Rosa con terror.

—Que está mas amable de lo que te conviene con la vizcondesa de... y con otra... que no te quiero nombrar.

—¿La vizcondesa! Esa mujer, que puede ser mi madre y que es además tan fea, ¿piensa usted que puede darme celos?

—Pero es mujer a la moda, coqueta, elegante; tiene, en fin, todo lo que a tí te falta, o no quieres emplear.

—¿Y quién es la otra de que usted me habla?

—¡Esa... no me atrevo a nombrarla!

—¿Por qué causa? ¡dígame usted quién es, ya que ha vertido en mi corazón el veneno de la duda!

—Pues bien... ¡es... tu hermana!

—¡Paulina! gritó la joven: y luego, alzando la cabeza que había inclinado abrumada de dolor, exclamó:

—¡Imposible! ¡imposible! ¡Usted ha visto mal! ¡Usted se engaña!

—No solo está él enamorado de tu hermana, sino que tu hermana lo está también de tu marido: toma, pues, el partido mejor que puedes tomar.

—¿Y qué partido es ese, señora?

—¡Véngate! ¡Dá oídos a uno de tantos como te persiguen con su amor!

—¡Jamás! dijo Rosa: si mi marido falta a sus deberes, no estoy autorizada por ello para faltar yo a los míos.

—¿De modo que les dejarás tranquilos?

—¿Qué he de hacer? ¿Y cómo evitaré que mi hermana desconozca todas las leyes del honor y de la naturaleza? ¡Ah! ¡Quién lo hubiera esperado de ella!

—¡Bah! ¡Bah! Hija mía, en el gran mundo no se conocen esos escrúpulos de monja! Por eso es *grande*, y bueno, y agradable! ¿Crees tú que la mayor parte de las damas de distinción se casan por amor? Pero nada más te digo por ahora: observa y yo también observaré: estoy segura de que harás al fin lo que hacen casi todas.

La marquesa salió, y la pobre Rosa quedó sumergida en un mar de confusiones.

Imposible le era creer a su hermana, a la que tanto había amado siempre, culpable de ingratitud para con ella; y además, pensaba la inocente que, si el

marqués hubiera amado a Paulina, con ella se hubiera casado, puesto que nada habia que se lo impidiese: la infeliz ignoraba los horribles misterios del corazon de un hombre gastado por el abuso de todo.

Nada era mas cierto que la pasion del marqués por la hermana de su esposa; pasion que debia extinguirse en breve, viéndose correspondida, pero que, hasta que llegase este caso, era una verdadera locura.

Mas durable era la de Paulina, mas profunda, mas terrible; la desgraciada detestaba a su marido, y encontraba una especie de placer en hacerle traicion.

De todos los hombres que la asediaban con sus galanterías, era el esposo de su hermana el que la agradaba mas, acaso por la fatalidad y las negras nubes que rodeaban a aquella siniestra pasion.

Y, sin embargo, amaba a Rosa con toda la ternura de que era capaz su alma dura, y todo se lo hubiera sacrificado escepto su fatal amor.

Para no afijirla, ocultó, pues, su aficion al marqués, que, por otra parte, era tan naciente, que solo la intrigante marquesa la habia adivinado por ciertos indicios perceptibles nada mas que para ella.

Por lo tanto, Rosa no pudo vislumbrar nada, por mas que observó.

Al volver a hallarla ahora llorando y sumida en la afliccion, era tambien su marido la causa de su pena: oigamos el diálogo que sostenia con la marquesa, que acababa de entrar.

—¿Por qué lloras? le dijo ésta tomándole cariñosamente la barba: ¿qué te sucede? ¿Te ha dado algun pesar tu marido? ¡Habla! Ya sabes que te quiero mucho.

—Yo no sé lo que le pasa, dijo Rosa, que sentia en efecto la necesidad de algun desahogo; hace seis u ocho dias que apenas se le vé en casa, y hoi ha venido

a decirme que no queria que fuese al baile de la embajada inglesa, al que contaba ir con mi hermana.

—¿Y por eso lloras? exclamó la marquesa con su eterna risa.

—Por eso, señora; poco me costaria quedarme en casa por mi gusto; pero que él me lo prohíba, y tan duramente como lo ha hecho, es cosa que me desespera.

—¿Sabes lo que debes hacer?

—Estarme en casa; eso haré.

—¡Al contrario!

—¿Qué dice usted!

—Debes ir al baile.

—¿Y con quién?

—Con tu hermana.

—¡Oh, nó! ¡Se enfadaria mucho Ernesto! exclamó Rosa: jamás me atreveré.

—Estás perdida si él descubre que le temes, dijo la marquesa; serás la víctima de su carácter iracundo: vé al baile y no cedas; quizá allí verás cosas que te iluminen acerca del cambio de tu marido.

—¡Oh, nó! gritó Rosa ¡no iré! ¡Veo que le estorbo, que no me ama! ¡Y he de estar allí aflijida, sufriendo su mal humor?... ¡nó, no iré!

—Como quieras, dijo la marquesa: tú eres quien pierde en eso... pero ¡calla! ¡Llaman! ¡Será visita?

—Debe ser mi marido, observó Rosa enjugando sus ojos: es así como llama.

—Me voi, dijo la marquesa; de algun tiempo acá se ha vuelto bastante grosero, y no quiero nada con él.

La marquesa besó a Rosa en la frente, y salió en el mismo instante en que entraba el esposo de ésta.

—¡La eterna ocupacion del llanto! exclamó el marqués: ¡qué agradable es tener por mujer un Jeremías! ¡Por qué lloras?

—No lloro, contestó Rosa.

—Voi a vestirme, dijo Ernesto; si te aflijes porque esta noche me voi solo, no tienes razon para ello; es simplemente porque tengo un negocio pendiente con cierta persona a quien he de ver en la embajada; estaré poco rato, y luego tengo que ir a otra parte; así es que esta noche tu compañía me seria embarazosa y te suplico que te quedes.

—Me quedaré, repuso Rosa; no me cuesta trabajo alguno; solo que habia dado a Paulina palabra de ir con ella, y ya tenia mi traje preparado.

El marqués pareció no poner atencion alguna en las palabras de su esposa, y salió de la habitacion para pasar a su cuarto y disponerse para ir al baile.

Así que estuvo vestido, se fué sin despedirse de su mujer.

Rosa, al oir el ruido del coche que se llevaba a su esposo, redobló su llanto, y alzando al cielo sus ojos exclamó:

—¡Oh, madre mia! ¡Qué terrible cosa es el gran mundo en el cual tanto anhelabas penetrar! ¡El que no ha nacido en él, vaga al borde de sus abismos como una sombra errante y desolada!





XV.

VICENTE halló al señor Blas vestido y sentado delante de su mesa, en la que se veían muchos legajos de papeles desatados y estendidos.

Algunos de aquellos papeles contenían largas filas de guarismos.

El pobre hombre temblaba a impulsos de la fiebre y de la enfermedad: sus mejillas, lívidas por sus continuos padecimientos morales, tenían un color purpúreo en su centro, que les prestaba la calentura: su vista se turbaba, pero el anciano procuraba olvidar su malestar para proseguir su tarea.

Cuando Vicente entró, el señor Blas no se apercibió de su visita, tan absorto le tenía su trabajo.

A su lado izquierdo había doce cubiertos de plata con sus correspondientes cuchillos; dos cucharones, uno de los cuales era de forma de cazo; dos saleros de forma antigua, dos bandejas, una cadena de oro muy gruesa que sostenía un magnífico reloj de oro también; otro reloj de plata muy abultado, y tres juegos de botones para la camisa.

Además, había una cajita cerrada, de palo santo, que figuraba un cofrecito, torneado con mucha delicadeza y perfección.

Vicente puso la mano en la espalda del señor Blas, y le dió las buenas noches.

—¡Ah! exclamó el anciano al verle: ¿eres tú, Vicente? ¡Dios te envía! Tal me encuentro, que temía que no podría ir mañana a tu casa.

—Con enviarme un recado, hubiera venido yo, dijo el jóven.

—¿Y con quién te habia de enviar a llamar? La criada de casa está siempre llena de ocupaciones, y a mí me sirve de mala gana desde que me he quedado pobre. ¡Ah! ¡El dinero, el dinero! ¡Qué poco caso he hecho yo siempre de él, y cuanto le estimo ahora!

—¿No está usted mejor? le preguntó Vicente; ¿por qué se ha levantado a estas horas?

—Tenia que hacer, respondió el señor Blas, que parecia hallarse en un estado de estravío mental: ha venido Paulina y me ha dicho que necesita de mí...

—¿De su dinero, queria usted decir? observó con amargura Vicente.

—¡Mira, hijo, no la ultrajes! dijo tristemente el anciano: ¿por qué la aborreces? ¿Qué te ha hecho?

—¡Dios lo sabe y yo tambien! murmuró Vicente con voz sombría; y aunque no fuera mas que por el delito de ingratitud en que incurre con usted, debia odiarla.

—¿Pero a quién sino a mí, han de acudir las pobres criaturas? ¿Quién como su padre las socorrerá? Mira, Paulina se encuentra ahora en un grave apuro, y para mañana tengo que darle veintiseis mil reales.

—¡Sí! Para que pague en mi casa un aderezo que ha llevado esta noche! dijo Vicente.

—¿Qué! ¿Es de tu casa el aderezo!

—Sí, señor: está noche me ha dado cuatro mil reales, y me ha dicho que mañana me satisfará el resto.

—Mis pobres hijas me creen rico, dijo suspirando

el zapatero, y Dios sabe que no es así... les he dado todo lo que tenia... y lo poco que me quedaba lo he empleado con ellas tambien; ya no me queda mas que lo que ves sobre esta mesa y mui poco dinero: aun habrá para sacar a Paulina de su compromiso contigo; pero nada mas... ¡Qué harán despues, Dios mio! ¡A quién acudirán? ¡Ah! Este pensamiento me mata!

—¡Oh, cariño loco y ciego! exclamó el joyero: y qué, señor, ¿va a dar usted a su hija todo lo que hai sobre la mesa? todos los sagrados recuerdos de su familia, todos los restos de su pasado bienestar, y hasta las alhajas que usaba su esposa? porque reconozco ese cofrecito: ¿todo lo va a sacrificar ante un capricho de esa hija ingrata y cruel? ¡Ah! Dios no puede ménos de castigar esa obcecacion de su entendimiento, esa fatal manera de amar a sus hijas!

—¿Y quien la socorrerá en el trance en que se halla, si yo no lo hago, Vicente? ¡Ah! ¡Si supieras qué carácter tiene su marido! ¡Si supieras qué desgraciada es en su casamiento!

—¿Y quién le mandaba unirse a un hombre a quien no conocia, a quien no habia tratado?

—La marquesa se lo aconsejó...

—¿Se lo aconsejó su vanidad! Y su vanidad le aconsejó tambien sacrificar a su hermana y casarla con un hombre que la hace, como a ella su marido, completamente desgraciada!

—Ya veo que guardas rencor a Paulina por la parte que tuvo en la boda de Rosa... pero ¡qué quieres, hijo mio! Ella creyó obrar así mejor... en fin, lo hecho, hecho está... mira, ya que has venido, apreciarás todo esto para ver si la suma que me den por ello alcanza a pagar la deuda de Paulina con la casa de tu principal... no me queda mucho, como ves, pero ob-

serva que estas alhajas, que usó mi pobre Catalina, valen bastante.

Y el señor Blas abrió el cofrecito.

En su fondo habia unas arrancadas de brillantes, un collar de perlas finas, aunque pequeñas, y varias sortijas, algunas de no escaso valor.

Vicente dejó caer sobre estos objetos, que el señor Blas esponia a su vista, una mirada llena de lágrimas.

¡Cuántas veces habia visto lucir aquellas alhajas a la señora Catalina, cuando le mecía sobre sus rodillas!

Para él eran unas buenas y queridas amigas, a las que amaba y que le traian a la mente los mas dulces recuerdos.

En la mano que se engalanabala las tardes de los domingos con aquellas sortijas, ¡habia él puesto tantas veces caramelos para Rosa!

—Señor Blas, dijo con voz alterada el jóven joyero: ¿es verdad que se halla usted pobre, y que esto es lo último que le queda de su pasada riqueza?

—¡Es cierto, hijo mio, respondió el zapatero: tan cierto como he de comparecer algun dia ante el tribunal de Dios!

—Guardé usted, pues, todo eso, señor, dijo Vicente: no permita ese mismo Dios, a quien invoca, que yo le prive de lo que le debe ser mas caro: yo pagaré la deuda de su hija de usted.

—¡Pero tú eres pobre, Vicente! exclamó el señor Blas: ¡tú no cuentas con mas que con el fruto de tu trabajo!

—Ya soi rico, respondió el joyero: el trabajo, si va acompañado de la fé y de la constancia, enriquece tambien: haré por usted un pequeño sacrificio, y lo haré con el mayor placer... ahora, acuéstese usted y descanse.

—¡Dios mio! ¡Cómo podré yo pagarte lo que te deberé de dicha, aun mas que de dinero! exclamó el anciano estrechando las manos de Vicente y queriendo besarlas en el trasporte de su gratitud: mira, estos cubiertos los hicimos mi mujer y yo a fuerza de ahorros y economía. ¡Estos botones de la pechera eran de mi padre, zapatero como yo! ¡Estos otros me los regaló mi pobre hermana, ya difunta! ¡Estos me los compró Catalina un dia de mi santo! ¡Este reloj de plata es el que llevaba cuando era muchacho! ¡Este de oro me lo regaló ella en nombre de las chicas! Y sus sortijas, su collar, sus pendientes, su cruz de oro... ¡ah! desprenderme de eso, era desprenderme de la mitad de mi vida, Vicente! ¡Dios te pague el favor que me haces! y Dios me dé fuerzas a mí para pagártelo en lo posible... Escucha: así que esté mejor, iré a pedir obra a tu cuñado Luis y volveré a trabajar de zapatero... esto me distraerá... aun me queda algun dinero para ir viviendo... el jornal que me dé todas las semanas te lo llevaré a tí y te pagaré, si no en dos años, en tres, en cuatro, en cinco, en los que pueda!... aun no tengo sesenta y todavía puedo vivir algunos mas!

Vicente tardó en contestar: abundantes lágrimas corrian por sus mejillas: estrechó la mano abrasada por la fiebre del pobre anciano, y le dijo:

—Tranquilícese usted, señor Blas: nada me deberá usted, nada: ya le he dicho que estoi bien de intereses, y el desembolso de esa cantidad solo me obligará a trabajar un año mas: usted no debe trabajar, porque está en una edad que necesita descanso y sosiego: cuando carezca de los medios de tenerlos; no se desprenda tampoco de esas alhajas: ya sabe usted que en casa de mi padre hallará siempre una cama y un cubierto en su mesa.

—De mui buena gana iria a buscar una y otro, objetó el señor Blas dando un suspiro, porque la soledad me mata; pero eso seria dar lugar a que criticasen mucho a mis hijas: teniéndolas en tan alta posicion, seria mui mal visto que yo estuviera en una casa extraña.

—Hasta mañana, señor Blas, dijo Vicente, comprendiendo que en este terreno era el insistir una cosa perdida: me retiro: son las doce y media y estará mi madre con mucho cuidado: ya vendré a ver si se le ofrece algo, y si se pone usted peor, haga que me avisen.





XVI.

EL pesar del mal recibimiento que le habia hecho su hija mayor, habia puesto gravemente enfermo al señor Blas.

La alegría de ver a esta misma hija libre de un grave compromiso, por la jenerosidad de Vicente, le mejoró hasta el punto de darle aquella noche un sueño tranquilo y de proporcionarle al dia siguiente fuerza bastante para ir a ver a las jóvenes.

Rosa le recibia siempre con abrazos de alegría.

En cuanto a Paulina, no temia entonces la dureza de su recibimiento, pues iba a llevarle una buena nueva, cual era la de que estaba solventada su deuda.

El señor Blas iba decidido a no referir a Paulina la escena ocurrida entre él y Vicente: queria limitarse únicamente a decirle, que el aderezo quedaba pagado y que ya podia usarle con toda libertad.

Serian como las doce cuando llegó a casa de su hija; pero no pudo verla: los criados de la primera antesala le dijeron que la señora habia vuelto del baile al amanecer y que estaba descansando.

Entonces el anciano sacó una deteriorada cartera de su bolsillo: arrancó de ella una hoja y escribió con lápiz:

“El aderezo está pagado: te espero mañana en casa.”

Dobló despues el papel y lo entregó a uno de los criados, bajando la escalera mui triste, por haber sido defraudado en la esperanza que tenia de ver a su hija.

Dirijióse a casa de Rosa, y se le dijo que la señora marquesa se hallaba en su cuarto.

Rosa lloraba al entrar su padre: es verdad que hacia dos meses que se podia decir que era el llanto su única ocupacion, pues su marido no ocultaba el desvío que le inspiraba, ni la depravacion de su conducta.

Al ver a su padre, corrió a echarse en sus brazos y exclamó:

—¡Ah, padre mio! ¡S oi mui desgraciada!

—¿Qué te sucede? preguntó el anciano, cuyo corazon estaba oprimido al ver presa a su hija de una angustia mortal: ¿qué hai de nuevo?

—Padre mio, acaba de irse la marquesa, dijo Rosa con voz sofocada por las lágrimas, y me ha dicho que anoche, en el baile de la embajada inglesa, mi marido no se separó de mi hermana, lo que ha dado a su intriga una publicidad que me pone en el mas doloroso ridículo.

—¡A su intriga! repitió atónito el sencillo anciano.

—Hace ya tiempo que sospecho que están de acuerdo; pero, sin embargo, cuando venian a decírmelo, era yo la primera que lo negaba.

—Pero, ¿cómo es posible que tu hermana dé oídos a tu marido? Ni entre herejes se vé eso, Vamos, Rosita mia, no creas esas picardías que vienen a contarte y que deben ser solo hablaturías: tu esposo es un caballero de alta clase y no puede proceder de ese modo tan infame!

—¡Padre, dijo Rosa, yo me voi con usted! ¡No quiero estar mas en esta casa!

—¡Hija mia! ¡Mira que te engañan! observó el anciano: vas a dar una campanada, y ántes es preciso cerciorarse...

—Estoi segura de que dicen la verdad: mi marido no quiso que yo fuera anoche al baile.

—¡Pero sospechar de tu hermana! Rosa, tú eres una niña: dejar así tu casa, hija mia, es una accion de una mujer sin seso! ¿Y para qué? Para ir a la de tu anciano padre, que ya está pobre! ¿Crees tú que conmigo no echarias de ménos la vida opulenta que hoi te rodea? Pues, te engañas, hija mia! Y esto no es decir que yo no te quiera a mi lado! tu vista me rejuveneceria diez años! Si supieras cómo me consume la soledad! Pero, Rosa, debo mirar por tí y por tu hermana, cuya reputacion quedaria perdida... Vamos, reflexiona un poco en lo que vas a hacer.

—¡Me voi con usted! repitió Rosa con decision: pensaba hacerlo esta noche, y lo hago ahora.

—¡Pero olvidas que tengo agotados todos los recursos? ¡Si a lo ménos pudiéramos sacar tu dote! Pero, ¡dónde estará ya!

—¡Ai! Es verdad! Dónde estará! repitió la jóven; padre mio, usted no sabe lo que es mi marido. Para él, los tesoros de Creso serian poco! Juega, compra caballos, trenes, no sale de las orjías y está lleno de deudas: a los ocho dias de habernos casado, ya no pensaba en mí y seguia su vida de soltero como si no hubiese contraido delante de Dios compromisos mui sagrados! ¡Ah, padre mio! ¿Es este el gran mundo? prosiguió Rosa, yo le detesto, le aborrezco, y quiero salir de él!

—¡Ojalá que jamás hubieras entrado por sus puertas! exclamó el anciano; pero, ya que estás en él, ten

paciencia, hija mia, y no comprometas lo único que tu marido no te puede quitar: tu buena fama! Que nadie tenga que decir una palabra en contra tuya; que digan solo que eres desgraciada!... Por lo que hace a tu hermana, yo la veré y le diré que no está bien que dé materia a las habladurías, porque en cuanto a hacerte traicion, hija mia, no lo creas!

—¡Que no lo crea! ¡Ah, padre mio! La marquesa los ha visto toda la noche sentados uno al lado del otro... ¡Ah! ¡Cómo puedo dudar!

—¡Quién hace caso de la marquesa! Esa mujer es quien tiene la culpa de todo! exclamó el señor Blas con un furor del que no se le hubiera creído capaz: esa mujer se metió a gobernar mi casa; esa mujer os casó a las dos, y es seguro que vuestros maridos eran ya conocidos suyos.

—Sin duda, padre mio, sin duda, respondió Rosa; pero tambien mi hermana sabia perfectamente quienes eran esos dos hombres: yo no lo sabia, y ahora que lo sé, no quiero vivir mas con mi marido! Quiero irme con usted y quiero irme ahora mismo!

—Hija mia, dijo aterrado el zapatero, ten un poco de paciencia: tú no sabes el escándalo que darás dejando tu casa... todos te culparán a tí, y dirán que al fin nada bueno se podia esperar de la hija de un zapatero: yo hablaré a tu marido... ¿me ves tan tímido y que parece que no soi capaz de matar un pollo? Pues ya verás qué valor adquiero para trabajar por tu dicha!

—¿Es decir, abjetó Rosa tristemente, que no quiere usted llevarme a su lado? ¿Que me cierra usted las puertas de su casa?

—¡Yo! gritó el anciano con una voz que partia de su corazon: ¡Yo no quererte a mi lado! ¿Pues no sabes

que tu presencia seria para mí la vida y la salud?... que para mantenerte me pondria a ganar mi jornal con la mayor alegría, como el dia en que me casé con tu madre? Teniéndooos a una de vosotras, hijas mias, no cambiaria mi suerte por la del emperador mas poderoso! Pero, al decirte que esperes, lo hago porque miro por tu bien, que me es mas querido que el mio! ¡Hablaré a tu marido!

—Y él se burlará de usted.

—¡Quién se burla de un padre anciano que llora! exclamó el señor Blas alzando al cielo los ojos con una sublime confianza: no lo temas, hija mia, no lo temas... además, hablaré a tu hermana!

—¡A ella! si tiene el corazon de piedra! dijo Rosa, en cuyos dulces ojos pareció relucir una centella de odio: ¡a quién ha amado ella jamás? ¿de quién se ha compadecido? Yo he sido en sus manos el instrumento de sus planes y de su ambiciosa vanidad!

—¡Aborrecerias a tu hermana! exclamó el anciano con terror: ¡Ah, Rosa! ¡Eso seria mi muerte!

La jóven inclinó la cabeza y no respondió.

—¡Señor! prosiguió su padre: ¡qué mano terrible enseñó a estas criaturas un camino distinto del que con tanta paz y tanto amor hemos seguido su madre y yo! El infierno abrió sus almas a la vanidad, las separó de su modesta y humilde esfera, y ahora van ciegas y errantes por la senda de su perdicion! ¡Ah! ¡Por qué me hiciste rico, Señor! ¡Maldita sea mi riqueza, que se ha tragado el bienestar y la felicidad de toda mi vida!

Detúvose el anciano, porque una voz imponente gritaba en su interior:

“No es la riqueza lo que causa la infelicidad, si-

“no el mal uso que tú has dejado hacer de ella; lo que “pagas ahora es la debilidad de tu carácter, y el no “haber sabido, como esposo y como padre, sujetar en “tu casa las riendas del gobierno y hacerte respetar.”

—Padre, dijo Rosa asustada al ver la espresion del rostro del anciano, está bien... tendré paciencia: esperaré!

—¡Ah, hija mia! ¿De veras? exclamó el zapatero: ¿renuncias a abandonar esta casa? ¿Perdonas a Paulina? Dime que sí, sin vacilar, que si ella falta a sus deberes de esposa y de hermana, Dios la castigará!

—Que de ella tenga piedad el cielo! repuso la joven eludiendo la promesa del perdón: procuraré encontrarla inocente, padre mio, pero deseo no volver a verla!

—¡Cómo! ¿Reniegas de ella, Rosa?

—Hasta que tenga la certeza de su inocencia o de su arrepentimiento, sí! Me es imposible hacer otra cosa, padre mio.

—Yo tampoco puedo hacerte fuerza acerca de este punto, dijo el señor Blas; mas vale que no os veais por ahora; adios, hija mia; esta noche vendré a hablar a tu marido.

Rosa meció la cabeza con una espresion que pintaba lo inútil que, en su opinion, era este paso.

—Es mi deber hacerlo, repuso el señor Blas, que parecia haber recobrado una firmeza repentina; y de hoy en adelante no pienso faltar mas a mis deberes.

Rosa abrazó a su padre y volvió a echarse a llorar.

Era evidente que hubiera dado la mitad de su vida por marcharse con él: en el término de pocas horas, se le habia hecho odiosa aquella suntuosa casa, su marido, el ambiente y las costumbres del gran

mundo, al que habia sido arrastrada como una inocente corderilla, por su ambiciosa y dominante hermana.

Veia a lo lejos una pobre y humilde casita bañada por un alegre rayo de sol: en la ventanas habia macetas, un pajarito cantaba en su jaula, un robusto gato se lamia las patas; ella cosia una camisa de lino, y a su lado se hallaba Vicente que la contemplaba con una amorosa sonrisa.

Y allá, en los aires, oia la voz de su madre moribunda, que le decia:

"Vicente te ama... si te casas con él, serás una mujer feliz!"

Todo esto pasó rapidamente por la imaginacion de Rosa, en tanto que, reclinada en el hombro de su buen padre, dejaba correr sus lágrimas.

—Vamos, hija, valor! dijo el viejo zapatero: no te acojones, y hasta la noche.

Y arrancándose de los brazos de Rosa, salió a la calle, dando gracias a Dios de que Rosa no hubiese abandonado el techo conyugal.

La marquesa volvió a reclinarse en su sillón y lloró durante largo rato.

Cuando, fatigada de sus lágrimas, intentó ocuparse de algo, le fué imposible hacerlo: el trabajo es el mejor amigo, el compañero mas fiel de la mujer; pero si ésta pierde el hábito de él, tarde, mui tarde vuelve a cobrarle aficion.

¡El trabajo! ¡Qué bueno, saludable, y consolador es el trabajo! Aunque no produjera ningun otro fruto mas que el de entretener las horas y ocupar la imaginacion, debia estarle la mujer inmensamente agradecida: el tédio huye asustado de donde vive el trabajo, y el tiempo parece caminar con paso rápido y demasiado presuroso.

Rosa tomó un bordado que arrojó llena de fastidio.

Despues abrió un libro, pero aun no habia recorrido dos pájinas, cuando tuvo que hacer con el libro lo mismo que habia hecho con el bordado.

Llenaban su alma sombras mui negras para que pudiera hallar placer en la labor, ni en la lectura.





XVII.

NO habia ninguna semejanza entre las dos hijas del zapatero: lo que en la mayor resaltaba de malo, de soberbio, de voluntarioso, era hijo de su caracter duro, egoista, y profundamente calculador.

Paulina hubiera necesitado el contrapeso de un padre enérgico, y a la par que justo, y de una madre tierna a la vez que digna; estos dos sabios artífices hubieran labrado su carácter de hierro y le hubieran dulcificado inspirándole ideas suaves y consoladoras con las santas doctrinas de la religion cristiana.

Pero ¡ai! era precisamente la ausencia de casi toda idea religiosa lo que habia pervertido dia por dia, hora por hora, la índole, los instintos y hasta el corazon de Paulina.

En su claro talento, cuya elevacion resaltaba con los mismos manejos que discurria para satisfacer sus caprichos, no podia contentarse con ideas rutinarias: su padre era sinceramente piadoso; pero, ¡qué tenia de comun el pobre entendimiento y el inocente corazon del señor Blas Linares con la imaginacion de fuego, la rápida penetracion y el corazon ardiente de Paulina!

Casi ciega,—porque solo veia la religion como una luz velada e incolora,—Paulina corria a donde sus pasiones la llamaban con ansiosa rapidez, y en su intriga con el esposo de su hermana, se reia del dolor de ésta y de la indignacion de su padre, si es que alguna vez pensaba que pudiera abrigarla.

—¡Pobres séres a los que yo domino! se decia: ¿por qué he de sacrificar yo a vosotros lo que amo, lo que puede hacer mi única felicidad? Ernesto tiene razon al asegurarme que mi hermana no merece que yo me haga violencia por ella: ¿acaso piensa o siente como yo? ¿Acaso es otra cosa que una linda muñeca? Y mi padre, ¿qué otra cosa es mas que un autómata, a quien toda mi vida he visto sujeto a mi voluntad y a mi capricho? ¿A qué inquietarme por ellos? Pensemos en la ventura presente, como dice Ernesto: despues... ¿quién sabe lo que hai despues?

¡Horrible duda de la vida eterna, y mas horrible aun, cuando es formulada por los labios de la mujer!

El frecuente trato con el marqués habia hecho vacilar a Paulina en lo que creia con la ceguedad de la infancia.

Entre todos los hombres que componian la sociedad a que pertenecia Paulina, ninguno era tan depravado, ninguno padecia la tisis moral del marqués.

La hija mayor del señor Blas se creia amada veraz, profunda y eternamente por aquel hombre; pero él no tenia por ella mas que uno de esos caprichos que ocupaban su vida durante algunos meses.

Así, pues, Paulina faltaba a todas sus obligaciones, a todos sus deberes de esposa y de hermana por una quimera; por un hombre que acaso valia ménos que su marido, y que la empujaba hácia su perdicion.

Todas sus débiles creencias de niña y de adolescente—mui entibiadas ya con el ejemplo de la marquesa,

que por dedicarse completamente al mundo, nunca pensaba en Dios—se extinguieron al infernal contacto del alma helada del marqués: del marqués, que de todo se reía, que nada respetaba, que nada reconocía grande y puro sobre la tierra.

Rosa, dotada de ménos talento y de una imaginacion menos poderosa, era una niña cándida y risueña ántes que la traicion de su hermana la hubiera herido: y, herida ya, era aun mucho mas dichosa que Paulina.

Siempre es ménos amargo ser la víctima que ser el verdugo.

Y además, Rosa, mas ignorante, mas mansa de espíritu, mas humilde de corazon, creia, rezaba y lloraba: se encerraba en un círculo estrecho y no salia ni queria penetrar mas allá.

Cuando lo presente la heria con demasiada crueldad, se refugiaba en sus recuerdos y pensaba en la modesta casita de sus padres; en su pobre madre, que tanto la amaba y la acariciaba tanto; en su padre, tan bueno y tan indulgente; en sus infantiles amigos los hijos del confitero, entre los que sobresalia Vicente, como la jóven palma entre los árboles de un bosque.

Rosa, además, no era culpable de ninguna falta hácia su hermana; y la inocencia consuela de todos los sinsabores de la vida, cuando aquellos no son merecidos.

Cuando su padre la dejó, se quedó resignada: nunca habia amado a su marido, y su union habia sido llevada a efecto, mas bien por complacer a su hermana y a la marquesa, que porque ella sintiera cariño hácia el marqués.

A la edad de Rosa, los dolores no abren llagas mui hondas, y ella se tranquilizó, aunque quedó mui triste en su soledad.

Si hubiese acudido el trabajo a acompañarla, ¡cuánto mejor se hubiera hallado!

A la misma hora en que Rosa quedaba sola y entregada al fastidio y al triste aburrimiento de la ociosidad, Petra, la hija del confitero, se hallaba apoyada en la ventana de su cuartito, que daba a un callejón estrecho, y hablaba con un joven asomado a otra ventanita que había enfrente de la suya.

Petra—como ya sabemos—era hermana gemela de Nicolasa, la que pocos meses antes se había casado con Luis, el zapatero de *fino*, hijo del tío Lucas el remendon.

Ménos bonita que su hermana, tenía, sin embargo, un encanto indecible, que, a no dudarlo, le prestaban la dulzura de su mirada y la gracia suave e injénua que resaltaba en sus facciones.

La viruela le había desfigurado algún tanto; pero su boca estaba adornada de tan bonita dentadura, sus ojos azules eran tan grandes y tan dulces, sus cabellos castaños tan abundantes y hermosos, que no se la deseaba más bella al verla tan simpática.

Petra tenía además una figura elegante, y vestía, en medio de la sencillez y humildad que le prescribían la severidad paterna y el buen criterio maternal, con gran aseo y esquisito gusto.

Un vestido de lanilla barata, un cuellecito blanco y un delantal de tafetán negro componían su atavío fresco y bonito a la vez.

Sus cabellos se recojían en gruesas y sedosas trenzas con aguja de plata, regalo de su hermano Vicente, que había querido darle una de oro.

—¡Ni por pienso! dijo el severo señor Juan: una mocita no debe llevar nunca cosas de valor.

—Pero, padre, si traigo dos: una para Nicolasa y otra para ésta: mire usted, son de oro liso, no tienen

otro mérito que el de haberlas hecho yo para mis hermanas.

—Y el *desmérito* de valer cada una treinta duros: da esas agujas, una a tu madre y otra a Nicolasa: a Petra le traes una de plata, y cuando esté casada ya la comprará su marido una de oro, si quiere.

—Yo se la haré.

—Santo y bueno entonces: ahora, hijo, no te agraves: ya sabes mis ideas: las mocitas, modestas y humildes.

—Madre, tome usted esta aguja, dijo Vicente; yo pensé que usted no la querria llevar, y por eso no he hecho para usted, que, si no, se la haria yo toda llena de brillantes.

—¡Qué me he de poner yo una aguja de oro, hijo mio! exclamó riendo la buena Patricia, ¿estás loco?

—Padre dice que se la dé a usted.

—Juan, ¿estás malo de la cabeza? preguntó la madre.

—Estoi mui bueno, respondió el confitero: toma esa aguja, y si no te la quieres poner, la guardas para hacer un regalo a la mujer de Domingo, cuando éste se case.

Patricia tomó la aguja y la guardó en un cajon de la cómoda, admirando en silencio la profunda sabiduría de su marido.

Cuando volvió Vicente aquella noche, traia una aguja de plata para Petra.

—Toma: cuando no hai pan, buenas son tortas, dijo aquel: no hai mas remedio que obedecer a padre.

—¡Claro! respondió Petra abrazando a su hermano: y tanto te estimo ésta como aquélla: cuando padre no quiere que me ponga la de oro, sus razones tendrá.

Petra llevaba, pues, su aguja de plata en la mañana de que vamos hablando.

Un rayo de sol caía sobre los cabellos y la blanca frente de la jóven, que reía hablando con Gregorio, el hijo del mercader de hierro.

La tienda de éste se hallaba al lado de la humilde confitería del señor Juan: la ventana del cuarto de Gregorio y la del cuarto de Petra estaban de frente en un callejon que daba la vuelta a las dos casas y las dividia, quedándose una a la derecha y otra a la izquierda de aquel.

Gregorio era un mozo alto, gallardo y moreno, con ojos y bigotes negros y fisonomía alegre.

—¡Qué buen planton me diste anoche! exclamó: desde las doce hasta las dos te estuve esperando en este mismo sitio! ¿Por qué no te asomaste?

—Hijo, porque me dormí, respondió Petra: como madre me mandó lavar los suelos con la tia Lina, estaba rendida, me senté al lado de la ventana, y así amanecí esta mañana.

—¡Pobre Petra! dijo Gregorio, ¿y no te has desnudado?

—Hasta las tres, nó: y eso porque entró mi madre y me encontró como te digo: me despertó y me hizo meter en la cama: llena estaba de frio y de dolores!

—Lo creo.

—Pero mi madre no se dió por entendida: lo que me confirma mas en lo que ántes pensaba.

—¿Y qué era?

—Que mi madre sabe que hablamos por la ventana y hace la vista gorda.

—Si hiciera la vista gorda, no hubiera entrado en tu cuarto: lo que yo temo es que se nos acabe este rato bueno que tenemos cada noche!

—¡Ca, hombre! Yo pienso que entró mas bien porque, no oyendo mi voz, temió lo que sucedió, que me

habia dormido vestida: lo cierto es que esta mañana no me dijo una palabra, como si nada hubiera pasado.

—Tu madre es mui buena.

—¡Vaya si lo es! ¡Y mi padre tambien! Y mis hermanos son unos benditos!

—¿Pero por qué no querrán que nos casemos ya? preguntó Gregorio; no sé que pueda haber nada que lo impida!

—Esta mañana, miéntras la peinaba, me habló mi madre de eso, Gregorio: me dijo que mi padre deseaba que nos casáramos el mismo dia, Domingo y yo: que mi hermano se pondrá al frente de la casa y él descansará.

—¿Y le vá a ceder el gobierno y el caudal?

—El gobierno sí, el caudal... esos ya son otros cantares: mi padre, en tanto viva, quiere ser el amo.

—¡Qué jenio tiene mas raro!

—¡Y hace bien! ¿No es todo suyo? ¿No lo ha ganado a costa de mil sudores? Pues por qué se ha de convertir ahora en pensionista de sus hijos? Lo mismo hace tu padre, y lo apruebo: miéntras ellos vivan, ellos deben ser los amos: a los hijos solo nos toca obedecer.

—¿Y se sabe quién es la novia de Domingo? Como vive lejos de aquí...

—¡Ya lo creo! En uno de esos hermosos palacios de Recoletos, es doncella de casa de unos señores mui ricos.

—¡Buena cabeza tendrá!

—¡Qué mal pensado eres, Gregorio! Creo que es la criatura mejor del mundo: entre las camareras, las hai buenas tambien!

—¿Y hai señoritos en la casa?

—Nó, son solos el señor, que es banquero, la señora y dos señoritas.

—¡Bah! Méenos mal.

—Y Clara, la novia de mi hermano, es de mui buena familia. ¡Si vieras a la madre! tiene una facha mui fina y mui agradable.

—¿Será andaluza, verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Porque todas dicen que son de mui buenas familias, y que han sido ricas, ¡y qué sé yo!...

—¡Guason! no son andaluzas, son de Madrid: el padre de Clara era empleado y se murió mui jóven; su mujer se quedó con mui poca viudedad y cuatro criaturas: trabajaba dia y noche para ellas; por fin, Dios se le llevó tres.

—¡Favor le hizo!

—¡Vaya! Clara ayudó a su madre a coser; pero era tan poco lo que le daba de sí la costura, y su madre sentia tanto que fuese Clara sola a devolverla, cuando ella estaba mala, que era bastante a menudo, que le buscó esa Casa, donde está como el pez en el agua, ¡y qué bonita es!

—Una vez la he visto, y no me ha parecido tal. ¡Mas me gustas tú!

—Porque el cariño ciega, pero al lado de Clara, soi un coco.

—¿Y dónde la conoció el bendito de Domingo? ¿No decia que no se queria casar?

—Ya ves: el amor hace cambiar de pensamientos: la conoció en el paraiso del teatro Real.

—¡Hola! ¿Iba allí esa palomita sin hiel?

—Fué una noche con las señoritas y un tio suyo: era una funcion para la que no hallaron billetes y se habian empeñado en ver: y mira si querrán a Clara, que la llevaron tambien.

—¡Ya, ya!

—Escucha, Gregorio, si te has de estar burlando se acabó el que yo hable!

—¡Pero mujer, si no me burlo!

—Ya sé yo lo que te digo!

—¡Pues te engañas! ¡No me burlo! Y para hablar en pura plata, te diré que esa Clarita me parece demasiado fina para tu hermano, que es así... mui a la buena de Dios.

—Ella le pulirá: la mujer, siendo buena, importa poco que sea demasiado fina: cuanto mas, mejor, ¿soi yo acaso demasiado ordinaria?

—¡Nó por cierto! Pocas te ganan a modos y a crianza; pero hablando de otra cosa, ¿cuándo se establece Vicente? ¿En qué piensa?

—¡Siempre en lo mismo!

—¿En Rosa?

—Sí, no la olvida.

—Pues mira que ella pensará en él.

—¿Quién sabe?

—¿Una marquesa pensar en Vicente?

—Su padre dice que es mui desgraciada, Gregorio.

—¡Hola!

—Y que le ha salido malo el marido.

—No correrás tú ese riesgo.

—¿Por qué?

—Por que yo soi mui bueno! ¡Ya verás qué dichosos somos!

—Con que me quieras, seré siempre feliz, Gregorio: trabajaré como mi madre, y como ella seré económica para que tú tengas comodidades y para que pases tranquila tu vejez.

—Yo no podria querer a otra mujer que a tí, Petra: te quiero desde que sé pensar, desde que era pequeño.

—¡Y yo a tí! ¡Juntos hem os jugado! ¿Te acuerdas cuántas veces te caías por querer subir a esas rejas? ¿Cuántas veces corriendo tropezábamos y rodábamos

por esa acera? Tú eras algo mayor; pero cuando yo andaba sola, apenas podias levantarme!

—¿Y las planchitas para las muñecas que yo te regalé?

—Guardadas: y las tenacillas de encañonar tambien.

—Para cuando nos casemos, te he elejido unas planchas!...

—¿Buenas?

—Las mejores que han entrado en casa desde hace mucho tiempo; pero, ¡canario! Voi a decirle a mi padre que hable al tuyo para que alijere nuestra boda, que yo nada tengo que ver con Domingo y con Clara!

—¡Calla! Ahí ha parado un coche! exclamó Petra admirada; es el primero que he visto en mi vida llegar a este callejon! ¡Y baja de él una señora!

—Parece que apenas cabe el coche por la calleja! Pues si aquí no hai mas que esa casa desalquilada y la del pobre Benito el burrero... ¿a dónde irá esa señora?

—Hácia aquí viene.

—Va a la casa desalquilada, no hai duda: irá a verla... pero es mui mala para su porte!

¡Cá! Irá a llevar alguna limosna a la mujer de Benito que está enferma: ya sabes que la parroquia la socorre...

—¡Nó! Pasa a la otra acera: se dirije a la casa desalquilada... ahora da un golpecito... nó, pues ahí dentro hai alguno que la espera!

—¡Claro! ¡Estará ya alquilada la casa! ¿No ves que han quitado los papeles?

—Cuando yo me asomé estaban.

—Los habrán quitado sin verlo nosotros.

—Es mui raro.

—¡Paulina! exclamó Petra reconociendo el aire y la estatura de la desconocida.

La puerta se abrió, y aquella desapareció tras ella, volviendo a cerrar al instante.

—¿Qué dices? exclamó Gregorio.

—Que esa mujer es Paulina.

—¿La hija del señor Blas?

—La misma.

—¡Bah! Se te habrá figurado.

—Petra, hija, tu padre te está llamando, dijo a este tiempo la suave voz de la señora Patricia: anda, anda!

Petra se separó de la ventana, enviando una tierna mirada a su jóven vecino.

—Buenos días, Gregorio, dijo afectuosamente la confitera: ¿y tu padre?

—Está bueno, para servir a usted, señora Patricia: ¿y en casa?

—El abuelo me da cuidado, respondió aquella: ni Juan ni los chicos conocen novedad en él; pero yo sí.

—¿Pues qué tiene?

—No sé... le creo de mal semblante; pero él dice que no tiene nada: Dios nos le conserve, porque el día que él falte, faltará lo mejor de la casa.

—Y cómo ha de ser, señora? Ya tiene muchos años.

—Mas de noventa, pero, ¡estaba tan sano y tan bueno!

—¡No puede ser eterno!! ¡Hágase la voluntad de Dios!

—¡Hágase en todo! Pero no quisiera que nos quedásemos sin el pobre abuelo!

La señora Patricia hizo a su vecino una señal cariñosa, y cerró la ventana.

Petra fué a ver lo que su padre le queria.

—¿Yo? dijo el señor Juan, que estaba en la tienda: no te necesito.

—Madre me ha dicho que me llamaba usted.

—Pues se ha equivocado.

Petra se dirigió en busca de su madre.

—Mi padre dice que no me necesita.

—Ya lo sé, dijo Patricia, y únicamente he querido quitarte de la ventana: hija mia, viniendo todas las noches Gregorio, ¿qué necesidad teneis de estar hablando por la ventana? ¿Qué dirán los que os vean?

—Cualquiera puede enterarse de lo que hablamos, madre: bien poco importa.

—¡Tanto peor! Así aparentais lo que no es, y no hablais a gusto: además, me poneis a mí mala fama.

—¿A usted?

—¡Claro está! ¡Fama de descuidada! Vamos, hija, no hables mas de día con Gregorio de ventana a ventana: en cambio, yo instaré a tu padre para que os case lo ántes posible: así como así, las sábanas y almohadas ya se están acabando de coser, y Domingo tambien desea que se haga su boda.

¡Benditas sean las madres que unen la santidad del precepto a la suavidad de la forma, y que saben corregir sin ofender el amor propio y la dignidad de sus hijos!





XVIII.

UNA hora despues de haber entrado Paulina en la casa que Gregorio llamaba desalquilada, volvió el coche que la habia dejado.

El cochero habia recibido la órden de irse a donde le pareciese durante aquel tiempo, y se habia ido a una taberna a echar un bocado y un trago.

Guando su reloj marcó la hora señalada, volvió a su sitio y se estacionó en silencio a la puerta de la miserable vivienda.

Detrás del carruaje venia un caballero embozado en una capa y llamando al cochero; pero éste no le oyó, con el desapacible chirrido de las ruedas, hasta que se detuvo el coche.

El caballero, que no debia tener mucha paciencia, exclamó cuando pudo oirle:

—¡Eh! ¡Animal! ¿No me oyes? te álquilo el coche.

—No puede ser, respondió bruscamente el cochero.

—¿Por qué causa? Habrás venido a visitar a algun paisano tuyo en este hediondo callejon... vamos, ya volverás: ahora echa a andar, que tengo mucha prisa: tendrás buena propina.

En la voz del caballero se advertía un acento portugués muy marcado.

—Señor, respondió el cochero: no puedo salir de aquí; el coche está tomado desde hace dos horas.

El desconocido no respondió ni quizá oyó estas palabras: había visto brillar un objeto en el fondo del coche, se había inclinado para recogerle, y había hallado una bolsita de seda verde de las que sirven para guardar dinero, y cuya boquilla de plata era lo que había atraído su atención al abrir la portezuela para entrar en él.

—Señor, guarde usted su dinero, dijo el auriga, equivocándose acerca de la procedencia de la bolsa: el coche ha sido tomado por una señora.

—Está bien... no insisto, dijo el extranjero con voz ronca; pero yo no veo aquí a ninguna señora.

—Está ahí... en esa casa.

—¿Sola?

—Es probable que nó, respondió el cochero con una grosera sonrisa.

—¿Tú has visto entrar a alguien?

—Nó, señor; pero cuando ella llamó, abrieron.

El caballero quedó pensativo durante algunos instantes, y luego preguntó al cochero:

—¿Has visto, al entrar esa señora, cómo es el patio de la casa?

—Sí, señor; pequeño y muy oscuro.

Aquel hombre guardó silencio por breves momentos, y volvió a preguntar:

—¿Quieres ganarte dos mil reales?

—¿Quién pregunta eso? respondió el cochero; tengo mujer y seis hijos a quienes mantener, y, no robando, ganaré yo dinero, sea como quiera.

—Bien está: el que te ofrezco lo ganarás con poco trabajo: llama a esa puerta.

—¿Y luego, caballero? preguntó el cochero estupefacto, pero adivinando algo terrible en la mirada siniestra del desconocido.

—Luego, si no abren, volverás a llamar, y bajarán a abrir por miedo al escándalo: es probable que baje un caballero, pero es también posible que baje la señora, sea cualquiera el que abra, le dirás:—El marido de la señora lo sabe todo, ha querido tomarme el coche, entró en él y ha encontrado un bolsillo verde con boquilla de plata.

—¿Santo Dios! exclamó el cochero, ¿y eso es verdad, señor?

—Mira, dijo con voz sorda el extranjero, mostrando el bolsillo, y volviéndole a guardar, añadió:

—Yo esperaré allí, en la esquina de esa otra calle, deja que ella salga y que huya... pero, cuando él vaya a salir, deténle un instante hasta que yo llegue.

—¿Quiere usted matarle acaso? exclamó el cochero con terror.

—Nó... solo quiero saber quién es... porque no estoy seguro...

—¿Señor... por el amor de Dios, no me comprometa usted! rogó el cochero mas muerto que vivo, yo no sabia que trayendo a una señora que me alquiló en la calle, iba a un lance peligroso! ¡Mire usted que tengo mujer y seis hijos pequeños!

—¡Calla y nada temas: así que yo haya llegado a la puerta de esa casa, está con cuidado y te daré los dos mil reales: ¡ea, llama! desde aquella esquina te estoy mirando.

El caballero se alejó hasta la esquina donde se hallaba situada la confitería del señor Juan.

El cochero llamó con mano trémula; pero nadie respondió.

El pobre hombre hubiera deseado poder huir del

callejon; pero era imposible. El caballero estaba en la esquina inmóvil y pálido como la estatua de la venganza, y por el otro lado no tenia salida la estrecha callejuela.

Despues de haber visto con una mirada de angustia la imposibilidad de huir, y tentado, por otra parte, por su deseo de ganar los dos mil reales, volvió a llamar con una fuerza que se parecia algo a la rabia de la desesperacion.

Tampoco obtuvo respuesta.

Llamó por tercera vez, y entonces se oyó un paso ligero y el roce de un vestido.

La dama abrió cautelosamente la puerta.

Detrás de ella apareció, en el oscuro patio, la sombra de un hombre.

—¡Señora, dijo el cochero, su esposo de usted sabe que se halla aquí: se ha encontrado en mi coche un bolsillo de seda verdé con cerradura de plata que ha reconocido!

—¡Cielos! exclamó la jóven; ¡estamos perdidos!

—¡Huya usted! dijo el cochero en voz baja y con acento de súplica: huya usted al instante, yo la alcanzaré en esa otra calle con mi coche, y podrá subir sin que...

Paulina, a pesar de su valor natural, se puso a temblar como si tuviera fiebre, y dirigió al caballero que se hallaba en el patio y detrás de ella, una mirada de súplica.

Este hizo un jesto negativo.

—Cada uno debe irse por distinto lado, dijo con voz mal segura.

La jóven le dirigió una mirada de desprecio: el hombre por el cual se habia espuesto a las iras de su ma-

rído, la abandonaba cobardemente en la hora del peligro!

—¡Huya usted, señora! repitió el cochero.

Paulina dejó caer delante de su rostro el velo de su mantilla, y echó a andar presurosa a lo largo de la calle.

Ya doblaba la esquina del callejon, cuando quiso salir su compañero.

—¡Tú no saldrás! dijo una voz sorda y terrible: ¡tú no saldrás de aquí!

El cochero se volvió y se encontró con el esposo ultrajado.

Arrojóle este un bolsillo y entró en el oscuro patio

El cochero subió al pescante y salió a toda prisa del callejon.

Pero ya no halló a la dama, que habia huido, rápida como la sombra del terror y la desesperacion.

El caballero que habia detenido al que trataba de salir, quedó con éste como se ha dicho, en el patio.

—¿No te has acordado de que era portugués, al hacerme traicion? ¿No es verdad, mi querido hermano? dijo con una risa sardónica y teniendo asido por el cuello al que se hallaba dentro.

—¡Perdon! murmuró con débil voz el acometido.

—¡Cobarde! rujió el esposo: ¡ni una palabra de piedad para ella! ¡Miserable! ¡Vas a morir ahogado entre mis manos!

Oyóse una lucha de algunos segundos: luego dos o tres gritos sofocados y por último un suspiro.

El oscuro patio acababa de ser testigo de un homicidio.

El baron de Evora, sin armas de ninguna clase, por que no las llevaba consigo, habia ahogado entre sus

hercúleos brazos al esbelto y delicado marqués de Alcaraz.

Cerró el baron la puerta de la casa, despues de salir a la calle con aparente calma, y dijo con una amarga sonrisa:

—¡Ahora a ella!





XIX.

PAULINA, loca de terror, se dijo que no podía ir a su casa, en la que debía encontrar el terrible castigo de un esposo ultrajado y vengativo.

Dirigióse a la de su padre y subió, sin detenerse, al miserable cuartito que éste habitaba en la casa de huéspedes.

El señor Blas había salido para ir a ver a su amigo Juan, y éste le había detenido para que comiese con él y con su familia.

Hallóse, pues, sola en aquella pobre estancia, y su corazón, ablandado por el terror y por el miedo a la Justicia Divina, se sintió conmovido por la primera vez ante el aspecto de aquel miserable albergue, donde su padre pasaba su triste vejez.

Todo hablaba allí del inmenso sacrificio del anciano: las paredes frías y blanqueadas, los pobres muebles, la miserable cama.

Paulina pensó en la comodidad que rodeaba al anciano cuando su esposa vivía, y en la soledad y aban-

dono en que habia quedado en el mundo, desde la muerte de su madre.

Lloró de pesar, de remordimiento, y cayendo de rodillas ante la imájen del Señor crucificado, que se veia a la cabecera del pobre lecho de su padre, inclinó la cabeza y oró para que Dios la librase del riesgo que la amenazaba.

Así estuvo por espacio de una media hora.

De repente sonó un fuerte campanillazo y se estremeció.

Llamaban a la puerta de la escalera: oyó abrir y una voz, que le heló la sangre en las venas, y que preguntaba:

—¿Está don Blas?

—¡Nó, señor, contestó la criada: si quiere usted esperarle, pase usted a la sala, en su cuartito está su hija mayor, pero es incómodo y pequeño...

—No importa... estando mi mujer, tambien puedo yo estar, dijo el recién llegado: allí le esperaré.

—¡Ah! dijo la criada; ¿es usted el yerno de don Blas?... Como no tenia el gusto de...

—Bien, bien, voi arriba, concluyó el baron bruscamente: cuando venga, dígame usted que le espero.

Y se dirigió a la estrecha escalera.

Al abrir la puerta, Paulina dejó escapar un grito, y pálida como un cadáver, se acercó al lecho y se acurrucó detrás de él.

—¡Calla! le dijo el baron con una calma mas terrible que todos los denuestos: he de matarte; pero ántes he de decir a tu padre el por qué; sabia que estabas aquí... eso era lo mas natural... y aquí he venido a buscarte: esperemos a que tu padre llegue, y nada temas.

La baronesa se arrojó a los piés de su marido, pero

éste la volvió la espalda friamente y se puso a pasear por la reducida estancia.

Paulina se levantó y se sentó en una silla, yerta de espanto.

Aquella angustia era superior a toda ponderacion: reuníanse en ella la vergüenza abrasadora de la falta y el helado terror del castigo.

Tres horas mortales permanecieron así: a las cinco llamaron, y se oyó la voz de la criada que decia:

—Don Blas, en su cuarto de usted le esperan su hija y su yerno.

—¡Mi yerno! ¡Mi hija! exclamó el buen hombre entre alegre y pasmado.

—Arriba están.

Paulina oyó a su padre subir la escalera: no bien hubo abierto la puerta el anciano, se arrojó en sus brazos y exclamó con angustia:

—¡Sálveme usted, padre mio! ¡sálveme usted!

Su marido la separó, con un leve movimiento de su hercúlea mano, del seno paternal.

—Buen hombre, le dijo con frialdad: he sorprendido a su hija de usted y mi esposa en una cita con un hombre, que era mi amigo, y además el marido de su hermana: a él le maté; a ella le toca ahora a la vez, y vá a morir: como los padres piensan siempre que no hai razon para castigar a sus hijas, no quise quitarla de este mundo sin decir a usted delante de ella el por qué: ahora ella dirá si miento.

El pobre Blas, trémulo, lívido mas bien que pálido, miraba mudo de terror, ya a su hija, ya a su yerno.

Este habia sacado de su bolsillo una pistola, que tenia en la mano; pero el zapatero no la vió ni pensó en que podia tenerla, su escasa intelijencia se habia fijado en una sola cosa: era un pensamiento que le

atravesaba a la vez la cabeza y el corazon, como un hierro candente.

—¡Conque era verdad! exclamó al fin con voz ahogada, ¡conque hacias traicion a tu hermana y a tu marido! ¡Conque no eras una mujer honrada!

—¡Era una infame y, como tal, va a morir! dijo el baron, y apuntó a la desgraciada jóven, que se hallaba lívida e inmóvil.

Paulina no pudo gritar; pero del pecho de su padre salió un rujido; abalanzóse hácia el baron y le desvió con un supremo esfuerzo.

—¡Matar a mi hija, a mi vista! exclamó. ¡Y has podido pensar, cobarde, asesino, hombre bárbaro y feroz, que yo lo consentiria! ¡Vete! ¡Huye de aquí! Abandónala! Culpable y todo, ¡es mia y no te la cederé!

—¡Dejarla yo sin castigo, despues de haberme hecho traicion! dijo el portugués, ¡me iré pagado!

Al decir estas palabras, empujó el gatillo y el tiro salió.

Paulina cayó sobre sus rodillas, estendió los brazos, miró a su padre, balbuceó la palabra *perdon* y se desplomó sin vida.

La bala le habia atravesado el corazon.

El asesino intentó huir; pero fué detenido por las personas de la casa y arrestado por los agentes de la autoridad, que acudieron presurosos, atraidos por la detonacion del pistoletazo y la consiguiente gritería.

Cuando el baron salia de la casa conducido entre soldados, oyó una voz cascada que decia entre sollozos.

—¡Paulina! ¡Hija mia! ¿tú no has muerto, verdad? ¿tú no has dejado a tu viejo padre? ¿Me oyes?... ¿Me ves?... ¡Respóndeme! ¡Pronuncia una palabra... una siquiera!... ¡vivirás a mi lado! ¡Ya no nos separaremos nunca... nunca!



XX.

UNA mañana, a eso de las doce, el señor Gregorio, respetable comerciante de hierro, vecino durante toda su vida del señor Juan el confitero y buen amigo de éste, entró en su tienda.

Iba vestido completamente de negro, y su camisa de Holanda estaba mas blanca que la nieve. Su levita de esquisito paño, su pantalon nuevo, los botones de brillantes de su pechera, todo indicaba que iba a algun asunto importante a casa del confitero.

—Tenemos que hablar, amigo Juan, dijo el señor Gregorio despues de los primeros saludos.

La señora Patricia y su hija se disponian a salir de la tienda donde vivian; pero el mercader de hierro dijo:

—Petrita se puede marchar; pero usted, señora Patricia, hace falta con nosotros.

—Madre, mire usted qué colorada se ha puesto Petra! dijo Domingo que ya tenia grandes bigotes: bien sabe ella de lo que se va a tratar.

—Véte, hijo, dijo gravemente Juan.

—Y no vayas ahora a hacer rabiarse a tu hermana, añadió en voz baja la buena madre.

Solos ya el matrimonio y el vecino, empezó éste con voz solemne:

—Amigo Juan, mi chico y su hija de usted se quieren, y eso lo sabe usted tan bien como yo desde hace tiempo: conque deme usted a Petra para esposa de Gregorio, y que se casen de aquí a un mes: ¿qué hacemos así? Yo soi viudo desde hace años, y nos hallamos en poder de criadas: la casa va manga por hombro, y hace falta en ella una mujer: nadie mejor que Petra, que por ser hija de tal madre, sabe bien gobernar una familia.

—Vecino Gregorio, respondió el confitero, yo estaré mui contento de la boda: Gregorio es buen hijo, honrado, trabajador, pundonoroso; pero debo decirle que mi hija no es rica, tengo cuatro y todos han de ser iguales, a Domingo le desquitaré lo que vale la tienda, que será para él: a Vicente lo que ha gastado para que aprendiera su arte; y luego haré cuatro partes de la mitad de lo que haya: la otra mitad intacta quedará para mi mujer y para mí, que no hemos de estar a espensas de los hijos.

—Son tan buenos, observó Patricia, que no teníamos que temer nada para el porvenir.

—Mujer, los padres siempre deben ser padres, y amos por lo consiguiente: ¿estamos? Quiero mandar y disponer, a lo ménos, de la mitad, y que tú mandes como yo.

Y volviéndose al comerciante, prosiguió:

—Quedan, pues, diez mil duros para nosotros, y diez mil para repartir entre los cuatro. Nicolasa ya llevó su parte, dos mil quinientos: nada mas que otro tanto puedo dar a Petra, cuando su madre y yo faltemos, los cuatro hermanos se partirán los otros diez mil.

—Vecino Juan, respondió el comerciante: nada de eso tenía usted que haberme dicho, solo quiero a Petra para mi hijo y para que me cuide en mi vejez, que está cercana: vivirán a mi lado y ella gobernará la casa, con la suma que gasto al año, mil veces mejor que yo: le daré cada mes cincuenta duros como de alfileres y un fondito en una gaveta para que se visitan; y cuando yo muera, heredarán cerca de dos millones, que hemos hecho entre mi hijo y yo, a costa de nuestro trabajó: por tanto, no le dé usted nada a Petra y su parte que se la repartan sus demas hermanos: si hubiera querido elejir nuera rica, no han venido a proponerme pocas a casa; pero elijo a su hija, porque es modesta, laboriosa, aseada, humilde y cariñosa; porque me cuidará, porque me respetará, supuesto que sus padres la han enseñado a obedecer; porque será buena esposa y buena madre, y confio que cada dos años me dará un alegre y robusto nietecillo.

—Mi Petra llevará lo mismo que sus hermanos, amigo Gregorio. ¡No faltaba otra cosa! Porque usted sea rico, ¿ella ha de ir pobre? No tiene mucho, pero tiene algo y eso se lo daré.

—Dices bien, Juan, añadió la madre. Petra debe llevar lo mismo que los otros: cuando se casó Nicolasa, el tio Lúcas y Luis nos decian tambien: Solo queremos a la chica, ¿de qué nos sirve una rica que gaste doble de lo que traiga? ella sabrá cuidarnos y cuidar de la casa. Pero nosotros le dimos lo que pudimos, que no es mucho.

—Bien, bien, por eso no hemos de reñir, observó el señor Gregorio, que era bonachon; pero ya que los temores de la señora Patricia por el abuelo Elías eran infundados, y este se ha puesto tan bueno, haremos la boda cuanto ántes; que no veo llegada la hora de

que Petra eche la mano a la casa: las criadas me saquean, y ahora que me acuerdo, ¿no se va a casar Domingo tambien? ¿No es amigo íntimo de mi hijo? Pues que se casen en un dia el hermano y la hermana.

—Petra se puede casar ántes que Domingo, observó el señor Juan: primero, porque como la novia de mi hijo es una pobrecita, mi mujer está haciendo para ellos algunas cosas y ropa blanca; y luego porque Vicente desea tambien casarse el mismo dia que su hermano.

—¿Qué! ¿Se casa Vicente?

—Se casa y se queda con la tienda de su principal, que, mui rico ya, se retira del comercio y se la cede.

—Pues, vecino, Vicente sí que es bocado de cardenal para cualquiera chica, como que va a ser uno de los primeros joyeros de Madrid.

—En habilidad para su arte, lo es ya hace mucho tiempo.

—¿Y quién es la novia?

—La que lo ha sido siempre.

—¿Pues si nunca le hemos conocido ninguna!

—Pues mire usted, observó la señora Patricia, desde que sabe andar, ha querido a una mujer.

—¿Y quién es, quién es?

—Rosa Linares.

—¿La hija de nuestro amigo y vecino Blas?

—¿Esa misma! ¿La hija de mi pobre amiga Catalina! dijo suspirando la buena Patricia.

—Pues amigo Juan, yo no me avenia a tal boda, dijo el señor Gregorio: ha sido marquesa y tendrá ya humos de tal; y luego, metido en esos belenes de las señoronas y con lo buenas prendas que eran su her-

mana y su marido... vamos, yo no consentia en semejante boda!

—¡No diga usted eso, por Dios, señor Gregorio! exclamó con acento suplicante la madre: no sabe usted lo buena que es esa pobre niña, y lo desgraciada que ha sido! Toda mi vida la quise yo a la par de mis hijas, porque era mas dulce y humilde que una oveja: la que la casó, la que la hizo de todos modos infeliz fué su hermana; pero Dios la haya perdonado: ahora a nosotros nos toca solo consolar al pobre de Blas, que está mas muerto que vivo y casi en la miseria, y a esa criatura que no ha merecido su mala suerte: ella siempre ha sido honrada, y nadie ha tenido que echarle en cara la mas leve falta, ni ántes de casarse, ni despues de casada; y ademas, nuestro Vicente la adora y solo por ella vive: desde chiquito, era una locura la que tenia por Rosa, este cariño creció con ellos y ha vivido siempre en el corazon de la muchacha, aunque a nadie lo ha dado a entender: ni a un año llegó el tiempo que fué marquesa, ya ve usted qué poco se le pudo pegar y que se hará a nosotros.

—Me alegraré que así sea, dijo el señor Gregorio levantándose; porque Vicente merece ser afortunado: mejor hijo que él no le hai, porque el mio y el Domingo de ustedes lo mas que hacen es igualarle: ¿y dónde está ahora el señor Blas y su hija?

—Haga usted cuenta que aquí, todo el dia; pero viven ahí enfrente en la que fué su casa: como solo era alquilada, la dejó cuando se quiso hacer señor.

—¡Juan, por Dios, no seas así! dijo la bondadosa Patricia.

—Mujer, ¿pues no es verdad? ¿No dejó la zapatería?

—Porque su mujer se lo encargó así.

—¡Buen encargo!

—Dios habrá tenido en cuenta la intencion, observó la excelente mujer, y le habrá perdonado su yerro.

—La cosa es, prosiguió Juan, que cedió la casa y la tienda a Luis, cuando éste se estableció poco ántes de casarse con nuestra Nicolasa; y como ahora la justicia cargó con todo el mueblaje y poco dinero que habia en casa del marqués, Rosa se quedó al lado de su padre. Luis, que tiene un corazon de oro, le dijo al tio Lucas: Padre, ¿no podíamos traer aquí al señor Blas y a Rosita? Los pobres están en una especie de guardilla: les cederemos, si le parece a usted y a Nicolasa, el cuarto segundo de casa, que tiene su cocina y dos piezas, y siempre será un consuelo para ellos verse entre jentes que los quieren de corazon.

—¿Pues no me ha de parecer, hijo? exclamó el tio Lucas: él te ayudo a establecerte, cediéndote la tienda que yo no podia tomar para tí y que has pagado poco a poco a nuestro a migo Juan: además, que tú eres el amo de tu casa, y queriendo tu mujer...

—Ni mi mujer ni yo, padre mio, mandaremos en tanto que usted viva, dijo Luis: los amos son usted y mi madre, y supuesto que merece su aprobacion, esta tarde iremos Nicolasa y yo a buscar al señor Blas y a su hija.

—Y así fué, concluyo el confitero: el padre y la hija están ahí enfrente: comen aquí o allí, donde les parece; he ayudado a mi amigo Blas a poner en órden sus negocios: aun le quedan unos mil duros que habia prestado a este y al otro que se los pedia; pero ya se van recojiendo y tiene algo con que contar.

—Esos se los dará a Rosa.

—¡Hombre de Dios; no diga usted eso! exclamó la señora Patricia: buenos treinta mil le dió el dia que se casó con aquel dichoso marqués y se los llevó el

diablo: ni Rosa los admitiría ni ménos Vicente: mire usted, a la par que hago sábanas y camisas para Clara, la que va a ser nuestra nuera, las hago también para Rosita: ya vé usted lo que contamos que tenga la pobre: al dejar su casa en las garras de la justicia, lo perdió todo.

—De manera que ustedes, que son los que ménos tienen, proveen a todo.

—¿Pues y qué hemos de hacer? Si no tuviéramos apego a la caridad, de usted debíamos aprenderla.

—¿De mí?

—¿Pues no da usted cada sábado, día de la Virgen, una comida a los pobres de la parroquia? ¿No va usted de casa en casa buscando miserias para socorrerlas? ¿No viste usted cada año a doce niños, en memoria de los doce Apóstoles?

—¡Bah! ¡bah! ¡Eso no vale nada!

—Dios lo cuenta en el cielo, y allí hallará usted los réditos; que el que da a los pobres, da a Dios.

—Conque, señora Patricia, avivar lo que se pueda, dijo el comerciante en hierro para variar la conversacion; no puedo esperar hasta que se casen los dos chicos de usted a hacer la boda del mio; porque, como ya he dicho, no veo llegada la hora de echar a las dos criadas que hoy nos sirven: peores ni mas sisonas no las hai.

—Se hará todo lo posible, señor Gregorio.

—¿No podría abrazar a Petrita ántes deirme? preguntó el comerciante.

—Sí, señor, dijo la madre: tira de la campanilla, Juan.

El confitero hizo lo que su esposa le indicaba, y un instante despues se oyó la voz de la jóven que bajaba cantando.

Al ver a su futuro suegro, se detuvo confusa y turbada.

—Dentro de un mes, alegrarás otra casa, hija mia, dijo el señor Gregorio abrazándola y besándola en la frente: tambien quiero que cantes allí, ¿quieres algo para Gregorio? Ya es casi tu marido, pues acabamos de arreglar vuestra boda: conque llámame padre, y así te irás acostumbrando.

Dos lágrimas cristalinas cayeron de los ojos de la jóven, que besó con respeto y cariño la mano del anciano.

—¡Dígale usted a Gregorio, padre mio, murmuró, que soi mui feliz!

—¿Nada mas? preguntó el futuro suegro, que conservaba el brazo pasado alrededor del talle de la jóven.

—Ella misma se lo podrá decir, observó Domingo que habia bajado detrás de su hermana: ahí está a la puerta.

En efecto, Gregorio estaba a la puerta con su blusa azul, tiznada del hierro, y asomaba su hermosa y expresiva cabeza, impaciente con la tardanza de su padre.

—¡Ven, hijo mio! exclamó el señor Juan, ven y abrázanos: y como mi hija al tuyo, danos el dulce nombre de padres!

Y de los ojos del severo Juan cayeron tambien dos lágrimas de alegría, como dos avellanas.

—Desde que la mia se fué al cielo, deseaba con toda mi alma llamar a usted madre! exclamó Gregorio estrechando contra su robusto pecho a la señora Patricia.

—¡Qué! ¿No hai nada para el abuelo? dijo en la puerta de la trastienda una voz cascada: dormia en

mi sillón, y el ruido de vuestra alegría me ha despertado.

Todos rodearon al viejo **Elias**: su hijo y su nuera fueron a sostenerle uno de cada lado, sus nietos Domingo y Petra asieron sus trémulas manos.

—Abuelo, dijo Gregorio, ya tiene usted uno mas que le ame y le cuide: ¡me dan a Petra!

—Yo te doi mi bendicion, y pido al cielo que envíe la suya a tū matrimonio, hijo mio: ¡quiera Dios no llamarme a sí hasta que haya bendecido igualmente a tu primojénito!

Arrodillóse Gregorio para recibir aquella bendicion, y Petra le imitó: sus padres se postraron tambien a los piés del venerable abuelo, y éste, estendiendo sus manos sobre todas aquellas cabezas inclinadas, dijo:

—¡Vosotros sereis felices, porque honrais y respetais a vuestros padres, y alcanzareis larga y dichosa vida sobre la tierra.





XXI.

LA misma tarde, Petra consiguió permiso de su madre para pasar a casa de su hermano, situada en la acera de enfrente, a fin de darla la noticia de haberse arreglado su boda con Gregorio.

Nicolasa, su marido y sus suegros iban de tertulia todas las noches a casa del señor Juan; pero la impaciente jóven no podia esperar hasta la noche para ver a su hermana.

Halló cosiendo juntas, en la salita en que jugaban siendo niñas, a Nicolasa y a Rosa: ésta estaba mas bonita que nunca: habia desaparecido de sus facciones la espresion de malestar y de tristeza, que ántes las envolvía, y una dulce sonrisa embellecia su semblante, siempre delicado y encantador.

—Gracias a Dios, ya se les quitan cuidados a nuestros padres, dijo Nicolasa: van a vernos colocados y felices a los cuatro: porque tú, Petra, serás tan dichosa con Gregorio como yo con Luis y como Rosa con Vicente: en cuanto a Clara, no puede ser mejor: ¡qué dulzura! ¡Qué buen corazon tiene! ¡Qué agradecida y alegre está, porque Domingo la ha elejido! Pero, ¿en

qué piensas Rosa? De cuando en cuando te pones como triste.

—¡Pienso en mi pobre hermana! respondió la jóven enjugando una lágrima: ¡yo tan feliz, y ella morir tan jóven y de un modo tan desastroso! Este luto que visto lo hai tambien en mi alma cuando pienso en ella.

—¡Pero, mujer! ¡Como se portó tambien contigo! ¡te hizo casar a la fuerza, para quitarte despues a tu marido!...

—Yo nunca quise al marqués; así es que su modo de proceder no me fué tan ofensivo como si le hubiera amado: en cuanto a casarme con él, ella me lo aconsejaba para darme una posicion brillante: si luego se enamoró del marqués, ¿qué culpa tenia la desgraciada? ¡No se puede mandar al corazon!

—Yo creo, pues, dijo Nicolasa con alguna severidad, que si, casada tú con mi hermano, te agradase otro hombre, mandarias a tu corazon, como lo haria yo.

—Tú y yó, Nicolasa, repuso Rosa, no amaremos a nadie más que a nuestros esposos: toda la vida les hemos querido: el amor hácia ellos ha crecido con nosotros; pero la pobre Paulina no amaba tampoco a su marido.

—¿Por qué se casó con él? observó Petra.

—Ya lo sabes: por su afan de alcanzar una clase elevada.

—Dios es justo y sabe siempre lo que hace, dijo Petra: a ella le dió su castigo, que bien merecido lo tenia su soberbia, su desobediencia, su orgullo! a tí, que siempre has amado y respetado a tu padre, te dejó libre de tau odiosa union: recemos por ella y digamos: ¡Hágase la sabia y bendita voluntad de Dios!

—¡Hágase en todo! repitieron las otras dos jóvenes inclinando la cabeza.

Y todas tres rezaron en voz baja una oracion por el alma de Paulina.

—¿Qué se hizo el bárbaro de su marido? preguntó Petra.

—¿Qué se ha de hacer? repuso Rosa: ha sido conde nado a algunos años de presidio... y nada mas.

—¡Lástima de...

—No deseemos la muerte de nadie, observó Nicolsa: aunque parezca que los culpables escapan del rigor de la justicia humana, la divina les hace espiar sus crímenes por el remordimiento.

—Dí, Rosa; ¿y aquella marquesa que tanto dinero os sacaba, y que ayudó a hacer vuestras bodas? ¿Sabes de ella?

—Sí: el otro dia escribió una carta a mi padre pidiéndole algun dinero: dice que se halla en la última estremidad.

—Pero, ¿y su hija?

—Su hija está casada con un capitan y le da lo que puede, que no es mucho, que no es nada para una mujer que ha derrochado una fortuna.

—¿Y tu padre le dió?

—Ya sabes lo que es él, le envió cinco duros, que era todo lo que habia en casa aquel dia; pero voi a verle, pues no le he visto desde que hemos comido.

Rosa dejó su labor y bajó a la tienda: junto a la puerta, y en un rinconcito, el tio Lucas remendaba zapatos; a su lado, el señor Blas trabajaba en unas botitas de mujer de extrema delicadeza. A pesar de la nube de tristeza que cubria su rostro, se notaba en él una indecible espresion de bienestar y de dicha tranquila y sosegada: habia vuelto a engruesar, y se conocia que su obecidad habia de crecer aun mucho.

Luis, vestido con una decencia que se acercaba a la elegancia, arreglaba los estantes de la tienda, y tenia

sobre el tablero preparada una gran cantidad de esquisitas pieles para cortar.

Rosa se acercó de puntillas a su padre, le tomó la cabeza entre sus dos pequeñas manos, se la hizo alzar, y le besó en la frente.

—¿Cómo va, padrecito? le preguntó.

—Bien hija, mia, respondió el señor Blas.

—¿Le duele a usted la cabeza?

—Hoi poco: esta noche he dormido bien; y esta mañana, despues de oír la misa que todos los días hago decir por tu pobre hermana, vine a casa mas consolado que otras veces: luego, con el trabajo y la compañía del tío Lúcas y de Luis, lo paso grandemente.

—¿Sabe usted que dentro de un mes se casa Petra?

—Presumia que seria pronto.

—Hoi se ha arreglado la boda.

—¿Y... las otras? ¿Qué dice Vicente?

—Por él se haria mañana; pero, ¡boda con luto!... tenemos que esperar a cumplir el año: ¿no es verdad, padre?

—Sí, hija, tienes razon: pronto llegará el día mas feliz de mi vida: aquel en que te vea casada con Vicente y tranquila para siempre...

Rosa volvió a besar a su padre en la frente: hizo un amistoso signo de cabeza a Luis, otro al tío Lúcas y subió la escalera.

—Buena boda logra tu chica, Blas, dijo el viejo remendon: Vicente, mas que un artesano, es un señor; tal es de fino y elegante, y además rico y bienquisto de todos: si no se hubiera llevado la trampa la fortuna que tú tenias, ¡qué casa hubieran hecho entre los dos!

—¿Para qué querian tanto? dijo Luis: yo pienso,

padre, que una holgada medianía es mejor que tener grandes riquezas.

—Dios me dió la abundancia y Dios me la quitó, dijo el señor Blas; pero mejor estoí así... pobre, que poderoso, viéndome obligado a hacer de señor, ¡qué angustias pasaba y qué soledad! ¡y qué verdad es que nadie puede vivir dichoso, si sale del sitio en que nació! Si no me traeis aquí, me muero sin remedio, y ahora me parece que he soñado cosas mui tristes para despertar en medio de la paz. ¡Ah! si dando la mitad de lo que me queda que vivir, pudiera traer al mundo a mi mujer y a mi hija, ¡no cesaria un instante de dar gracias a Dios por tanta felicidad!





XXII.

DIEZ meses despues, la calle en que vivian nuestros amigos parecia hallarse animada por la alegría.

En medio de ella, habia una cuerda destinada a encender cohetes y voladores.

A las puertas de las casas, las muchachas, vestidas de fiesta, hablaban y reian: en cada uno de aquellos grupos, se veia algun individuo del sexo fuerte, que animaba la conversacion.

A la puerta de la señora Braulia, que desde hacia veinte años cuidaba de un puesto de odorífica fruta, habia algunas mocitas con vestidos de percal y pañuelos de crespon de los llamados de talle. Tres muchachos, tambien del barrio, se hallaban con ellas. A la parte de adentro y sentadas en sillas pequeñas, estaban la frutera y las madres de las jóvenes.

—Por cierto, dijo una de estas, que padres mas felices que el señor Juan y la señora Patricia no los hai, ¡qué bodas han hecho todos sus hijos!

—Mujer, observó otra, las de las chicas buenas han sido, sobre todo, ¡la de Petra; pero los chicos se han casado con dos pobres. Pero son como dos rosas.

—No tanto, no tanto, dijo otra: y ademas, ¡mira que Vicente hace gran casamiento! ¡Con una mujer que ha sido marquesa!

—¿Y qué? Mas hueco estará.

—¿Por eso?

—¡Claro! Dirá que ella se baja a su clase, porque le quiere.

—Chicas, observó desde adentro la frutera que oia la conversacion: habeis de saber que Rosita nunca quiso ser marquesa.

—¡Pero lo fué!

—Eso no es una falta.

—Nó, que es una sobra, dijo la madre de una de las muchachas, que envidiaba tambien la suerte de la hija del zapatero.

—Pero, mujer, repuso la señora Braulia, ¡si ella ha sido mui buena, aunque ha sido marquesa! Y tambien hai marquesas mui buenas y que hacen mucho bien!

—¡Son las ménos!

—Yo sé de una que da muchas limosnas, que socorre a los pobres y a los enfermos, y que viste sin ninguna ostentacion; y de otras que, aunque lleven lujo, viven como Dios manda.

—Yo te digo que son las ménos.

—De esas pocas ha sido una Rosa.

—Segun dice su padre, y segun dice ella.

—¿Pero piensas que Vicente no la ha seguido con la vista en tanto que ha estado casada? ¿que no sabrá todo lo que ha hecho?

—El amor es ciego.

—Pues, hija, si él es ciego, a los demas no nos toca ver: eso se cae de su peso.

—Claro, el tiempo dirá, pienso que al freir será el reir.

La frutera cambió la conversacion: era una de esas almas cándidas y buenas, que todo lo veia por el lado

de color de rosa, y que conocia mui a fondo a Blas y a su hija.

Entre tanto que se hablaba de los novios en la tienda de la frutera, en casa del señor Juan, se hacian los aprestos de una suntuosa comida.

Se habian casado por la mañana sus dos varones.

La señora Patricia, sus dos hijas Nicolasa y Petra, que hacia nueve meses se habia casado con Gregorio, y las dos novias Clara y Rosa, andaban de aquí para allá poniendo la mesa y disponiéndolo todo.

Eran cuatro muchachas a cual mas lindas y simpáticas, activas, laboriosas, diligentes, inclusa la misma Rosa, de la que, segun se recordará, iba ya haciendo el tedio su presa, cuando era gran señora tan contra su gusto.

Ahora se movia con tanta alegría y agilidad como Petra, Nicolasa y Clara, y atendia a todo.

Los convidados eran pocos; pero, como suele decirse, bien avenidos.

En la sala principal o estrado, amueblado tan modestamente que se acercaba a la pobreza, se hallaban el abuelo Elías, el señor Blas, el tio Lucas, su hijo, el señor Gregorio y el suyo, y con ellos el señor Juan, Domingo y Vicente.

Este descollaba entre todos por su graciosa gallardía.

Era alto y esbelto, de facciones finas, rostro pálido y grandes ojos mui intelijentes: ménos corpulento que su hermano, tenia mas distincion.

Como se vé, no habia ninguna persona estraña, pero con la familia bastaba para que estuviese la casa llena de jente.

La señora Patricia y el señor Juan, metidos siempre en su casa, no tenian muchas amistades ni com-

promisos, excepto sus buenos vecinos que ahora eran de la familia.

No obstante, para las cinco de la tarde habian invitado a algunos conocidos, que ya hemos visto otra vez en la trastienda para tomar un vaso de refresco.

El señor Blas estaba tan grueso, que parecia redondo: su semblante, sonrosado y lleno, respiraba la paz y el bienestar: sin embargo, aun se advertia en él una nube de tristeza, producida por el recuerdo tenaz de su hija.

—En comiendo, y en tanto que las mujeres preparan el refresco, hemos de ir a ver la platería de Vicente, dijo el señor Juan: es cosa buena, porque él ha traído de Francia un surtido como no ha habrá muchos.

—Una falta tiene la tienda en ese sitio, observó Domingo.

—¿Cuál? preguntó su padre.

Que Vicente tiene que andar una legua para ir a abrirla por la mañana, y otra para venir por la noche.

Rosa pasó por la salita en aquel instante, llevando en la mano una fuente de yemas, fabricadas la noche anterior para la boda por la diestra mano del señor Juan.

Acercóse a su padre, y le dió un golpecito en el hombro y un beso en la mejilla.

—Padrecito, dijo, ¿ha visto usted que bonito ha quedado el cuarto que nos cede padre Juan en el piso segundo? ¡Qué bien estaremos allí los tres! Clara y Domingo vivirán en el tercero, y se conforman con ese, porque, usted, como está tan pesado, no puede subir mucha escalera.

—Gracias, hijo mio, dijo a Domingo el señor Blas.

—Patricia y yo viviremos en el principal, observó el señor Juan; que los padres deben tener y usar lo

mejor; vosotros teneis cada uno un nido: para pájaros jóvenes, basta.

—Tiene usted razon, repuso Rosa desapareciendo con su plato de yemas.

—De modo que Vicente ha de echar dos viajes al dia de aquí a la calle del Cármen, observó Domingo.

—¡Que los eche! dijo el señor Juan: algo vale el vivir al lado de sus padres y hermanos, y al mismo tiempo tener una hermosa joyería en uno de los mejores puntos de Madrid. Tu hermano podia haberse ido a vivir allí con su mujer; pero no lo ha hecho por no disgustarme, y por no sacar de estos barrios a su padre Blas: nunca os duelan, hijos míos, los sacrificios que hagais por vuestros padres, porque Dios os los recompensará largamente, colmándoos de prosperidades!

